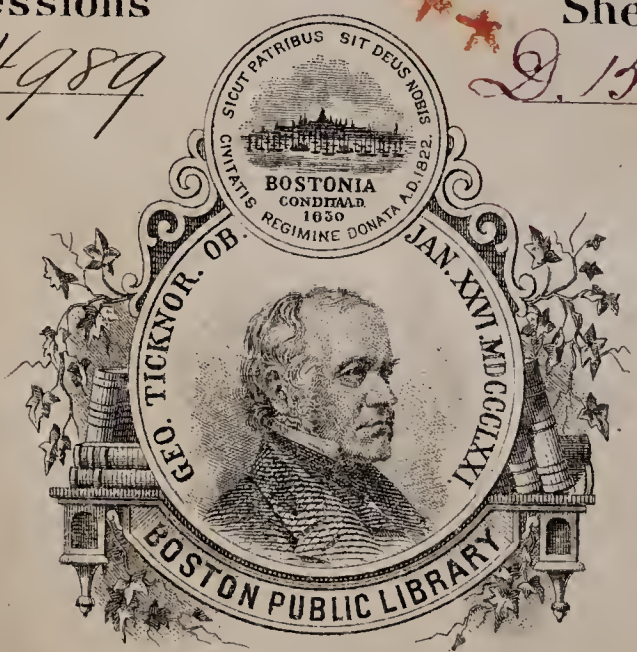
George Ticknor:

SUUM CUIQUE.

Accessions
114989

Shelf No.
D. 150a. 53



BEQUEATHED BY

George Ticknor.

Rec'd Apr. 26th 1871.

FIRMEZA EN LOS IMPOSSIBLES, I FINEZA EN LOS DESPRECIOS.

Entre Dionisio, i Isbela.

ESCRIVIALO DON BALTASAR Altamirano i Portocarero, Cavallero de la Orden de Santiago.

I CONSAGRALO AL EXCELENTISsimo Señor D. Fräcisco de Moura Corteral, Conde de Lumiares, i Gentilhombre de la Camara del Rei nuestro señor.

FELIPE IV. EL GRANDE.

Con licencia, En Çaragoça: En el Hospital Real, i General de nuestra Señora de GRACIA, Año 1646.

A costa de Pedro Escuer, Mercader de libros.

AL
EXCELENTISSIMO
SEÑOR DON FRANCISCO de Moura Cortereal, Conde de Lumiares, i Gentilhombre de la Camara del Rei nuestro señor,
FELIPE IV. EL GRANDE.

GLoriosa vanidad es (Excel. Señor) la que guia a las manos de V. Excel. estos discursos morales, con semblante de apacible entretenimiento juzgãdo su presuncion bien nacida, no podia hallar mayor gloria que permitirlos V. Ex. al amparo de su grande inclito nombre; para cuya verdad no intento traer por testigo la nobilissima prosapia de sus glorioso progenitores. Que fuera grave delirio pretender reducir a breues lineas, lo que no cabe en dilatado volumen (i no soi tã diestro, que reduzca desahogada la ma-

quina del universo a las angustias de un indiuisible) i pregũtãdolès a los siglos la antiguedad de la nobleza de V. Excel. me resp ondieron: Que no tenian memoria para tanto; que de solos seiscientos años observavan algunas noticias; i que essas me las podian dar mui confusas, segun se repetian ambiciosas, cruzandose unas lineas con otras de todas las genealogias principales. Mas que si queria acertar en algo les preguntasse a todas las Casas de Espaňa, Portugal, Italia, Sicilia (i otras muchas) su antiguedad, i nobleza, que todas ellas concurrian en la gran Casa de V. Excel. i pudiendo referir yo de las mas esclarecidas de nuestra noticia àzia estos puertos que comunicamos, hallando los Duques de Medinaceli, i Alburquerque, los Condes de Altamira, Marqueses de Ladrada, me vozean tantas de Portugal, i de Italia, que confundido no las nombro: Hermoso, rico, breue bosquejo es desta certeza un paño de V. Excel. esmaltado, i florido de timbres, armas, i nombres, repostero, i mapa que indica la sangre que atesoran essas venas.

I que avia que recurrir a muchos abo-

lorios ilustres, quien gozò la dicha de primogenito del Excelentissimo Señor Dõ Manuel de Moura Cortereal, Marques de Castelrodrigo, Comendador Mayor de Alcantara, i Christo, Gentilhombre de la Camara del Rei nuestro Señor, Felipe Quarto el Grãde; Governador de los Estados de Flandes, i Duque de Trani; para cuyas glorias parecen estrechos todos los terminos dilatados del mundo: sirviendo su valor, i prudencia mas a la admiracion de todos, que dé facultad a las plumas.

I si los esposos son indices de lo que valen las esposas, i las esposas testigos de lo que merecen los esposos: no es pequeña mutua gloria el ser esposos amables: V. Excel. i la Condesa mi Señora, la Excelentissima Señora, Doña Ana Maria de Moncada y Aragon, hermana del Excelentissimo Señor Don Antonio de Aragon i Moncada, Duque de Montalto i de Vibona, Principe de Parteño, i otros mil titulos que dexo.

Mas por que todo lo heredado, puede ser mas ventura, que merito: naciendole grande sin industria, i siẽdolo sin proprias obras; i aquello de merecer por si, es una

gloria que me debo a mi, i el merecer por otro, una gloria que no me la debo a mi, i parece mas q̃ otros ſean grãdes po r mi, que no ſer yo grãde por otros. Las admirables prendas de V. E. ſolas podian hazer ambicioſo al mas ſeguro acierto, para que ſe dedicaſſe curioſo a referirlas al mundo. Mas entonces eran neceſſarias por lo meños tãtas lenguas, como V. E. ſabe con eminencia; hablando con tanta propiedad cada una, como ſi en todas fueſſe natural, i en cada qual eſtrangero. La Latina, la Eſpañola, la Italiana, la Portugueſa, la Franceſa, la Alemana, la Flamenca; juntando a ellas extremadas letras humanas, Philoſophicas, Politicas, Ariſmeticas, i otras muchas, que ſe acompañan con tanta prudencia, i valor: que el valor pedia las temeridades de lo arrojado, i la prudencia los embaraços de lo atento: formando de uno, i otro un prudente valor, i una prudencia valeroſa: Bien reconociò eſto Italia en el otro ſegundo gigãte, no menos preſumido que levantado, vencido con la corteſia, i muerto con la eſpada de la razon, i el eſfuerço, q̃ alentada guiò los filos àzia

la

la muerte. Hazaña de que solo David joven fue exemplar, i modo que fue exẽplar para David, i para todo valor que se acompañare con sangre, lo cortés, i lo discreto en V.E. son el aplauso desta Corte, i todo junto el reparo advertido de Palacio. No buscaron otra destreza las armas; ni hallò el Napolitano bridon quien domase mas airoso sus orgullos indomables.

Comun voz es la multitud de prẽdas, que concurriendo a porfia, parece que se embaraçan de muchas en V. E. usando de cada una con el compas del entendimiento, i acertado juizio, que governandolas todas, haze que cada una sobresalga plausible en su tiempo, i ocasion.

Perdone V. Excelencia, el que assi las desgreñe yo, sufriẽdo lo desgreñado por lo afectuoso, (Que suele hazer mal quien quiere bien) justicia de mi conocimiento llamàra mejor esse afecto, ella me induxo en esta Corte a que solicitasse (como lo hago) el amparo, i defensa de estos discursos, que compusieron mis pocos años: teniendolos yo mas por avi-

sos, que por tropiezos, quando los mira-
va a la luna del cristal del desengaño de
muchos, como incurriendo los mas en
estos que pueden ser acasos de qualquie-
ra, tan azelerados los dio a la estampa por un
amigo mio, que aun para abrir las armas
no dio lugar al buril.

Atrevime a tan soberano Principe (i
tienen una cosa buena para no ser dese-
chados, que llegarán primero a sus ojos
escritos estos atrevimientos, que a sus oî
dos pronunciados.) Atrevime, digo, a tan
soberano Principe por amparo, por asse-
gurar mi riesgo en el sagrado de su gran-
deza; i quanto la obra es menor de suyo,
tanto mas necessita de empinados om-
bros, que la leuanten de su pequeñez; i si
por lo que ostenta de finezas, i amores pa
rece menos grave (no lo es en sus adver-
tencias.) Ni es tã poco nuevo en los Prin-
cipes admitir estos juguetes para desqui-
dar algun rato de la pesadumbre del Se-
ñorio (que traen las grandezas con-
sigo tanto de afan como de gloria.) No
desdize de lo grande agasajar, i favo-
recer a lo pequeño, abriendo algũ resqui-
cio para desahogar lo insufrible de la gra-

ve-

vedad que piden los puestos honrosos, i traen consigo las obligaciones de Señor.

A muchos Principes, i Señores ofrecieron autores antiguos, i modernos obras del linage destas. Yo la quisiera tal, que siendo de la misma casta, ninguna igualara su nobleza: para que tuviera alguna escusa mi atrevida inclinació a servir a V. Excelencia con ella: Que quando se me ofrece que la ha de censurar leyendola la discrecion de V. Excelencia, quanto el afecto me fuerça a que la guie a sus manos, tanto el conocimiẽto me obliga a que la retire dellas, pues nada parecerà bien al cotejo de tan singular entender; con todo esso miro junto a lo eminente del entendimiento lo afable de la piedad, que terciando en mi favor harà misericordia la justicia.

Mas para que discurro medroso en que semblante ha de hazer V. Excelencia a este librillo, si ha de llegar tan sin saberlo a sus manos, que le lea, i no sepa quien le ampara. Siendo V. Excelencia a cuyo nombre se defiende, i viendose empeñado en ello por lo escrito, no le desechará por lo desvalido. Assi lo fio

de

de la excelentiſsima eſclarecida ſangre de V. E. Cuya perſona guarde el Cielo tantos años, que vea multiplicado en glorioſa decencia lo mucho que perdiò ino, i vizarro por nueſtro Rei en aquel nal conſiderado Reino de Portugal, en quien pudo mas la ceguedad para el deſ peño, que la claridad para el ſeguro.

Criado de V. E. que ſu mano beſa.

Don Balchaſar Altamirano, i Portocarrero.

AL

AL LETOR.

VNA breve ocioſidad me conſintiò eſtos amoroſos rẽglones: los comunes poſsibies ſuceſſos los dictaron: leeraslos como hiſtoria verdadera, i no ſon ſino ficcion a lo natural. No hallarás en ellos mentiras, que te aſſombren, pero encontraràs diſcurſos q̃ te diviertan, i razones que te enſeñen (comedias ai de tramoyas, que ſon ruido de los ojos, i comedias ai diſcretas, q̃ ſon zebo de lo entendido) echaràs menos los muſicos, mas no el ſilencio; que es la muſica un poner por teſtigos a la vezindad curioſa, deſpertandola de noche, para que juzgue al deleite del oido la fama de la que eſcucha, i aun llevar muchas vezes un peligro contra ſi en una abilidad agena, eſcuela tienes de todo, elije la mejor dotrina, que el mas feliz ha de parar en Dioniſio, i la mas firme en Isbela.

Vale.

Apro-

Aprovacion del P. Fr. Tomas Frances de Vrrutigoiti, Letor de Teologia en el Colegio de san Diego de Zaragoça.

MAndòme el señor Vicario General viesse lo que contiene este libro en la *Firmeza* que ofreze, i en las *Finezas* con que desengaña: juzguè pretẽdia por politico frutos de escarmiento, i por elegante, atenciones de peligros en lo mas advertido. Avisar sucessos, dõde la prudencia mide, ò lo q̃ ha de huir, ò seguir. Entre Catolicos se dà por caridad, i los Gentiles lo pusieron en leyes de obligacion. Claudiano Panegyr. in Laudibus Estillic.

Admonitor facti, figendaque sensibus addit.
Verba, quibus magni geminatur gratia doni.

I sin faltar a la razon Theodorico Artemidoro, *apud Cassiodorolib. 4. variar. Epistol. 3.* hallò esta verdad por vinculos que asseguravan amistades. *In quibus sustinere damna non patimur, fideliori bus profectò mentibus applicamus.* Los avisos dan cedulas, que libran su paga

en

en lo que advierten, siendo medida para lo que cada qual ha menester.

Este motivo satisfizo a san Cypriano escriviendo *Ad fortunatum. Non tam tractatum meum videar sibi misisse, quã materiam tractantibus præbuisse, quæ res in singulis proficit utilitate multorum.* No he hallado palabra digna de censura: i assi puede el señor Vicario General, (siendo servido) dar la licencia que se pide. En este Colegio de san Diego de Çaragoça 28. de Otubre 1645.

F. Tomas Frances de Vrrutigoiti.

IMPRIMATVR.

El D. Iuan Antonio Tarazona.

Apro-

APROBACION DE DON IVAN Enriquez de Guzman, i Cordova, Cavallero de la Orden de Alcantara.

POR *comission del mui ilustre señor Doctor don Miguel Marta del Consejo de su Magestad, i su Regente en la Real Cancilleria de Aragon he visto un libro intitulado:* Firmeza en los imposibles, i fineza en los desprecios, entre Dionisio, i Isbela, *por D. Balthasar Altamirano i Portocarrero, Cavallero de la Orden de Santiago. Claro està, que en siendo de amores no me puedo negar a su aprobacion, i sea esta la escusa (sobre el avermelo mandado) el interponer mi juizio en obras de un varon insigne, cuya erudicion es tal que aun en el mayor descamino de la juventud, no dà passo sin el compas de una enseñança tã util, que puede ser sermon Dionisio en cada uno de sus conceptos, ora en prosa ora en verso alcança una vitoria, pues siempre topa a Isbela mui satisfecha de su agudeza, i discrecion, que el ingenio mayor del amante, es agradar a su dama. El fuè desgraciado, i esto tiene de fino. Dexame con gran lasti-*

ma,

ma por el mal logro suyo, i el nuestro; en aver cortado la parca el hilo a tan entretenidas narraciones; pero animame lo que de los amantes dixo Virgilio, curæ non ipsis in morte relinquunt, *que sus cuidados passan mas allà de la muerte, i se vè en el nuestro, pues se duda del, si con la vida rematò las finezas; con que me anima a esperar que aun hemos de tener nuebas noticias de los caprichos, i traveſuras de Isbela, i finezas de Dionisio. I juzgo se le debe dar la licencia q se pide para que se imprima: assi lo siento. de Zaragoça, i Agosto a 20. de 1646.*

Don Iuan Enriquez de Guzman, i Cordova.

Imprimatur.

Marta Regens.

ER-

ERRATAS.

PAg. 3. li. 13. resto, diga *reflejo*. Pag. 28. lin. 1 hableis, di. *aveis*. Pag. 50. lin. 7. cosa di. *casa*. Pag. 55. lin. 9. muero, di. *pene*. Pag. 61. lin. 23. ran, di. *eran*. Pag. 64. li. 21, respondio, di. *replicò*. Pag. 68. lin. 2. que le labra, di. *que labra*. Pag. 74. lin. 2. i Belona, di. *una Belona*. Pag. 124. lin. 8. iba retrocediendo, di. *se iba introduciendo*. Pag. 116. lin. 23 vella, di. *verla*. Pag. 118. lin. 23. diversid, di. *alivid*. Pag. 121. lin. 6. a mismo, di. *a mi mismo*. Pag. 227. lin. 1. pintadas, diga *a todos*.

FIR-

FIRMEZA EN LOS IMposſibles, i fineza en los deſprecios.

NINGVNO que experimentò las verdades del Amor, eſtrañarà los exceſſos de la voluntad; verán muchos dibuxados los lances de ſus cariños en los ſuceſſos agenos; conociendo quan poco puedē los impoſsibles para atajar los afectos, i como avivan las ofenſas, ô los deſprecios encienden las llamas, i volcanes de la afi cion, quando es fina. Entra blandamente alagueño a los palacios del alma el Imperio del amar; i avaſſallando las potencias, cōvierte en eſclauitud apacible lo libre del coraçon. Quien naciò tā eſento, q̄ no ſe rindieſſe blādo à una hermoſura atractiva? I quiē ſe riudiò amoroſo a ella, que pudieſſe eximirſe facil de ſus cadenas guſtoſas? Suelen los acaſos de la belleza perpetuar los rendimientos de lo firme; i ſi o evitar la herida, irſe entrando por el venablo que la diſpone, el que menos la preſume.

Patria aplaudida de las eſtrangeras naciones, es la Corte del Rei de las Eſpañas, Felipe Quarto el Grande, donde el concurſo de lo hermoſo, lo rico de las galas, lo airoſo de la vizarria, i lo diſcreto de lo entendido (fuera de lo noble, i

docto; que se compiten en tantos Principes grandes, en tantos doctos varones) es una atencion cuidadosa de todo el resto del Orbe. Lo sazonado delos trajes (cada dia diversos a porfia de mas aliñados) lo brioso de las Damas, (alma invidiada de las que vivē fuera de mirarse en sus asseos) Lo apacible del donaire (forçoso atractiuo de los ojos) es iman, sin excepcion, del mas ocupado, i ocioso. El temple blando del clima, el claro influxo de las Estrellas, sirve a lo vivo del ingenio, i a lo raro de la belleza; heredando los naturales, como de justicia, lo entendido, i lo bien dispuesto; lo airoso, i lo bien hablado.

En este pielago de perfecciones, en este archivo de hermosuras, nació para invidia de todas, i cuidado de Dionisio un tormento de sus ansias, i un desvelo de sus ojos, en una muger tan peregrina, que en pocos años supo desmentir lo humano con lo angelico, tan bien trasladado a su rostro; que, sin llegar a lo encarecido, mil vezes la adorò prostrado en tierra con equivocaciones de celestial. Engendraronla nobilissimos padres, i diola el Cielo un entendimiento superior con una condicion amable; siendo constelacion de lo mas puro de los Astros el admirable esplendor de su belleza, i reparo comun de todos lo organizado acorde de su cuerpo; En el qual sabio Artifice la naturaleza gastò el caudal de su industria, i abreviò el resto de lo criado, ensayandose en ello para no errar en sus perfecciones. Afa-

ble

ble era el trato, Isbela el nombre, i tirania los echos. Corrianse los Rubies encendidos de acercarse a los breves partidos de sus labios; i desmayava palido el oro, si atendia a la madeja populosa, i dilatada de su rubio encendido pelo. Nunca nevado el puerto, paso de obscuridad con su blancura: i los claveles rojos perdieron el color al cotejo del carmin de sus mexillas. Labraron al torno desvelos de la perfeccion sus manos; tã terfas, que parecian marfil bruñido, i no lo eran: porque el mismo confessava vano de la semejanza su rendimiento, si llegava a estar vecino. Tan blancas, que deslumbravan cristalinas al resto de sus ojos, i encontravan facilmente los agenos el engaño de su admiracion al examẽ curioso de su vista. El talle (bien dividido, i que escrupulosamente se tenia en la cintura) era una acorde cithara de miembros, que presentava a los ojos encantos en su bien dispuesta armonia. Morava en su pecho la vizarria generosa; i avia robado la compostura a la modestia: mas con donaire, brio, i gracia; con tal arte, que era cautiverio, i respecto de quantos dichosos la encontravan: Hablava hechizos, i pronunciava venenos, tan discretos, que estavan vinculados a sus labios la dulçura, i el ingenio. Parecia facil en los primeros agasajos corteses; i hallavanla imposible las solicitudes tercas: veinte vezes poblò el mundo de floridas primaveras: tan por su cuenta corria lo galan del prado, i el aliño de las flores, que aun los

zeños del hivierno encontravan siempre bellas recientes rosas en el vergel de su cara.

Quando sin prevenirlo Dionisio (que jamas llegan con prevencion las venturas) la hallò en una comun fiesta, tan disimulada en las sombras de un cêdal negro, que soló las luzes de sus ojos, que brillavan en las lobreguezes, le avisaron que tenia a su lado toda su dicha: Mirola cõ afectuoso cuidado, conociendo el coraçon desde luego el destino de lo amante: Hablola con casi turbado respecto, como quiẽ adivinava la precisa obligacion de reconocerla dueño suyo: Cortes solizitò su comodidad en el descortes bullicio de la gẽte, i passando de lo reverencial a lo curioso q̃ le dictava el afecto, la preguntò apacible por su estado, y se la ofreciò obsequioso a su servicio, aspirando el desseo a los lanças de las galantes finezas, con una inclinacion tan poderosa, que sin poder resistirse a su afecto (antes de conocerla, ni ver su rostro) sintió allà dentro de su pecho una llama, que lentamente le quema, un amor, que atrientemente le abrasa: I porfiando cortes, i no alejandose a lo atento, la obligo compassivo a q̃ le declarase la causa de unos mal declarados suspiros, que afectos blandos del alma, desvanecidos alientos a los muros de sus perlas, dando olor a los finos claveles de sus lavios.

En breves años (que no ha passado por ellos quatro lustros la vivaz rueda del Sol le dixo Isabela con sentimiento a Dionisio) perdi un Espo-

so

ſo, que apenas haze muchos numeros el guariſmo de los meſes, que le oprime grave loſa: i ſi dixere que fue el empeño amable de mi voluntad, (no explico baſtantemente mi amor) ſi la dulçura de mi niñez (no me cõtradirá la amargura de ſu perdida) Fue tan bien parecido a mis ojos, como el llanto en que ſe anegan lo teſtifica, quando me le repreſenta difunto enternecida la memoria; obligome la cõfiança que hizo de mi lealtad, a que viviesſe guſtoſamente entretenida, ſin que ſe atrevieſſe, aun al penſamiento, el menor eſcrupulo de ſu ofenſa. Mirò por mi honra, como cuidò de mis galas, ninguna muger me llevò ventaja en ellas, ni el me obligò a que deſſeaſe alguna, porque ſe deſvelava en mi compoſtura, i antes que las introduxeſe el uſo vario, las tenia yo en mi caſa; en el fueron ſiempre las finezas de galan, i los regalos de amante: i adivinando mi guſto, me los cumplia todos, primero que a mi ſe me ofrecieſen; ſervian mis paredes de agaſajo comun a los conocidos; abaſtecida de lo neceſſario, podia enriquezer con mis ſobras. Iamas oì de ſu boca ſino cariños, ni experimentè de ſus acciones ſino regalos: viviamos tan cõformes, que no nos diſtinguiamos ſino en los cuerpos, i en eſta amigable compañia (que durò menos que tres circulos del año) nos nacierõ dos hermoſos pimpollos, que por hija, i hijo mio tengo empacho de ſignificarlos tan bellos, (el vulgar aplauſo lo diga) Entrè en poſſeſsion de mi dueño tan niño,

que mas pareciera al mundo entretenimiento, q̃ esposa: i como mis años eran pocos, i sus prendas eran muchas, labrò tan fino amor en mis entrañas, que de milagro vivo despues que el se me muriò; guardandome la providencia para penar sin alivio en el sentimiento dè tal perdida; juzgãdo estrecho lo humano para que supla tal falta. Ved señor si con estos males, Niña, sola, i con dos hijos tendrè razon de suspirar con terneza; como no me desago en llanto, es admiracion no corta.

Esto lo dezia Isbela con tanta discrecion, i ternura, que bastò para enternecer, i enamorar a Dionisio. Que era un Cavallero de alta esclarecida sangre, de vivo profundo ingenio, de florida rara eloquencia, su conversacion mui entendida, i gustosa llena de agudezas isales: lo galan quanto bastava para ser bi̇ẽ parecido entre los demas Cavalleros de su estado, i calidad; sus años en lo vigoroso del tiempo; de alto espiritu ardiente, denodado, i vigoroso: de animo generoso, i vizarro: su estado incapaz de ser Esposo de Isbela, por un habito a sus pechos, candida obligaciõ de castidad; i si adivinara su dicha en conocerla, jamas le huviera tomado; la hazienda no tanta como su calidad, ni como la que tuviero sus padres, i el por descuido no gozava, mas tenia la que bastava para vivir con decoro: i desde que hablò a Isbela (siendo enemigo de la ambicion) apetecia ser universal señor del mundo, para ponerle a

sus

ſus pies, que aun ſin conocerla la adorava (tã aceleradamente ſe introduze la aficion en el pecho humano, que ſin conocer lo que ama, ni paſſar de inſtante el tiempo tiene ſiglos la voluntad.)

Inquieto latia el coraçon en la eſtrechura del pecho de Dioniſio; i aprovechandoſe de la relacion penoſa que Isbela le auia referido, la ofreciò laſtimado quanto pudieſſe hazer en orden a ſu alivio. Quando entre laſtimas ſentidas del uno, i agradecimientos riſueños de la otra, puſo fin la noche a lo feſtivo de la celebridad de aquel dia, i a lo amable guſtoſo de ſu converſacion.

Suſpenſo ſe apartò Dioniſio de Isbela con un deſaſoſſegado impulſo, que no le diò lugar a que ſiguieſſe la cauſa de ſu inquietud; i llegando a ſu poſada mui otro de lo que ſaliò: obligò a que reparaſen los ſuyos en la novedad deſu notable mudanza. Suſpenſo no eſcuchaua, abſorto no reſpõdia, olvidado no guſtava del manjar, i como ſolo venia para entenderſe a ſi ſolo, retirado en una pieça de ſu quarto, fiò a la pluma ſus cuidados, eſcriviẽdo aqueſtos verſos, en que pintò los los que padecia ſu alma.

Amor, que cuidado es eſte
en que me pones cautivo?
para pretenſion, ſobervia;
para eſperança, delerio?
Tratame como mas cuerdo

fino desdize del juizio
entre mucha voluntad
discurrir en los peligros:
Dexame que tema amante
los riesgos de aborrecido;
que un amor necio es ofensa,
si es un amor ciego fino.
Porque quieres tu que crea
que seré correspondido,
si en amor lo confiado
está al desprecio vecino?
Solicitas en lo amante
que se me fragüe el castigo?
haziendo del premio pena,
haziendo afan el alivio?
O procuras inhumano
en mi vengarte? ofendido
de alguna hermosura afable,
de algun risueño cariño?
I para vengar lo facil,
a un imposible divino
conduzes mi voluntad,
que martyr de los desvios.
Padezca lo que gozaste,
no goze lo apetecido?

i uracanes los afectos
formen de penas abismos?
Mira que el amor es gloria,
no lo dispongas martyrio;
si ya no es que el padecer
sirve al amar de testigo:
La voluntad no se paga
de un inclinado alvedrio;
constelacion es de Estrellas,
que influyen desprevenidos.
Yo mui cobarde, i amante
considero en los principios,
que es mi gusto el que me guia,
(i le temo por ser mio.)
Mas si te parece amor
que el fin no serà enemigo;
disponlo amor de tal suerte
que te quede agradecido.

Ya parece que mirava Dionisio los desgraciados fines de su amor, quando tan cobarde desmayava en los principios de su afecto, i le pronosticava a su aficion la poca suerte de sus finezas; i mas que era de parecer, que a las mugeres no se les avia de mostrar mucho amor, ni rendimiento, porque era veneno de la correspondencia lo seguro del amante, i maleava, i aun disminuia la

vo-

voluntad en vez de disponerla, i acrecentarla: sirviendo muchas vezes lo penoso de la poca seguridad de avivar mas los cariños, i encender mas viva la aficion: i el no se hallava con brios para disimular a Isbela lo mucho que la queria; i podia ser que la perdiesse por donde solizitava grangearla.

Llegaron las profundas horas de la noche, i acudiendo a su lecho Dionisio para el descanso comun del dia, hallò potro lo que buscava su alivio; sirviédole las recogidas tinieblas, y letargo ledo de las cosas de que discurriese desvelado consigo mismo, y razonando con su pensamiento dezia.

Como es posible q̃ assi biera, aũ sin desondarle, el azero? Que alumbre clara la luz, sin llegar al Orizonte? Que abrase vivo, distante de su esfera, el fuego? Y acabe la vida, aun no esgrimida, la guadaña de la muerte? Yo enamorado, sin ver? (Porque en el espacio de la tarde se ocultò Isbela tan cuidadosa con el resguardo del manto, que solo percibio Dionisio lo airoso del vulto, mas no lo perfecto de las facciones, aun las manos anduvieron avaras con su vista) Yo perdido, sin conocer la causa de mi perdicion? Que hechizo se calò por mis oidos, que assi inficionò de eficaces venenos mis potencias? Donde està mi libertad? Donde se ha ido el discurso? Corrido estoi de mi mismo, que assi me arrebate vna poderosa pasion tã fuera de mi cõsentimiẽto! Y si despues de todos estos cuidados. Fuese fea con extremo (que eso parece

rece que indica aquella atencion de taparse) que embarazada se hallará mi cortesia!. Que mal parecerá mi retiro! Acusando mis instancias a mi mudable proceder! i condenado mi livandad el aviso de su desengaño. Que respuesta le dara mi tibieza, si acaso es muger principal (como lo parece) en las quales predomina el pundonor a la hermosura? i lo desairado es mayor delito que en las mugeres comunes no aviēdo satisfacion aū al amago de las burlas, i ella misma correra mi desatino. Pues proseguir a disgusto cō su fealdad, por guardar el decoro a su nobleza, sera un infierno insufrible: Mas no discurramos assi dudosos, que no tengo libertad, y me enamora mas lo mismo que dispōgo para quietarme. Mucho deves de ser muger que assi cō las sombra rindes! divinas son sin duda tus perfecciones, que assi sin mirarte aficionas! Iamas se detenia Dionisio en vn lugar; breve, i duro le parecia el lecho; larga, i pesada la noche; i centinela de la luz, parece que arrastrava el carro del sol con las ansias de sus ojos, pues tan ligeros llegaron sus rayos a herir confusamente las cabeças de los montes.

Mas con lo dudoso de los resplandores del dia, i lo inquieto de su cuidado, desamparò Dionisio el lecho para bolver a buscar al mismo sitio que antes la causa de su impensada aficion, y vigilante desvelo, que se continuan las fiestas por espacio de ocho dias en el templo, que dio principio a la idolatria de su amor. Entro mas la mañana, i

quan-

quando le parecio que ya era conveniente hora fué al lugar de sus prisiones; ya largo espacio de tiempo vio entrar a Isbela con el mismo traje que el dia antecedente tan airosa, tan bien prendada, i honesta, que dio por bien empleados los afanes que le costava su memoria, i las fatigas que padecia por verlá. Desseò Dionisio que Isbela se inclinase al lado en que la estava aguardando, i que fue en el que empezaron sus dichas, i como a Isbela no le faltava inclinacion (porque avia prendido en su pecho alguna amorosa centella el afable discreto trato de Dionisio) ella misma con disimulo, sin diligencia del, i con cuidado propio, se aplicò adonde el la estava aguardando, como sino le huviera conocido.

Cũplio Dionisio cõ lo cortes, i cõ lo amãte, dãdola cerca de si lugar acomodado, q̃ de industria tenia dispuesto, i como la luz de la mañana encoje mas las acciones reparables en la gente principal, i embaraça los desseos la verguẽza, i pundonor, passarõ cõ mas silẽcio q̃ la superior tarde, aũq̃ no sin algunas razones, que ya indicavã afecto, (si bien no se dava Isbela por entẽdida, antes acudia presto con el desengaño de lo imposible.)

Cerrò la mitad del dia la clausula de lo festivo, i despidieronse los dos con alguna suspension detenida, con algun advertido reparo de los ojos, aunq̃ sin algun declarado favor de Isbela, i aun sin descubrir el rostro (por mas q̃ se lo rogò Dionisio) Más no por esso dexò de pedirla que se bolviesse

a la

a la tarde a divertir sus penas con lo apacible de la musica; que cantavan con suma destreza tres admirables vozes, i suspendian cõ milagro a quantos las escuchavan atentos. Mas por no asegurarle Isbela confiado en su pretension, le respondio cortes que lo procuraria no mas, pero que no lo tenia por cierto; porque su estado recogido, i el ser conocida en el Templo no la davan permisiõ aun a tan divinos empleos, por lo que indicavan de alivios. Apartaronse los dos, i a ninguno le faltava algo de amoroso incendio.

Dionisio quedò tan fuera de si, que ni sabia si iria a su casa, ni si aguardia hasta la tarde a su recatado echizo. Mas las obligaciones de quien el era, i el reparo que podian hazer los suyos le movieron a que se fuesse, estrañando de nueuo sus criados, quando le vieron entrar, la variedad de su semblante, i lo ageno mudado de su condicion inquieta. No parece que avia nacido para el necessario sustento, ni vivia para el sossiego humano. Imaginativo cargava la consideracion a un discurso que quanto mas tenia de verdadero; tanto mas le aflegia sin esperança de alivio: Hazia de la ponderacion afectuosa, que oiò a Isbela en su primera conversacion del amor de su recien difunto Esposo, argumento evidente de lo desesperado imposible de conseguirla. Como es posible (se dezia assi mismo) que quien amò, i ama con tanto estremo, olvide con tanta facilidad? quien aun los escrupolos de ofensa no permitio al pensamien-

to, como admitirà las declaradas culpas del agra vio? quien tuvo el primer amor tan bien empleado a su gusto, como sabra querer a otro hombre? quien hallò marido tan a su satisfacion, como admitirà galan sin experiencia? quien se precia tan de honrada en el recato, como atropellarà con sus obligaciones en lo ilicito? quiẽ no descubre el rostro, como abrira el coraçon? quien apenas enterrò lo que adorava, como querrà lo que aun casi no a mirado? mas no ai que atender al miedo q̃ es mui presto para desfallecer en la esperança; ella es muger; ella escucha; ella responde; la diligẽcia soborna; el agrado acaricia, el don cautiua, la porfia vence; la perseverancia alcança; Pues perseverancia, porfia, dadivas, agrados, diligencias, que se rendirà sin duda.

Con esta consideracion a poco tiempo acudiõ otra vez al puesto que otras, i pareciẽdole siglos los instãtes, mirava sin sosiego a las puertas del Templo festivo, acusando lo que se detenia Isbela: En cada una que entrava, imaginava era ella; Quãdo a la mitad de la tarde entrò por las puertas tan briosa, i agraciada como ella misma, sin permitir competencia. I estava ya tal Dionisio de enamorado, que aun desaliñada, i fea la amara, i le pareciera bien. Lo menos vivo de la luz del Templo, i lo confuso de la gente amparò los desseos de Dionisio, i fue tercero de sus amorosas ansias, porque Isbela se puso a su lado con mas declarada diligencia, i el la pudo significar

mas

mas seguro su inclinacion afectuosa : diziendola finezas, que le dictava el alma, i pronunciava el amor; a q̃ le respõdiò agradecida: mas cõ desconfianças tan dulces, i con imposibles tan blãdos, que se atreviò a jurarla por su vida, que seria siempre suyo, aunque su desdicha no consintiesse que gozasse dichoso de sus favores ; ni le dexasse ver su rostro, (que hasta entõces no le avia manifestado) i no era pequeña voluntad la que tenia tanta constancia, tan sin esperar correspondencia.

De las razones blandas de Isbela (si bien revozadas de estrañeza) coligiò Dionisio, que por lo menos hazia estima de su persona, i no ofendia con desagrado a sus ojos; ni sonava mal a sus oidos lo que escuchava a sus labios : quando de repente Isbela desnudò de un infeliz guãte un trozo de cristal tan hermoso, que cubriendo a Dionisio de un humor elado, le embaraçò de llamas todo el pecho; discurriendo el por la blanca mano, qual seria la perfeccion de lo restãte del cuerpo. Bien conociò Dionisio que era advertencia favorecida, pero disimulada: i ya juzgava q̃ avia alargado la una mano la fortuna para favorecerle con entrambas.

Saliò el cristal por entre los cendales negros, como el claro Cometa ardiente por entre las lobreguezes denegridas de la noche; como el elado erigido puerto al lado del eminente etiope risco. Como el copo de la nieve sobre el aduſto roble, ò encina, que abrasò el fuego, sepultò la

tier-

tierra, i dispuso el Arte a tormentos de la llama para lo casero sazonado de los manjares. Celebrò Dionisio afectuoso tan breve hermoso prodigio, a que respondiò Isbela con donaire, deshaziendo la verdad de sus encarecimientos, no fingidos. Coronavan los cinco rayos de ardiẽte nieve varias sortijas de no poco valor, i artificio; pero de ningũ adorno, por q̃ no parecià tales entre el affeo de las manos. Algunas se destinguian de negro, bruñido azabache por la oposició reñida de lo blanco, i de lo negro: i desto mismo pendia de la mano diestra un curioso rosario engazado en azero (gala devota del vso) a lo qual dixo Dionisio: Biẽ necesita señora vuestra hermosura de todas esas defensas cõtra la invidia de los ojos (aun q̃ no ai defensa cõtra vuestra hermosura, segũ hiere sin remedio) pero buena imagẽ traheis de vuestra cõdició rebelde en el azero del engaze (dexad todo el azero entre las cuentas, sino es que enlazais aun con el de vuestra uraña condicion) pidiole Dionisio el rosario con toda cortesia, i rendimiento, i despues de muchos ruegos, i violencias, mas se le robo porfiado, que le consiguio favorecido. Mas si Isbela no quisiera, no se le quitarà a su disgusto. Y si lo necio del vulgo huviera de admitirse para lo supersticioso de lo q̃ opina en semejantes cariñosas dadivas, desde entonces pudo conjeturar Dionisio lo infeliz de sus empleos, pues empezaron por rosario sus favores, que si biẽ es mentida mugeril superstición la que funda

en

en esto lo desgraciado de amantes; siendo aguero desdichado en el amor el rosario ò reliquia; juzgo que la experiencia puede mostrar ser castigo de Dios que se cõvierta en desabrido penar lo q̃ se procura gusto ilicito por medio de cosas santas.

Imprimiò Dionisio el labio en el atezado dichoso azabache, que robò de las manos de Isbela, con tal afecto, que casi le resolviera liquida materia el incendio que anhelava, sino temiera quedar sin lo que solicitò reliquia; aplicole tierno al coraçon, i parece que alvorozado procurava salir del pecho para recebirle en el. Mudò Dionisio la devocion en idolatria, i ofreciò en recompensa, ò en demostracion, otro a Isbela, que si desigual en el precio de la mano, no fue prenda de menos precioso cariño: que consiste no en lo grande de la materia, sino en lo fino de la voluntad. Llegò el termino de la Fiesta de aquel dia, i del gusto de Dionisio: i despidieronse con algun mas declarado cariño, mas sin esperanças ciertas de comunicacion; por los imposibles que representava Isbela, fundados en lo opuesto del estado de Dionisio; en lo reciente de su viudez, en la atẽcion honrosa de sus parientes, (que desvelados la seguian atentos a sus pocos años, i hermosura) en el sagrado de su reputacion vidriosa: i en lo parlero de la fama, i lo sumo de su recato. Mas entre todos estos desconfiados avisos iba creciẽdo mas el amor confiado de Dionisio, abrasando-

se en mas afecto, quanto mas le apartavan la llama que le encendia.

Aun sin volver en si del gusto dexò salir Dionisio a Isbela sin seguirla para saber su casa que era lo que deseava con exceslo, i entrò algo mas alegre en la suya: como alentado de un no esperado favor que robò su diligencia: pero trocada la suspensision passada en locura presente. Nunca furiosa passion se embevio en humano pecho con tanta eficacia, como en el alma de Dionisio la amorosa inclinacion a Isbela; Queria comunicar su nuevo dulçe cuidado para desaogarse cõ dezirle, i no se atrevia a fiarle (Que los nobles mas quieren morir anegados en sentimientos penosos, òen favorables sucessos, que poner a riesgo la fama de lo que adoran) Abominava Dionisio los amantes que comunican con amigos los lanços de sus amores: porque no es mas de poner sus damas a riesgo del atrevimiento de un conocido, que juzga que la que fue amante con el otro sera fiaca para el, i por lo menos no vive oculto el cariño, que no es poca pesadumbre; Doliase tambien de la muger principal que ciega con su passion, fia de mozos su honra, y mas de Cavalleros que assisten a señores, que si bien de prendas, i principales, la comunicacion, i compañia hazen q̃ el secreto sea ninguno, mucha la publicidad, i en la cõversaciõ, i juego todo es desdultrar su decoro, diz édo mucho mas de lo q̃ su ede, jactãdose vanos, i deshonrando a la que debiã estimar.

Ves

Veîan los criados de Dionisio las mudanzas repentinas de su amo, ya triste, ya alegre, ya confuso, ya entretenido, i aunque no sabian la causa, no dexavan de conjeturar que era algun hermoso desvelo. Principalmente un criado, que le acompañava siempre, i pudo assistiendo a su lado advertir en las repetidas acciones que le passavã con Isbela. Recogieronse todos con la noche, i quedò solo Dionisio acompañado de su afecto, i viendo que aun no avia llegado a ver el bellissimo rostro de su amada, que tan de veras queria, sin conocerle, i tantas penas le causava sin mirarle, puso estas, confussiones en estos versos, zelandola ya como amante de quantos imaginava que la podian mirar, porque juzgava infalibles lançes el alcanzarla los ojos, i el rendirla el coraçon, i andã siempre juntos los zelos, i los cariños, i por lo que pudo percebir della quando entrava en el Templo a las luzes del Sol que se introduzia por el manto, aun con toda confusion razonò desta manera.

Penas vigilias, i zelos
me han traido a imaginar
que el querer bien a mi Isbela,
es fuerça, i no voluntad.
Aunque pretenda olvidarla,
sera imposible olvidar;
que el olvido pretendido

me obliga à acordarme mas.
Aunque quiera no quererla,
imposſible le ſera
no quererla el coraçon,
que adora ſin libertad,
Ni ſe quando empezò amor,
ni ſe quando acavarà,
que el quererla, ò no quererla
ſolo en ſus manos eſtà.
No es poſsible me rindieſſe
con ſu divina beldad;
pues que llegò el conocerla
a mi deſpues del amar.
No me prendieron ſus ojos
con cadenas de un mirar;
pues antes que me miraſſen.
eſtava yo preſo ya.
No me cautivò ſu voz
con diſcreta ſuavidad;
pues que eſtava yo cautivo
antes que la oyeſſe hablar.
La colonia dividida
de ſus labios de coral,
pues que ya eſtava enlazado,
no me pudo ella enlazar.
Su rubio cabello hermoſo,

de

de reflexos tempestad,
pues me hallò en el laberinto,
tarde me llegò a enredar.
Sus manos echas al torno
de jazmines, i cristal,
antes de imprimirles labio
las empecè a idolatrar.
Su airosa gala, i donaire,
su cuerpo hermoso, i galan,
antes de verlos los ojos,
los sabian adorar.
Amor sabio, tu me enseña
si el conocer es fanal
del querer, como he querido
sin conocer tal deidad?

Con esto engañava Dionisio las prolijas horas de la noche, hasta que llegassen las desseadas del dia, acusando su descuido en no auer solicitado saber la casa de quien tan imperiosamente le tenia rendido, i tan sin culpa le maltrataua cõ desconfianças crueles. Vino el tercero dia, fue al Templo acompañado de mas vivas ardientes ansias de encontrarse con Isbela, passauan las horas, i no llegava la de su dicha: desesperavase de no verla. Qualquiera conoceria en su inquietud, el grave tormento que le afligia: Argos era de la gente, mil vezes torzia el

cuello àzia la puerta, levantavase muchas de la silla, i viendo que no hallava lo que busca, le salia a lo turbado del rostro lo desesperado del coraçon. Hablaba consigo solo, i no faltò ocasion en que meneava los labios, como si hablara con otro distinto. No atendia a lo que le preguntavan los amigos, ocupada toda el alma en discurrir porque Isbela no venia. Ya se considerava perdido del todo, i que no avia de verla mas, porque sin duda no queria encontrarse mas con el, i bolviase contra su ribaldad, (que fue suspension) en no averla seguido para saber su casa, i descansar con ver si estava buena. Donde la hallaré? Donde vivirá (dezia) Mas si acaso le ha dado algun accidẽte? o que fazò tendrá de aborrecerme, viendome tã descuidado en no seguirla! Cierta es mi muerte. Mi amor me ha de quitar la vida, no buelvo jamas a fiestas, que son tan rigurosas para mi: Ai Isbela! quiera el Cielo que tu eliès con salud, i que yo te buelva a ver. Furioso sahiò del Templo, Basilisco llegò a su casa, mirava venenos, i hablava ponzoñas, ofendianle si le hablavan, i quando le dizen que comasse en furecia, como si le ofendieran: Ninguno passò mas duro infierno en tan breve espacio de tiempo.

Llegò la tarde, (que fue siglos para el) i tomando un curioso Rosario que tenia en un Escritorio, de aquellos que crià la India, i estimò Es-

pa-

paña à los principios, pagandolos à peso de oro: con una Cruz devotisima, infalible santa reliquia, fue a pagar el que auia recebido de mano de Isbela; juzgando que lo afectuoso se zeba, no en lo rico, sino en lo gustoso: iba al Templo con miedo grande, i no con pequeño desseo, el miedo de que no avia de ver a Isbela, el desseo de encontrarla: ò que batalla llebava dentro del pecho de opuestas contradiciones! de esperanças, i rezelos! el desseo le apresura, embaraçale el temor: Quiere llegar presto, por aguardarla seguro: i no se atreve a entrar, por no padecer el martyrio de esperarla, i de no verla; todo es hielo, i todo es fuego: Entra, aguarda, llega Isbela, i resucitò Dionisio: i mas viendo que ella misma se puso declaradamente a su lado. Significola el tormento que avia padecido en no verla por la mañana, lo que temiò la falta de su salud, a que respondiò, que un accidente lo avia impedido, i que agradecia su cuidado: Mas que no le queria mui cuidadoso, porque solo servia de lastimarla sin provecho. Razonaron con todo esso con mas agasajo, sintiendo Dionisio en la dulçura de la conversacion de Isbela algunas señas de menos uraña correspondencia, que no se atrevia a calificar amor, ò inclinada voluntad, (tanto la disimulava Isbela, que quanto mas la sentia, mas lejos se mostrava della; i abrasava mas a Dionisio con su aparente tibieza.

Ofreciola Dionisio temeroso la devota prenda del Rosario, i resistiò el recebirle Isbela, pidiendo con instancia el suyo, diziendole: Que no era bié tener alajas de quié no avia de comunicar; esforçando tanto la parte del desengaño, q̃ qualquiera menos amante desmayara en la pretensiõ amorosa. Mas como la de Dionisio no passava de servirla sin ofenderla, ni se alargava a mas que a una adoracion sin vista; no estrañò las resistencias de Isbela. Antes le parecieron bien (aunq̃ las sufria mal) porq̃ la facilidad en las mugeres, es camino breve, i cierto para despreciarlas, i tenerlas por comunes. Arrojò en fin el Rosario sobre sus faldas, que ella recogiò risueña, i le mirò agradecida; sin duda porq̃ le consideròcomo prenda, mas devota, q̃ ocasionada, i que serviria mas al estorvo de la voluntad, que al afecto del coraçon.

Alargose Dionisio a mas atrevimiento aquella tarde (que lo atrevido se introduze con lo amable por pequeña puerta de favores) i mostrose Isbela mas apacible, pues a las instancias importunas de q̃ se dexase ver el rostro, cuidadosamente descuidada, permitiò apartarse el manto de modo que Dionisio pudiesse cumplir el ardiéte desseo que tenia de verla; aunque no desembocada del todo, acudiendo con tal presteza a cubrirse, que a no estar Dionisio tan atento, se huviera frustrado su diligencia.

Cobrò Dionisio nueuas ansias de mirarla en

el

el mismo cūplimiento de averla visto, i ardia en mas viva sed de tenerla siēpre a la vista (tā divina le pareciò su hermosura!) i si con la imaginacion sola de lo hermoso vivia fuera de si, con la verdad acabò de perderse del todo: Entregado al incētivo de su volūtad, no sabia como explicar a Isbela el gozo de lo que avia visto, ni là impresion que avia hecho en su alma la belleza de su rostro. Corto le parecia el mas mentido encarecimiēto para retratar sus perfecciones; feas las flores, obscuros los astros, viles las preciosas piedras, que lo posseia todo Isbela con las ventajas del alma toda llena de donaires. Ni al nacer entre zelajes de nacar en braços de la risueña Aurora, ni al morir entre las hondas cerulcas cubierta de tabi la tumba en las manos de Nereo parece el Sol tan hermoso, como Isbela se mostrò al derribarse el manto sobre el hōbro; Ni candida el ave que arrulla, ni florida, la que se corona de plumas, ziñe de zelos, i viste de luzientes ojos, era dibuxo informe de su perfeccion: Mas bella le pareciò Isbela a Dionisio que lo criado, i sin consultar los engaños del amor, juzgò que vencia las fabulosas bellezas. Assi se lo significava afectuoso, a que respondia blāda: Ea señor Dionisio, que ya se os aurà quitado el desseo de mirarme, i aun aurà llegado el tiempo del desengaño; agradezedmele siquiera, que yo estarè segura de q̄ no os encōtrarè mas aqui.

Sentialo el, como si lo dixera de veras ella, i

con

con juramẽtos, i verdades atropellava razones que dezian confusas de muchas lo agradezido, i amante que vivia. Ya no hablava Dionisio como entendido, sino como amante; menos cobarde, i no cobarde menos, creciẽdo a mayor la estima con los favores, iba a pronunciar el afecto palabras que dicta el amor, i embaraçavalas el respectivo miedo: tal vez no quiso parecer tan cobarde, que sepultase en disimulos lo amoroso; principalmente conociendo que Isbela menos estraña, le sonreia gustosa, sin acusar su osadia, gustando della, mas no consintiendola del todo.

Desde aqui vivia Dionisio mas alentado, creciendo la veneracion al paso de su cariñ- (que galan q̃ no estima lo que ama, cerca està de perder grosèro, lo que lascivo solicita) i no se descuidò esta vez de seguir a Isbela, para reverenciar el edificio que encerrava tanto dueño. Acudia las noches a registrarle invidioso, i hablava con las paredes, como si tuvieran sentido, (Ninguno estrañe los delirios de un amante, que no allegado a querer el q̃ le ha quedado cuerdo) los dias que faltaron festivos continuaron su conuersacion, abrasandose con ella mas vivamente Dionisio, que aun no tenia noticia cierta de que Isbela pagada de sus prendas, i cortesia passava la misma fortuna que el, i le amava con tanto exceso, que no le apartava de su memoria: siendo la ordinaria conversacion con sus donzellas de lo que le passava cõ Dionisio en el Tẽplo, i de lo no mal

que

que le parecia su traza, y razonamiento, refiriendolas, i celebrãdo algunos dichos suyos, (que los tenia de mucho ingenio.)

Pero cõ sentir esto en su coraçon, i amarle cõ todas veras, la ultima festiva tarde, que fue para Dionisio por entonces, como el fin amargo de sus dias, afectãdo todo desvio, habló Isbela a Dionisio deste modo. Ya (señor Dionisio) fenecio esta gustosa ocasiõ de poder escuchar vuestros bien mentidos afectos; i hazialo sin pretenderlo (siendo no poco el consentirlo) i assi hazed cuenta que no me aveis conocido, para que con esso sossegueis essa inquietud amorosa que tanto me teneis encarecida (aunque no la he dado credito) i no trateis mas de solicitar mi puetra. Esto fue un ardor, una llama que desvanecio en istante, sossegaos; vivid, callad. Mucho ai en la corte en q̃ poderos divertir digno de vuestros empleos, esto era lo que menos os estava bien; vuestra pretension no a de passar de cansancio, i para mi sera molesta pesadumbre que escandalizeis el barrio con vuestra assistẽcia, no siendo para vos de fruto, i siẽdo cõtrami decoro: cessad, cessad por vida vuestra, q̃ no os sera mui dificil: Pero advirtid q̃ estimo vuestra persona demanera q̃ no me pesa de haveros conocido, i tratado, i que si como lo dezis, lo sabeis sentir dentro del alma, reconoceré q̃ os soi deudora de ho pequeño afecto, i estima. Mas no quisiera pagaros vuestros encarecimiẽtos cariñosos con dilatados, tormentos, i esperanças

que

que jamas vereis cumplidas : vos no hableis de conseguir de mi favores que os desvanezcan, ni finezas que otras mugeres suelen hazer facilmente con los hombres, porque no lo sufre mi condicion. Yo os confiesso que os hallo digno de qualquiera firme correspondencia, mas supuesto que yo no he de corresponderos, quiero que por lo menos me devais la presteza del desengaño. Esto dezia Isbela mirandole con atencion a la cara, para ver si lo sentia, i alegrandose de que lo sintiese tanto, como lo dezia el rostro.

Confusso escuchava Dionisio estas razones a Isbela, i como quien mas oìa semblantes del rostro por los ojos, que palabras de los labios por los oidos; mas atento a su cara, que a sus acentos, cobrava en alientos mirando, lo que perdia en desmayos oyendo: porque le parecia que pronunciava uno la boca, i relatava otro el semblante, i regido de la fineza discreta, i aliento fogoso de su amor la respondio desta forma.

Señora, i bien mio (perdonadme este lenguaje, que se puso en los labios la osadia de mi aficiõ:) mi amor, que es verdadero, no se paga de intereses, sino de amaros: esto es, desearos todo vuestro bien; que quien ama, quiere el bien para el amado, no para si, i por esso os miro con ansias de vuestra felicidad, desnudo de todo lo que puede ser bien ò gusto mio. Mientras yo os viere feliz, vivire gustoso con mis daños, i como es sin pretension mi cariño, (aspirando no mas que a

ser-

ſerviros)a los lejos de vueſtra preſencia, i aun a los rigores de vueſtros deſvios eſtarà ſiempre firme mi voluntad; i para que os aſſegureis deſta certeza, no os vea yo, i mandadme vos; dejando paſſar los años en el riguroſo examen del cumplimiento de mi promeſa, que yo ſe que me hallareis tan firme, como verdadero, ſin eſperança de que algun ſiglo traiga con ſu duraciõ la dicha de mereceros afable: Ya conozco que es la Corte vergel hermoſo de flores, que cõpiten en gala, diſcrecion, i hermoſura: pero mas quiero las eſpinas de vueſtro rigor, q̃ los fragãtes aliños de todas ellas. El amor no mira la muchedũbre, ſino la cõſonãcia, i eſte mio no tiene lugar para elegir, porq̃ es obligaciõ el amaros, aunq̃ es deſdicha el perderos, i no por eſſo me aveis de eſtorvar q̃ ſepa de vueſtra ſalud, (ſino es q̃ tratais de mi muerte) q̃ un prudente cuidado no es contra el ſagrado, i decencia de vueſtro honeſto recogimiento. Rioſe, i callò Isbela, i no le peſsò a Dionisio, porque le pareciò q̃ le dava permiſsion cõ ſu ſilencio para proſeguir en ſu aficion; eſpecialmente, que al apartarſe le deſcubriò todo el roſtro, i le hablò muda con los ojos.

Al dividirſe amante, la ſiguiò deſde lexos cuidadoſo, haſta que entrando en ſu caſa prẽdiò del [illegible] a una donzella, de tres que tenia Isbela, i ſe llamavan Roſaura, Anarda, i Dantea, con las [illegible] con Leonida (hermana ſuya) comunicava los lances que le ſucedian cõ Dioniſio: Era

Leo-

Leonida, dõzella de airosissimo cuerpo, mucho brio, notable donaire, dulcissima condicion, sazonadissimo gusto, amiga del entretenido gracejo; pero mui honesta, i recatada: Con las amigas era mui festivo su trato, i toda ella de tales prẽdas, i cara, q̃ bastavan para rẽdir al q̃ mas se preciase de libre en las coiundas de amor, hermana enfin de Isbela, en quiẽ concurriã a porfia tantas perfecciones: i tan unas entre si, q̃ no se encubrian secreto; tanto que mas parecian amigas del alma, q̃ nacidas de un mismo vientre, (q̃ en este sucedió tal vez la batalla antes đ la vida)

Fue Rosaura la donzella a quien Dionisio hizo señas para que se detuviesse, i en dos palabras la ponderò su afecto, la dixo sus ansias, i la rogò q̃ no desfavoreciesse su pretension, que el se mostraria agradecido, i q̃ se dexase ver. Rosaura, q̃ savia ya la inclinacion amorosa de Isbela, le respondio con agrado, que no tuviesse pena de su fortuna, porque tenia entendido que Isbela le mirava con buenos ojos, sino que su reputacion, i sangre no la consentian se declarase. Animò esto desuerte a Dionisio, que le resucitò del mortal desmayo que le causava el considerar, que el dia siguiente no avia de ver, ni hablar a Isbela, i que ya se avia acabado el breve tiempo de su felicidad. No acertava a bolver a casa, absorto en la de Isbela, que aviendo preguntado a Rosaura lo que la avia passado con Dionisio, saliò agradable para verle desde vn balcon, mas privola

de

de gozar su vista la obscuridad grosera de la noche, a cuya sombra se retorò el Sol de su amada, i Dionisio se partiò pensativo en el modo que tendria para comunicarla frequente, quando tã inacesible juzgava su pretension, i determinò escrivirla un papel, (que son los terceros mas ciertos, eficazes, i callados) i darsele a Rosaura; que quien tiene de su mano las criadas, fazilmente desportilla la muralla del recogimiento de la mas retirada, i compuesta. Quiso tambien acompañar el papel con un retrato que copiô de su propria alma con el pinçel destos versos, para que viesse Isbela quan viva morava en su pecho la imagen de su hermosura.

Templad vos, retrato hermoso
el rigor de mi tormento,
siendo testigo a mi amor,
i borron a vuestro objeto.
Si de imposibles me pago
mucho debeis al desseo,
pues que mirandoos tan cerca,
carezco de vos tan lexos.
Mas acà del conseguir
se aposentan los afectos;
i vive sin esperar
el firme amor verdadero.
Tan discretamente adoro

quan-

quanto tiernamente peno,
aquello es obligacion,
i esto es amoroso incendio.
Quien a imposibles se atreve,
sobre si se carga un censo
de no gozar de la gloria
que està siempre apeteciendo.
Mas como, si perfecciones
quiero pintar de mi dueño,
retrato de mi cuidado
i de mi amor los desvelos?
Hablo con vos, i a vos solo
os significo mi afecto;
por ver si mas que aquel Angel
estais a mi pena atento.
Dos luchas (de amor entrambas)
me estan fatigando el pecho,
de pintar a Isbela una,
otra de dezir la quiero.
Mas venza el pinzel al gusto,
i pues trato de ofenderos
con retrataros, os pido
que disimuleis mis hierros.
Sois, retrato, copia informe
de un Angel humano, centro
de lo hermoso, sin fastidio,

de

de lo airoso, sin exceſſo.
Terſo alabaſtro las manos,
marfil torneado los dedos,
criſtal de roca los braços,
i ſierra nevada el pecho.
El Mongibelo cobarde
no compite con ſu cuello
pues ſu nieve a ſu candor
rinde parias, paga feudos.
En ſus divinas megillas
jazmin, i clavel hizieron
en batallas de beldad
ambiguos los vencimientos.
De jazmines, i claveles
la nariz, arbitro recto,
entre pleitos de hermoſura
ſe dexa indeciſo el pleito.
A ſus dos labios, ladrones
ambar, i coral ſe fueron,
a robar perlas el uno,
el otro a robar aliento.
Deſde la barba a la frente
riſcos de nieve ſubiendo,
aſpiran a ſer del Sol,
(ſino eclipticas) cimientos.
I como ſon muchos Soles

los golfos de ſus cabellos,
en ſus dos ojos madrugan
en un alva dos luzeros.
Es el campo de ſu frente
de criſtal, ò marfil terſo,
el deſtierro de las rugas,
de la diſcrecion el ſello.
Iris las zejas, prometen
ſiempre paz, ò ya lloviendo
flechas, ò flechando ya
perlas ſus ojos ſerenos.
El roſtro, vergel de flores,
hermoſo, afable, ſereno,
iman, que atrahe voluntades,
deidad, que enfrena deſſeos.
Luzes, i nieves, i flores
componen ſu roſtro bello,
i viene a ſer ſu hermoſura
aſtros, vergeles, i puertos.
A la riſa entre claveles
imita el gracioſo viento,
que en las auroras madruga,
i viene a flores oliendo.
La voz ſuave al oído
echizos brinda, i venenos,
ſirena, que con matar,

la siguen por verse muertos.
Los ojos hermosos, son
graves, rasgados, i honestos.
Harpones en que asegura
el vendado Dios su acierto.
Con imperios atractivos,
hermosamente alagueños
entre saetas de luz
publican dulzes trofeos;
En cunas de nacar fino
se està Cupido durmiendo;
que de desvelos que causa
aquel su apacible sueño!
Nunca el agrado amoroso
recabò tanto respecto;
nunca la severidad
se hizo amar con tanto imperio.
El aire, i talle del alma
son indizes verdaderos,
pues ella a de ser deidad,
siendo tan divinos ellos.
La idolatra fantasia,
en sus Dioses, i en sus Templos;
no bosquejó la hermosura
de tal alma, i de tal cuerpo.
A un descuido de sus plantas

le hizieron las flores lecho,
i le sobraron en pocas
muchas, por ser tan pequeño.
En quatro lustros de edad,
hurtò mil siglos al tiempo
de agrado, gracia, donaire,
nobleza, valor, ingenio.
Estas sombras son las señas
de lo exterior del sujeto:
que el retrato mas al vivo,
no passa de ser bosquejo.
Retrato, provoca a Isbela
que la inclinen mis acentos,
i que discreta, i hermosa
haga en ella mi amor eco.
Dila en tu lenguaje mudo
de retorico silencio
que por hermosa la adoro,
i por deidad la venero
Se tu solo de mis dichas
para con ella tercero,
que es oficio de callados
i tu guardaràs secreto.

Aunque no se pagava Dionisio demasiado de
sus acciones, le parecio q̃ no estava tã imperfe
el

el retrato de Isbela, que no pudiesse llegar a sus manos para mirarse en el, i que por lo menos en las sombras conoceria que ella era el original: i assi se determinò a embiarsele, para que conociesse lo estampada que la tenia en las laminas de su coraçõ, que assi trasladò a la pluma, lo que en el alma tenia, i acompañole con este papel.

No han sido eficazes vuestras razones (Hermosissima Isbela) para persuadirme a que os dexe, i os olvide; ni mi afecto es de condicion que contradiga a vuestros preceptos: antes resignado en vuestro gusto, se reportarà en serviros, violentandose en no hazerlo, como en ir contra el impetu de su inclinacion arrebatada: i si bien me podeis vedar q̃ aspire cõ instãcias a vuestros favores, mas no me podreis quitar aqueste impulso de amaros, i reconocimiento de serviros; q̃ las leyes, q̃ no se fundã en razon, no obligan a que se cumplan. No pudo passar mi sufrimiento sin hablaros, que me quexara yo de que fuera tã sufrido que lo consintiera, i como me faltaró los lanças de las Fiestas; acudi a los atrevimientos de la pluma. Perdonad la poca fineza de preteder mi consuelo contra vuestra orden; que por mas que os reverencio divina, no os creo tan inhumana, que os negueis a lo compassiva en ocasion tan forzosa; i porque disculpeis mi resolucion, i no rasgueis enojada aquessos renglones, os embio ese retrato, que sea testigo de que vivis en mi pecho, vos missma dibuxada sereis medianera con vos viva.

pa-

para q̃ nō os irriteis, i para que por lo retratado favorezcais a lo escrito, i atendais a lo obsequioso (si ya no es que os ofende lo q̃ os afea mi ingenio) dichoso fuera yo si a diestro pinçel se permitiera vuestro rostro para vivir consolado en su compañia: mas temo no lo he de cōseguir, i por esso no me atreverè a cāsaros, a suplicaros si que me tengais en el numero de vuestros criados, siēdo el que mas os desseará felizes años de vida. Vi vais lo que necessito, i mereceis, mādandome como a vuestro.

Cerro Dionysio el papel, i hizo del, i de los versos un villete para Isbela; Mandò buscar a Rosaura, haziendo tambien el mismo la diligencia por si, (que no le dava el amor treguas para las tardanças,) hallola, significola su intento, i previniendo la satisfaciō, la rogò que le pusiesse en manos de su amada prēda, Reusolo al principio Rosaura, represētādo la dificultad de recebirle (si biē sabia q̃ no seria mal recibido) i despues de repugnācias, ofreciò q̃ procuraria ponerle en manos de Isbela: i no ignorava el buē rato q̃ havia de tener en leerle. Huyò Dionisio temeroso del sucesso, (como si ya viera q̃ enfurecida le rasgava) el puesto, q̃ era a vista de la casa de Isbela; i entrādo Rosaura, i refiriendola lo q̃ passava, i entregandola el papel, avisandola q̃ estava alli Dionisio, acudiò presurosa al balcon por tener gusto de verle, i no la causò poca pena el q̃ se huviesse ausentado: mas acallola con lo q̃ leia, i con los

ver-

versos del retrato, que la avivaron la aficion de-
manera, que solo se acordava de Dionisio, i la li-
sonjeava mucho quien la hablava siempre del te-
niendose por desgraciada en no poder comuni-
carle. Vna, i muchas vezes leyò el papel, i los ver
sos, agradandola el estilo, de modo que cõ la con-
tinuacion de leerlos, llegò a fijarlos en la memo-
ria, repitiendolos gustosa por instantes, sirviẽdo-
le el pecho de archivo del venturoso papel, (bien
invidiado de Dionisio quando lo supo) truxole
muchos dias arrimado al coraçon, por mas que
sus doncellas la rogavan le encerrasse en algũ es-
critorio, no sucedieſſe que dos hermanos suyos,
con licencia de tales, entretiniendose con ella
(como lo solian hazer) le sintiessen, i sospechosos,
solicitassen cogerle, para averiguar lo que con-
tenia. A la noche le ponia debaxo de su almoa-
da, sin poder passar sin el, ya dormida, ò ya des-
pierta: i es creible que la desvelava muchas vezes
el ansia de tenerle en las manos, i saber que esta-
va cerca.

Supo Dionisio las finezas de Isbela cõ sus pa-
peles, (que se las dixo Rosaura, que tenia permi-
siõ de Isbela para q̃ entrase en su casa, mas sin
dar à entẽder q̃ ella lo sabia,) llegò a estar loco cõ
sus dichas, tãto mas biẽ recebidas, quãto menos
esperadas, i aunque por entõces no alcançò res-
puesta (q̃ ninguna muger hõrada, i principal res-
põde al primer papel por mas enamorada, i perdi
da q̃ se sienta) no se pudo resistir despues Isbela

a la fuerça del amor, que la obligò a que le respondiesse agradecida, i cortes, haziendo fuerça de cortesia, lo que era fineza de voluntad.

Llevò Rosaura el papel de Isbela a Dionisio, i recibiole prostrado en tierra, pulole sobre su cabeça, aplicole tierno el labio, i fuera de juizio mirava la letra de su amable divina prenda: Mas con la alegria del favor no podia percebir lo discreto de las razones, leyendolas tantas vezes, q̃ las fatigava aun escritas, i velandolas tan continuo, que casi se bebia las letras. Bolviase agradecido de su felicidad a Rosaura, que era el instrumento della, i no faltava sino ponerse a sus pies por el contento que le avia dado, quando ella se despidio maravillada de su mucho amor, rogandola el que no dexase de alegrar con sus visitas su casa, i que satisfiziese por el a Isbela el favor que le avia hecho.

Quedò solo, i mas sobre si Dionisio, desuerte que ya el alvorozo dava lugar a la atencion para leer entendiendo, i dezia assi el papel Bien se podia perdonar lo inovediente por lo discreto de vuestro papel, i lo mui fingido, por lo bien retratado, no es malo introducirse a oficio ageno para encaminar su aficion: vos pintais tambien como dezis, pero temo que encareceis cariños, como mentis perfecciones, a mi me esta mui bien q̃ me retrateis, por lo que me favorece el pinçel de vuestra pluma: i assi ni yo cõsentire q̃ me retrate otro, ni vos necesitais de otro retrato, quãdo de

zis

zis que teneis en vos mismo tan viva mi imagẽ, que os atreveis a hazer copias (Procurad no la borreis) agradeced mi cortesia en responderos, que no quiero parecer grosera aun quando me escusava mi pundonor. Mas advertid, que os pido yo a vos, lo que vos a mi retrato, que guardeis silencio como mudo, Dios os guarde muchos años.

No savia Dionisio si avia penetrado las razones del papel, pero conocia su discrecion; temeroso discurria si eran reprehensiones las palabras, ò si eran favores los discursos, bolvia sobre los renglones, i deteniase a cada clausula; ya se alegrava como favorecido, ya como desechado desmayava pero no dexò de alcançar, q̃ era aficiõ cada letra. Cõ esta confiãza de algo favorecido acudia delãte de los balcones de Isbela, passandose los dias enteros en mirarla, sin temer los ardores del dia, ni retirarse en la soledad de la noche, haziendo el mismo semblante a lo aspero, i a lo apacible del tiẽpo. Leîa en el rostro de Isbela mil declaradas caricias, i echava ella menos la presencia de Dionisio, sirviendola de mortal pesadumbre si algun dia no le veîa, registrãdo curiosa por las celosias la calle, i preguntando por instantes a sus donzellas si le avian visto pasar. Tan tierna mente le amaba.

Desde este tiempo empezò Dionisio a hazerse tan intratable con sus amigos, que les ofendia su retiro, y estrañeza, i a el le enfadava su trato, i

co-

comunicacion, no acudia a las conversaciones frequentes, ni frequentava el divertimiẽto apacible del prado, i otros sitios gustosos (como solia) i a los quales cõcurre lo mas luzido, i hermoso de la Corte. Porq̃ juzgava, que el hombre que ama de veras, tiene harto en que entender con su amor, i que quien se acompaña de amigos, no podrá encubrir lo que ama, ni acudir libre a su gusto. No salía al campo; porque le entristeciã sus verdores, (efecto propio de enamorado) no avia floresta para sus ojos, como los desu hermosa Isbela: No entrava en los jardines, porq̃ le ofendian feas las flores, acordandose de sus mexillas: solo Isbela le divertia cõtento, i le afligia retirada, comunicandola tal vez en algun lugar publico, en el qual la significava su afecto. atajandole todavia Isbela, i aun ponderandole siempre, que no creia su amor, i por esso rehusava el encontrarle, aunq̃ se cõdolia de los imposibles, que tal vez aliviavan por medio de algunos papeles. Entre los quales Dionisio embiò este, q̃ significava lo ardiente de su passion, i el sentimiento de mirar a Isbela, como uraña, desentẽdida, i aũ ofendida de su afecto: Que todo esto le dictava la fineza de su voluntad, i crecen siempre las desconfianzas con los aumentos de amor.

Enfermar de lo que sana,
i vivir de perecer,
a quien pudo acontecer,
sino a mi que se querer?

Ser

Ser mi osadia temor,
i valor mi cobardia;
ser el desden quien me guia,
i quien me embaraça amor;
elarme con el ardor,
i entre los hielos arder:
A quien pudo acontecer,
sino a mi que se querer?
Anocheeerme en el dia,
i en la noche amanecerme;
la tristeza entretenerme,
i enfadarme la alegria;
agradarme la porfia
de lo que no he de emprender:
A quien pudo acontecer,
sino a mi que se querer?
Con el silencio obligar,
quando agrada lo entendido;
discurrir favorecido
los riesgos en el hablar;
ser obligacion amar,
mas el dezirlo ofender:
A quien pudo acontecer,
sino a mi que se querer?
Ser mi aficion mi homicida,
i vivir de solo amar:

dar-

darme la vida, el mirar;
i el ver, quitarme la vida:
causarme mortal herida;
quien mi salud puede ser:
A quien pudo acontecer,
sino a mi, que se querer?

Ser mi mayor enemigo
quando mi bien solicito;
i quando del bien me quito
llorar porque no le sigo;
aliviarme lo que digo;
i por no hablar padecer:
A quien pudo acontecer,
sino a mi, que se querer?

Sospechar que habrè agradado,
temer que agradando ofendo;
juzgar quando mas entiendo,
que es quando mas voi errado:
divino ser mi cuidado,
i mortal mi pretender;
A quien pudo acontecer,
sino a mi que se querer?

Llevarme tras si el objeto,
que me fuerça a reprimir:
con la libertad vivir,
morir sino estoi sujeto:

i quando mas me prometo,
venir menos a tener;
A quien pudo acontecer,
sino a mi, que se querer?
Imbidiarme vitorioso,
quando mas vencido estoi:
i quando a rendirme voi,
retirarme vergoncoso;
ser en mi el amor forçoso,
fuerça el no darlo a entender.
A quien pudo acontecer,
sino a mi, que se querer?
Con los ojos declararme,
i enmudecer con los labios:
rezelar no cause agravios.
a quien se rie al mirarme;
con la risa enamorarme,
i a sus agrados temer:
A quien pudo acontecer,
sino a mi, que se querer?
Ser ella sola mi gloria,
i ella sola mi tormento;
siendo olvidarla mi aliento,
alentar con su memoria:
ser la dicha mi vitoria,
i desdichado nacer:

A quien pudo acontecer,
ſino a mi que ſe querer?
Querer dezir lo que adoro,
i no atreverme a dezirlo:
reuſar el conſeguirlo,
ſi por conſeguirlo lloro;
ſer ſu pecho donde moro,
i no quererlo ſaber:
A quien pudo acontecer,
ſino a mi que ſe querer?
Deſeſperar la eſperança,
i bazilar la firmeza;
cauſar horror la belleza,
i zozobrar la bonança:
i quando nada ſe alcança
temer que puedo perder:
A quien pudo acontecer,
ſino a mi que ſe querer?
Aviſarla el coraçon
que aqueſto que lee es por ſi:
i porque yo lo eſcribi,
ſer de contraria opinion:
ſer lo cierto confuſion,
ya lo dudoſo creer:
A quien pudo acontecer,
ſino a mi que ſe querer.

Enfermar de lo que ſana;
i vivir de perecer,
a quien pudo acontecer,
ſino a mi, que ſe querer?

No es creible la ſazon, i guſto conq̃ leyò Isbe la eſta letra, quando ſe la diò Roſaura: todo era repetirſela a Leonida, i a las otras dõzellas; preguntandolas: que os parece deſtos ſentimiẽtos? ingrata ſoi con eſte hombre: No es poſsible q̃ no ſea verdadero el amor de quiẽ dize tã de veras; yo cõfieſſo, q̃ eſtoi perdida por el, i q̃ me martiriza lo q̃ le maltrato con no moſtrarle aficion; i de mi ſe mui cierto q̃ le amara por ſu diſcreciõ, ya que no me inclinara lo reſtante de ſus prendas, q̃ a mis ojos ſon excelentes. (podrà ſer que hable como enamorada) Eſto dezia vergonzoſa, mirãdolas a todas, i cayendoſe de quando en quando ſobre el regazo de cada una cõ mil demoſtraciones de voluntad. O lo que diera Dioniſio por regiſtrar, ſin que le vierã, eſtas acciones, que no las dava credito, quando ſe las oia a Roſaura, que ſe las contava todas, porque le queria mucho, i por que conocia, q̃ el hazerlas Isbela a ſus ojos, era porque las puſieſſe a los oidos de Dioniſio.

Mas a priſa llegò la deſgracia a Dioniſio, que la pudo apreſurar la deſdicha: porq̃ hablando el una vez en publico cõ Dãtea (otra dõzella de Isbela) Florindo hermano ſuyo, q̃ mirava cõ algũ deſeo a Dãtea, (comũ achaq̃ de Cavalleros mozos

ſer

ser galanes de las donzellas de casa)al qual Dionisio no conocia;sin advertirlo Dantea,ò con zelos,ò curiosidad se acercò a escuchar lo que tratavan,i sin duda percibio algo dello:porque desde aquella hora miro rezeloso a Dionisio,i atendio cuidadoso a su hermana Isbela,celandola cõ atenciones de mas que hermano, i esposo; i tal vez reparò que Dantea(que se recatava poco) avia tomado un papel de mano de Dionisio,de todo lo qual tenia noticia Isbela. Mas como el amor no repara en riesgos, i a los principios es mui osado atropellava por todo, sirviendola de impulso los inconvinientes, sin reparar en que Florindo su hermano, Cavallero ocioso, asistia siempre a la puerta, para guardar los balcones: la seguia a las visitas,i Templos,para no darla lugar:velava las noches para escusarla ocasiones: todo lo entendia Isbela,pero a nada dello atendia,solo al recato prudente si, ya no ocasionarle mas fundamẽtos de sus sospechas. Deseava mucho el tratar con Dionisio, mas no hallava comodidad para hazerlo:acgavase el pecho cõ las ansias,i no tenia lugar para el desaogo.

Hasta que una tarde Isbela(que de verdad,queria bien a Dionisio)se determinò a trazarlo tomando la pluma con ocasion de que aquella mañana,estando juntas,como acasi (si bien contraça,i aviso de Isbela)en un retirado Templo)a donde acudian tal vez, Dionisio, i Isbela)su hermana Leonida, i una estrecha amiga de entrambas,

bas, que se llamava Iacinta, (entrãdo Dionisio avisado, i cõ disimulo) a Iacinta, y a Leonida las diò algunas alajuelas como galante (con ocasiõ de q̃ se llegò a hablar con ellas, como si no las huviera visto jamas) dexandose a Isbela sin alguna, como advertido. (Mas fue desimulo de amor, que lo que mas recata publica), i como formando agravio desse cuidadoso descuido, le escrivió un papel lleno de bellisimos desafios por el sucesso, señalandole lugar, que fue un jardin, no lexos de su casa: i hora, despues de entrada la noche, para tener con esto ocasion de comunicar con el, fiãdose de Iacinta, de quiẽ tenia toda seguridad; cõ la qual trazò la ìda, i aun la significò por çifras mucha parte de su intento. Dexando para despues el declararle mejor.

Sólo el gozo de Dionisio pudo põderar el gusto de tã alegre nueva para el. A perder fuera la vida por lograr desafio de tanto plazer: Notò la hora, i ninguna llègò tan tarde a sus desseos, ò como si estuvieran en sus manos los tiempos, acelerara la obscuridad apetecida de la noche, i apenas obscureciò, quando tomando las armas, i revoçado con disfraz, se partiò al alegre sitio, i en el vergel aliñado de hermosas flores, dispuesto en quadros curiosos que dividian afeitadas murtas, i regavan dulzes fuentes que salian de unas estatuas de marmoles, i alabastro, a las quales solo faltava la vida para ser vivientes perfectas hermosuras, milagros del arte, i asombros de la escultura tã-

to les dió el cinçel de alma, que parece q̃ viviã: hallò a Isbela (de quien aprendiã belleza las mas bellas de las flores) acompañada de Iacinta, i de Leonida su hermana: a las quales, sin poder resistirle, avia comunicado su incendio, i pedido refrigerio para sus llamas, i como Iacinta la ofreciò su cosa para el desaogo de su afecto, quiso que se viessen todas juntas con Dionisio, para trazar el modo, avisarle su felizidad, i que agradeciesse a Iacinta su ventura.

Hizieron todos tapete aliñado de las hermosas flores del jardin, i recostados en las alfombras, que labrò Flora para el caso, passaron largo trecho (si bien breve instante para Dionisio) en discreta festiva conversacion; mostrandose entre lo apacible tan despegada Isbela, que obligava a que la dixese Dionisio mil sazonadas desesperaciones, (i no le pesava dellas a Isbela) Atreviasse tal vez a tomarla timido la mano, i besarla cariñoso, retirandola Isbela tan blandamente, como quien consentia, i no la dava: Alargava la suya Dionisio àzia las rosas, i cortando muchas con variedad, las arrojava en el regazo de Isbela, repartiendo tambien con Iacinta, i Leonida de las mas fragantes: i cogiendo la que le pareciò mas linda, la aplicava comedido al olfato de su amada, i oliẽdola despues el dezia: mucho tiene de fragrãcia vuestra voca, mas tanto mejoran los claveles en vuestros labios su olor.

No

No perdonava el sobresalto al gusto, q̃ ya estava zozobrado con la noticia, de que Florindo vivia con rezelo de su hermana, i sin duda la echaria menos. i assi obligados de la razon, i forçados del miedo, trataron de apartarse, dexando imbidiosas a las flores, i ofreciendo a Dionisio que le avisarian el dia, i hora que podria ver a Isbela en la casa de Iacinta, a quien se mostrò tan agradecido, como lo pedia la oferta, i agasajo q̃ le avia hecho. Al caminar por el jardin, tomãdo fuerças el viento (sin duda para llevar mas aprisa el olor de las flores ázia Isbela) moviò con tanto ruido las ramas en los arboles, i sacudiò cõ tal estruendo el agua de las fuentes, q̃ temiò Isbela no fuesse su hermano que la buscava, ò alguna persona que la conociesse: i entre turbaciones apresuradas, le rogò a Dionisio que se apartase, porque no le hallassen con ella: Mas el la sossegò diziendo. No temais, señora, que lo que os atemoriza, son los arboles, que se os postran; las flores, que os agasajan, las fuentes, que forman vozes para celebrar vuestra hermosura, i el viento que se os acerca; Pero vos os alborotais siempre con los rendimientos, y caricias.

Partiò Isbela con sus compañeras, tratando de su amor, i de lo que les parecia Dionisio: Dionisio fue discurriendo en las perfecciones de Isbela, i en el modo que avia tomado para confirmar su comunicacion: Considere quien ha sabido de amar, que gustoso bolveria a su casa, q̃

desseoso de verse con Isbela. que agradecido à Iacinta, que contento con su felicidad, que animoso con su suerte, i que amante con su empleo.

No era lejos de la de Isbela la casa de Iacinta, antes tan vezinas, que se avisavan por dedentro con un golpe en las paredes, i se hablavan por los valcones, sin necesitar Isbela de cubrirse manto, para tras la darse a ella. Mas para que entrasse sin nota Dionisio era necessario aguardar a horas tan incomodas del dia, que a todos aprisionase en la siesta lo vivo ardiente del Sol: haziendo venta en el reposo del sueño de la jornada no breve de los dias del verano: i quando el Cãlate rabioso, i abrasa el encendido planeta en la mitad del cenid passava Isbela a la casa de Iacinta, i Dionisio llegava luego, ò ya la estava aguardando, passando los ardores con gusto, (que cuesta mucho el amar) comunicavanse alli tan dulcemente, que solo para ellos eran frescas, i breves, las fogosas, i dilatadas tardes del estio. Mostravase tan cariñosa Isbela, tan fino Dionisio, que solo podiã servir de invidia, pero no de imitacion, i en lo solo de un retrete passava el amor hasta lo mui favorable, mas no llegava a lo vltimo del gusto: que Isbela no lo consentia, i no ai duda que lo solicitava Dionisio: Abrasandose en vivas llamas cõ el posseer, i no gozar, cõ pocas razones gastavan el mucho tiempo, interrumpido de mil azedos sobresaltos, i repetido con infinitas àmables caricias.

Tal

Tal vez se hallaron atajados de como saldria Dionisio de la casa de Iacinta, por ser mui entrada la noche, i estar a la puerta, los hermanos de Isbela Florindo, i Antandro, echos atalayas del sitio, esperando a que saliesse: Mas tomavan por traza que saliendo juntas Isbela, Iacinta, i Leonida, llevandolos como por gusto consigo, con mañoso engaño los alejavan tanto de los vmbrales, que pudiesse salir Dionisio sin que le viessen: i no pocas se determinavan ya a que se quedasse hasta la siesta, ò noche siguiente, si el tiempo, i la industria no encerrase para el sueño a los cētinelas hermanos,

O quanto sentia Dionisio que le interrumpiessen las dulzuras con Isbela, i que de invidias causara el verlos tān enamorados a los q̄ tratā de amor. No assi el ave de Venus cō galanes tornos, cō amorosos arrullos, con articulados afectos, craspa la pluma del cuello, inquieto el passo, inclina la la cabeça significa su amor a su consorte, como Dionisio manifestava el suyo a su bien querida Isbela. No el pajaro, que en perpetua triste viudez lamenta la perdida del primer marido, refiriendosela al roble, sin repetir segundo maridable lecho, i en el copado arbol regalādose con el vivo se respiran las almas por los picos; como Dionisio, i Isbela se trasladavan el espiritu fogoso por el bucaro animado. Mortales ansias los cubrián, quando se llegava la hora de apartarse, i casi dieran por bien empleado el no llegar a los

gustos d' verle, por no passar los tormẽtos de alejarse: Assi perdido de enamorado se dividia Dionisio, i amãte, i fino se quedava en su dulçe prenda: Y como el mui fino amor es dolẽcia no menos peligrosa, q̃ la malicioſa enfermedad, hallandose Dionisio doliẽte d' su mucho afecto, i casi para fallezer de amãte, cõ la fiebre d' amor, represẽtò assi los ardores d' a soya a su bẽ amada Isbela

Ai amor, muriendo estoi:
ved pues amor porque muero;
i si veis que muero bien,
Amor, matadme mas presto.
Matame una calentura,
que la causò (a lo que creo)
el sereno de una frente,
con el Sol de unos cabellos.
I sobre un sereno, un Sol
por peligroso lo tengo,
que si se juntan contrarios
es mayor el crecimiento.
Ved amor, porque muero,
i pues que muero bien, matadme
Sino aprovais este achaque (presto.
ojo es mi mal, sin remedio;
pero mas cierto es ser ojos.
q̃ me hã mirado, i me hã muerto.
I no penseis que me jacto

de

de que me matan por bello;
que matan mas unos ojos,
si està la beldad en ellos.
Ved amor porque muero,
i pues que muero bien matadme
Mi infierno son estos ojos (presto.
siendo sus niñas mi cielo,
mas mi infierno, i gloria son,
de que gozo, i por quien muero.
De entre dos arcos de luzes
publican discretos zelos,
luzes traen, con que me alumbrã,
i los zelos porque veo.
Ved amor porque muero,
i pues que muero bien, matadme
Pero si sera mi mal (presto.
nieve de un divino puerto.
que elandome con sus llamas,
todo me abrasa con hielos!
Si ponzoñoso carmin
que crece en un prado amenõ,
aspid nacido en megillas,
veneno en flores embuelto.
Ved amor porque muero,
i pues que muero bien matadme
Amor, i sino me matan (presto.

las dolencias que he propueſto,
que puede matarme amor,
ſi no me matán los zelos?
Si me matais vos amor?
(eſto juzgo que es mas cierto)
que dà quien a ciegas cura
muerte, en vez de dar remedio.
Vos aciegas me curais,
mas no os peſe amor de aqueſto.
que muero tan dulcemente
que ya quiſiera aver muerto.
Ved amor porque muero,
i pues que muero bien, matadme
preſto.

Llegaró a los ojos de Isbela eſtas dolẽcias amoroſas de Dioniſio, i como las viò trãbié repreſentadas, las celebrò mui guſtoſa. Que quié bié quiere, ſe alegra de verſe querida; mas eſſo es quando no ſe aſſeguran adoradas, que entrán los deſcuidos, i deſdenes al paſſo de las finezas, ſeguridades, i rendimientos: i no ai coſa que aſsi conſerve el amor, como la templanza del amante. haziendo que ſe deſſee el miſmo afecto que abraſa. Poca leña aviva el incendio, i mucha aoga la llama; Quanto ſe poſſee, faſtidia, i de quanto ſe carece, ſe deſſea. Sirviendo la avaricia de la afi-

cion

cion de acrecentar el teſoro de los cariños, eſtos eran entonces finiſsimos entre los dos amãtes, i aſsi Isbela tratò de embiar la medicina al enfermo en un favor de ſu mano en pocas letras, pero en muchos afectos.

Volviò en ſi con el Dioniſio, levantoſe de la cama en la qual le tenia proſtrado mucho amor, i poca comodidad de gozarle. Y ſucediò que Florindo, hermano de Isbela, Cavallero de excelentes prendas, mui cortès, de buen talle, bien entẽdido, i prudente, de linda converſacion, i muchas ſales, bien recebido en la Corte, i aſsi de muchos amigos; pocos los años, i muchos los alientos: ſe enamorò poderoſamente de Iacinta la amiga, i vecina de Isbela: Dama de no vulgar hermoſura, antes de mui lindo roſtro, de mucho donaire, i brio, de guſtoſsiſsimas gracias, tañia, cantava, dançava, i vailava con eminencia, ſiẽdo toda ella digna de ſer eſtimada. I Florindo guſtava mucho de la familiaridad de ſu hermana con Iacinta, pareciendole que con aquella ocaſion la tẽdria de entrar mas libremente en ſu caſa con pretexto de hermano de Isbela, i de paſſar por ella los dias que eſtavan juntas, i aun de acompañarlas quãdo ſalian compañeras, i aſsi ſolicitava, que fueſſe muchas vezes a viſitarla por acudir el a verla, viniendo a ſervir ſus amores de eſtorvo a los de Dioniſio: porque amante el joven paſſeava, i ſeguia a Iacinta, i eſtando Isbela, i Doniſio juntos ſe entrava con echaque de hermano en caſa

de

de Iacinta, i los impedia sus gustos.

Mas no por esso dexava Isbela de retirarse con Dionisio a lo interior de las piezas, en las quales estava escondido sin que Florindo lo supiesse, saliendo de quando en quando a desmentir con su hermano lo que passava con su amante; i no le devia de pesar a Florindo que su hermana se retirasse, para poder hablar con Iacinta, no saviendo el la causa de los retiros de Isbela; Pero la solicitud de la hermana, i el salir el rostro encendido con lo caluroso del tiempo, i ardiente de su aficion, i verla que no podia sosegar, devió de engendrar algun rezelo en Florindo, con lo qual la zelava mas cuidadoso, veniendo a tener dos motivos para entrar en la casa de Iacinta, el uno de amor a ella, i el otro de zelos de su hermana, a la qual dava a entender, que el acudir era perdido de amor de la amiga, para tenerla mas segura, i descuidada en sus zelos. Vna tarde los puso en mayor confusiõ porq̃ entrãdo en el quarto de Iacinta, tomò una silla, desde la qual registrava lo mas interior de todo el, i aun significò querer entrar allà dẽtro, estando oculto Dionisio, si Isbela no saliera al mismo tiẽpo, i se estuviera en conversaciõ cõ todos, i no era posible obligarle a q̃ se fuesse, si bien lo hizo a poco tiempo.

Mas despues de anochecido les pareciô q̃ sonava ruido en lo alto, i se atemorizarõ, presumiendo q̃ por unas ventanas altas de la casa de Isbela, desde las quales se podia passar a la de Iacinta Florindo cõ determinaciõ zelosa (q̃ era zeloso

en

en extremo) le avia resuelto a entrar para averiguar por simismo sin estorvo las sospechas q̃ traîa, vaxãdo por una escalera q̃ venia a dar a dõde Dionisio estava: i el ruido fue tal, q̃ les pudo ocasionar este temor. Diziẽdo Dionisio animoso, q̃como Isbela no peligrase, poco importava su vida.

Esto discurria la cobardia de la culpa, mas no se podia persuadir de la cordura de Florindo, q̃ reverẽciava a su hermana Isbela, i temeria disgustar a Iacinta cõ su atrevimiẽto desmedido: i la experiẽcia mostrò ser algũ acaso el ruido: por q̃ quãdo trazavã de echar por la puerta a Dionisio, porq̃ no le encõtrase Florindo, miẽtras una mirava por el balcon a la calle, por si parecia el otro hermano, i otra caminava a la puerta para abrirla. Florindo llamò a ella, i pudo conocer (situviera malicia) en la turbaciõ d̃ todas algũ acaso en el quarto q̃ el amor disfraçado en obligaciõ de hermano, le forçò a q̃ tornase a ver a Iacinta, i como era moço de partes, i mui entretenido, i enamorado, alargò la cõversaciõ tanto cõ diversos juegos, i chistes, q̃ era mui entrada la noche, i no los dexava solos, i acrecẽtò la pesadũbre el q̃ quiso llevarse a Isbela consigo, cõ lo qual no dava lugar a que se despidiesse de Dionisio, (que era grave sentimiento) ni a que Iacinta saliesse con ellos, para engañarle, i dar paso à que saliesse el escondido galan de su dama; fuesse en fin con Isbela, i quando ya iba a salir Dionisio de la casa de Iacinta, advirtiõ q̃ Florindo estava mirãdo con cautela desde su balcõ àzia la puerta vecina, ya de zelos, ò ya de afe-

cto.

cto. Pero resolvioſſe Iacinta a paſſarſe a caſa de Isbela con achaque de moſtrarla una joya que le avian traido, i retirandolos à todos de los valcones a la ſala, pudo evadirſe Dioniſio del aprieto, triſte de no ver a ſu dama.

El dia ſiguiente (que era de Fieſta) concurrierõ Isbela, i Dioniſio a un Templo, que fue el ſagrado de ſus amores, i eſcogieronle por mas oculto que los otros (deſacierto de una ciega voluntad, profanar lo ſagrado cõ lo amoroſo, aunq̃ lo ciego no advierte en lo divino, ni intenta deſacatos advertidos) eſtãdo los dos razonãdo afectuoſa, i recatadamẽte en el, como ſabia Isbela lo mucho que guſtava Dioniſio de ver ſus hermoſiſsimas manos, deſnudò la una, i otra de los guãtes, i eſtavan entrambas guarnecidas de requiſsimas ſortijas labradas con ricos diamantes, i diverſas piedras de mucho valor (que tenia mucha abundancia de curioſsiſsimas joyas) Alavò entre ellas una Dioniſio, bien ſin malicia de interes (de que ſiempre viviò ageno) i no le avia mayor para ſu eſtima que el ſer eſclavo de Isbela, i que le tuvieſſe por ſuyo, i generoſa Isbela ſe la quitò del dedo, i ſe la entregò riſueña (No hiziera mas el mas vizarro galan) A cuya dadiva reſiſtiò Dioniſio beſandola agradecido, i bolviendoſela confuſo de ſu generoſidad. Isbela reſpondiò que no la avia de tomar, mas dixola Dioniſio, ſi es mi Isbela por favor, i por memoria la entrega deſtos diamantes, no neceſita mi voluntad de la firmeza

meza dura de essas piedras para ser firme, i eterna, lo que os pido por favor, es una de quebradizo azabache, i vereis como sabe fundarse mi amor perpetuo sobre lo inconstante fragil, restituyèndola entera al fin de muchos siglos que vivais: i porfiando el uno en no tomarla, i la otra en q̃ se la avia de llevar, se levantò Isbela como enojada de su assiento, i se la dexò caida en el suelo del trejazo, a donde Dionisio la avia puesto. Parecisle a Dionisio que era lugar indigno de tan soberana prenda, i viendo la resolucion de su dueño, la levantò, i casi la engastò en sus ojos, (ra yendola mucho tiempo en el dedo por premio desu infinito amor) i dixola; Basta señora que me quereis afrentar con hazerme vuestra dama, quãdo yo soy indigno de ser galàn vuestro. Id con Dios que vos me lo pagarèis. Quedaos con Dios (respondio Isbela desabrida) i no trateis de darme pesadumbres, que no os las merezco.

No es creible lo enamorado, i rico que se hallava Dionisio con el inestimable favor de Isbela, nò tanto por lo fino de los Diamantes (q̃ lo eran mucho) quanto por la fineza de su amor (que muger que llega a dar, i màs joyas de tanta estima, cierto es sin duda su afecto). Discurria Dionisio de que modo podria satisfazer a la deuda, mas la altivez desinteressada de Isbela le atajò muchas vezes, no admitiendo cosa alguua (que casi jamas pudo acabar con ella que recibiesse sino algunas piñerias, (que ella llamava breves

tes-

testigos de amor) i el verla tan fuera del interes le tenia mas cautivo; no porque disgustase de servirla; sino porque conocia que no se queria rendir a la esclavitud de la obligacion, que traen cõsigo las dadivas, i saber q̃ vive quien mucho ama mui lexos de los achaques civiles del medir los afectos por el dar. Mas no es bien obrar desuerte que venga a ser sospechoso el amor, por faltarle la inclinaciõ, i la instancia de estar siempre llenas de dones las manos.

La solicitud zelosa de Florindo, i el conocer, i estrañar en Isbela algun linaje de nueva inquietud, i gusto de hablar a solas con su hermana, i sus donzellas, le indujo a que registrase los escritorios de su hermana, por si hallava en ellos algũ papel, ò prẽda q̃ cõfirmase sus sospechas, i permitiò la desgracia q̃ en ellos encontrase un papel de Dionisio, i los versos en que la pintava lo doliente de su amor. Leyolos, i quedò difunto, mas no pudo asegurar de quien ni para quié erã, por faltar la firma, i sobre escrito, mas bien se persuadiò que eran de Dionisio para Isbela: Ardia con esto el pecho de Florindo en honrosas rabias, i aunque las disimulava cuerdo, no dexò de dar indicios dellas, repitiendo algunos versos de la letra. Mostrando desapacible el rostro, demudandose quando pasava Dionisio por su calle, i aludiendo con algunas palabras a su persona, a lo qual no se dava por entendida Isbela, que se quedò difunta

quan-

quando echò menos los papeles, maldiziendo la sugecion à los parientes, i a no tener cosa segura, ni cerradura resguardada a la travesura de los mozos.

Discurrieron entre todas que modo tendrian para sacarle los papeles a Florindo, i darle a entender que no callava Isbela de miedo, sino por no aver reparado en la falta, i resolviò con su hermana, i donzellas que se lo pidiessen quejosas, fingiẽdo q̃ era para una dellas. Tãbiẽ supierõ fingir este enredo, afirmãdo q̃ se le aviã dado a leer a Isbela, i para que se le guardase, i tanto fiava Florindo del recato de su hermana, q̃ mostrò que lo creîa, ò lo fingiò prudente, restituyẽdo el papel, mas no los versos: i ellas arduvierõ tan sagazes, que le pidieron que les respondiese a el, i lo consiguieron: Pero nunca sosegava la imaginacion inquieta de Florindo, porque tenia muchos fundamentos (para persuadirse a lo contrario) que el avia penetrado, mas siempre se quedava en el credito de la decencia de su hermana, teniendolo por algun devaneo.

Todo esto atormentava a Isbela, i a Dionisio que lo sabia todo, porque se lo avisava ella, (que entre amãtes no ai secreto) para que la agradeciese lo que padecia por el. Mas como el amor es mas valiente que los riesgos, crecia mas con ellos, i cobrava nuevas fuerezas cõ los peligros: ni desmayando Isbela en su afecto, ni desistiendo Dionisio en sus finezas. Mucho tiem-

tiempo passò en el qual Dionisio, i Isbela se comunicavan tiernos, i se tratavan amantes ya por repetidos papeles, (alivios amigables de la ausencia) ya por visitas amorosas en la casa de Iacinta, ya algunas en la de Dionisio, a la qual se determinò a ir no pudiẽdo tolerar los imposibles de la suya: reparando menos en el riesgo de que la viessen, que en la muerte de no verle. Mas siẽpre se tratavan sin llegar a los vltimos lanças de la aficion, i era tan grande el afecto de Dionisio, que (con admiracion de Isbela, que le llamava cõpasiva Martyr de su voluntad) no por esso desdezia de su fineza.

Vna tarde, que estavan los dos mui entretenidos en la casa de Dionisio, con no se que amoroso lançe la dixo: Quando Isbela de mis ojos a de llegar la feliz hora en que os fieis de mi noble sangre, i os asegureis de mi bien nacido amor? Empezando a hazerme cumplidos los favores? (Quãdo los merezcais le respondio Isbela) i el con mucha presteza respondiò: estimo mucho que me ayais sacado de lo desesperado a lo prometido, i ojala lo merezca presto. Cayole tan en gracia la respuesta a Isoela, que como ya los tenia merecidos en su voluntad, i aprecio, despues de pocos dias una noche, q̃ el estava bien descuidado de su fortuna, pero no de su querida: le hizo avisar que se fuesse a ver con ella, porque necesitava del, i tendria dispuesta, i segura su casa.

No lo creia Dionisio, porque jamas lo esperò

con

con aver pasado mucho tiempo en cariños, i favores; i preguntava dudoso, i desconfiado a Rosaura (presumiendo que le mentia como si le engañara la dicha) la certeza de la determinacion de Isbela. Poco le parecia todo para alborotos, y fuera de si de cõtẽto tomò sus armas, i partio a la calle de Isbela, esperando por instantes la seña de su ventura: Era aspera, i desabrida la noche; el sitio no seguro, i desabrigado, dilatavase el tiẽpo, por el temor de los hermanos, que no estavan recogidos, i pagavalo todo Dionisio, pero llevavalo cõ increible gusto.

Lo que mas le pudo acovardar, fue un Can de estraña grandeza, de color espantoso, de aspecto formidable, negra la piel, brasas los ojos, que poniendosele mui cerca al lado, le mirava con tal atencion, que bastara para engẽdrar miedo en el pecho mas valiente, i no dexò de hazer mella en el coraçon esforçado de Dionisio: mas no desdixo de su valor, aunque no le podia apartar de si, hallandole siempre a su lado, a qualquiera parte que se movia: amagavale desnuda la espada, i aunque se retirava al golpe, al punto bolvia a acercarse; i fue necessario todo el amor de Dionisio para no bolverse a su casa, imaginando que era algun prodigio aquello que le sucedia, que le avisava algun desastrado suceso: i para apartarle de si, determinò alejarse de aquel sitio, para q̃ no se reparasse en el ruido, i disparar le una boca de fuego: hizolo, i no hizo movimiento el diforme bru-

to, antes se bolvio con èl al sitio donde estavã antes. Mas aunque despues estuvo Dionisio cõ Isbela, no se lo dixo por no darla sobresalto, ni jamas se lo refirio, por no parecer q̃ se queria acreditar de ossado cõ ella (que suele ser achaque de jovenes de pocas manos, mentirse muchos trofeos, para acreditarse con sus damas.)

En medio destas confusiones oyò Dionisio q̃ se abria una ventana de Isbela, i como si fuera la del sol para el consuelo del dia, assi se alegrò su alma con ella, acercòse a la puerta, i dixeronle, que entrasse, i a penas acertava a entrar con el gozo que tenia: entrò, i reparãdo q̃ le seguia el pesado monstro; bolvio cuidadoso la puerta para atajarle, temiẽdo no causasse horror a quien le avia llamado, i baxado a abrir, i con el miedo, i sobresalto alborotasse la casa: guiaròle, sin luz, por una escusada escalera al quarto de Isbela, i era Rosaura la guia, a quiẽ besò agradecido la mano, i no hizo poco en dissimular el horror q̃ el salvage espantoso le avia infundido. Iba pisando riesgos, i tropezando tinieblas, ahogando la respiracion, porque passavã arrimados al quarto de los hermanos, que cõ facilidad los podian sentir, i avia tenido con ellos Dionisio varias noches muchos lances apretados, haziendo el del que se retirava sin entenderlo, porque le esperavan, i seguian cuidadosos.

Hallò el quarto mas embozado de funestos lutos, que adornado de ricas telas, ni devi-

sto-

ſtoſas pinturas, ò paños coſtoſamente labrados. (Aunque, ni de mio, ni de otro carecia Isbela por ſer mui rica ſeñora.) Mas el reſpeto del difunto eſpoſo, no permitia mas alegre oſtentacion. Eran las piezas eſpacioſas, i bien trazadas.

Llegò Dioniſio, a la en que Isbela dormia, i hallòla en un lecho bien conforme a ſu eſtado; pero que no deſdezia de ſu calidad, libre de bordadas cortinas, i de bien tegidas ſedas, modeſtamente lugubre le tenia adornado. Pero tan aſſeada la cama, tan limpia, tan curioſa, tan perfumada, i bien hecha, que indicava la limpieza, i aſſeo de quien la ocupava. No parecia, ſino que avia deshojado Flora blancos jazmines en ella; ò que la avia preſtado el puerto lo más candido de la nieve para componer ſu aſſeo. Eſtava Isbela en el lecho, hermoſa ſin artificio, agradable con mageſtad: riſueña, pero divina: Tendido, ſin arte, ni lei el rubio cabello por los nevados ombros, tan blancos, que deſlumbravan la viſta. Como acontece quando al nacer el ſol hiere los montes tocados de nieve pura, que embaraza los ojos lo candido, i lo lucido: Vn juſtillo de nacar, i oro avia nacido en ſu cuerpo (tan ajuſtado venia:) i con la opoſicion de los colores blanco, i rojo. Sobreſalia mas la blancura rara de Isbela (ſi bien no neceſsitava de opueſto color para vencer lo mas cã-

dido, i hermoso) blanca finissima olanda adornada con delicadas ingeniosas puntas, que le labra la prolija Flamenca curiosidad, rebozava el cristal humano de sus braços. (Mas era menos candida que ellos) i entre lo blanco de las olandas parecia casta Venus, sobre las crespas espumas (pero con ventajas a su hermosura, i sin lo ofensivo obsceno de su torpeza.)

Recostada sobre el lado derecho, recibio Isbela a Dionisio entre sus braços, i al arrimarle a su pecho se le sonrosò el rostro, como avergonzada de su determinacion amorosa: i la viveza de la roja sangre en las megillas sirvio de hermoso esmalte a su belleza. Yà aveis llegado Dionisio (le dixo blandamente risueña) a lo que deseavades merecer, o, yà alcançado, no lo desmerezcais desagradecido: i juzgad, que os halla digno mi amor destos excessos, pues me he determinado a lo que jamas imaginè de mi pundonor, i recato: (Mas que no hará la aficion!) Muchos dias, cuidados, i pesadas os ha costado lo q̃ mirais yà por vuestro; no quisiera que lo perdierades mudable, ni me tuvierades por facil en averos favorecido; bien sabeis lo que os ha costado (os repito.) (Que los hombres quanto consiguen felices solos, tanto ingratos suelen juzgarlo comun, i despreciarlo por conseguido.) De vuestra voluntad, sin termino, i de vuestra sangre noble fio que estimareis esta accion, de modo q̃ jamas la olvideis, i os servirá de obligacion para amarme mas, el que he puesto en vue-

ſtras manos mi honra, i en vueſtros labios mi fama, que ſon las prendas de mas eſtima.

Caſi ſe corrio Dioniſio de las palabras timidas de Isbela, como amagavan a poca ſatisfaciõ de ſu afecto, de ſu firmeza, cordura, i lealtad. Pero mirólas como prudente cautela de ſu decoro, i como a juſta ponderacion de lo que hazia por él: i reſpondiola para ſatisfacerla en eſtas breves razones. Divino dueño mio, en lo que me dezis diſcreta, parece que ni eſtimais vueſtras prẽdas, ni conoceis mis obligaciones, i lo que os adoro, i quiero: i porque el tiempo ſerá el mejor teſtigo de lo que agradezco, i eſtimo vueſtra reſolucion amoroſa (de que teneis exemplar en el paſſado) a ſus ſiglos os remito para las pruevas de vueſtro deſeo, i de mis finezas; que bien ſe, que en todos ellos a de ſer uno miſmo mi amor, i mi rendimiẽto.

Eſtava preparada una meſa, que parecia averla veſtido candidos puros armiños, con los manjares que la generoſidad de Isbela avia ordenado: Alabólo mucho Dioniſio, encareciendo el regalo: Mas como no iba a cenar, ſino a gozar de ſu dicha, a pocos bocados, que trinchó mutuo el afecto cõ el corte de las menudas perlas de los dientes, caſi pueſtos en los platos de los labios, pidio que apartaſſen la meſa, i Isbela, que retiraſſen las luzes; por no padecer el tormento de que alumbraſſen a ſus amoroſos delitos; ſi bien Dioniſio rogó, i inſtó en q̃ ſe quedaſſen eſtas, para no per-

der el deleite de mirar el rostro de Isbela, mas ella empachosa no lo consentia. Quedaron solos, i con dobladas luces en los bellísimos ojos del sol hermoso de Isbela, i con dos lucientes bugias, que afectavan imitarlos. I quando lo afable de Isbela, parece que le dava licencia para que se atreviesse a todo. El como si huviera entrado mas para guardarla el sueño, que para gozar de sus braços, solo se aplicò al blando lecho, sin atrever a desnudarse. Mas conocio luego su cortedad, i resolvióse à hazer lo que tãto deseava.

No bien avia ocupado gustoso el deseado sitio Dionisio, i alargado los braços para recoger el cuello de Isbela, quando Florindo su hermano tocò porfiadamente a la puerta de su quarto, instando, con apresurados golpes, que le abriessen. (Yà juzgavan que estava recogido,) i preguntandòle Rosaura (sin abrirle) que queria? Respondio, que necesitava de entrar dẽtro. Aqui fue la turbacion de Isbela, i el mortal miedo de las doncellas. Bien quisieran no aver nacido, por no verse en semejante aprieto. Que cõmo la conciencia es el mas rigido fiscal, i se hallavan culpadas, temieron no huviesse Florindo visto entrar a Dionisio en casa, i con la honra de hermano (i èl que era cavallero alentado, i avia dado muestras de zeloso) quisiesse vengar su afrenta, matandolos a entrambos juntos. Aumẽtava este temor el que Florindo solia

tal

tal vez, indicár a Isbela la correspondencia con Dionisio, i dezirles algunas pesadúbres a las donzellas, tocantes al mismo sentimiento; i aquellos dias se mostrava mas desapacible, i cuidadoso, dando a entender no avia creîdo que dexavã de ser para su hermana los papeles que sacò de sus escritorios, nombrandole tal vez, i apuntando algunas malicias. Detenianse con esto temerosas en abrirle, diziendo, que no era aquella hora de entrar en el qûarto de las mugeres, i q̃ estavan recogidas, qué las dexasse; disponiendo con esto, q̃ traza tomariã para librar a Dionisio, i dexar burlado a Florindo: i viendo que se detenian, esforçava con mas prisa, que le abriessen, llegando a mostrar le enojava la detencion.

Ai triste de mi (dezia Isbela) i que poco durò mi gusto! i que presto pago mi atrevimiento! Aqui fenece mi vida: pero libraos, vos Dionisio, i dexaos descolgar (si os parece) por essos balcones, que como vos vivais moriré yo mui gustosa. Que poco duran los contentos! bastava ser mios, para fenecer antes de gozarlos. Esto dezia Isbela triste, i Florindo proseguia en su porfiado tocar. Desnudo estava Dionisio, i preso de las manos de Isbela, rezelãdo del, que como Cavallero de alto espiritu ardiente, i de coraçon intrepido, no salieste antes de tiempo a la empressa, i aclarasse lo dudoso: sucediendo una desgracia, que manchasse el honor de aquella noble familia (que los crimines ocultos, no passan de

ser delitos, i publicos se llegan a ser infamia) i queriendo tomar las armas para la defensa, le rogava Isbela que no lo hiziesse, si la queria bien; uno, i otro luchavan como enamorados, mirando cada qual por el bien ageno. Rosaura dezia, yà me levanto. Espere, señor Florindo, que no hallo que ponerme para defensa del frio. Isbela porfiava, porque se librasse Dionisio, Dionisio por librar a Isbela. Florindo tocava. Las doncellas no sabian que hazerse: Desesperavase Florindo. Leonida dezia, que saliesse Dionisio por los balcones, Dionisio que nó los abriessen, por no confirmar con el ruido las sospechas, i que èl no avia de apartarse de su Isbela. I Rosaura, que era de mas coraçon, i capacidad, dixo a Florindo, que no le avia de abrir, sino dezia lo que queria. El respondio, que hablar a Isbela, porque importava. Este fue el ultimo trago de la muerte. No dexò entonces Dionisio de acordarse del formidable perro que le perfiguio a la entrada, al qual tuvo por pronostico de alguna desdicha. Mas tomando sus armas, i sus vestidos, i recogiêdose detras de las cortinas de la cama de Isbela, por estar cerca a la defensa, si sucedia algo: resolvio, q̃ abriessen la puerta a Florindo, supuesto que estava resuelto a entrar, i que parecia que no avia de desistir dello, i podria ser, que con los golpes alborotasse la casa, i llamasse a su hermano, i a los criados, i se pusiesse todo de peor condicion.

Abrio Rosaura mortal a Florindo, sin llevar luz,

luz: porque no la viesse en el rostro la turbacion. Entrò èl aprisa, i determinado, sin detenerse a la cama de su hermana, rebo çado con un capote de grana, i con su espada, i broquel. Mucho valor el de Isbela, pues no se arr-ió del lecho, ò quedò desmayada en èl. Mandò Florindo a las dõcellas, que se saliessen a otra pieza (ò lo que aprieta el suceso) Mas que morir era esto! hizieronlo difuntas. Atẽdia Dionisio para salir al socorro. Fuesse a inclinar Florindo àzia Isbela, i Dionisio a ende rezarle una pistola, quando cogiendola, riẽdose, las manos, la dixo; perdona hermana el mal rato que te he dado, en quitarte el sueño, yo no tengo a quien acudir sino a ti; soi moço, no faltan ocasiones, tengo en mi quarto una señora de porte, hallome sin dinero, con que agasajarla, ò satisfacer el gusto que me hà de dar esta noche; no he querido que lo entiendan tus doncellas, ni mis criados; hazme gusto de darme, si tienes, algo en el bolsillo; que porque se ha de ir mui temprano, i por no inquietarte entonces, me determinè a darte esta pensadumbre. Alargò Isbela la mano, tomò el bolsillo, diosele como estava, i dierale toda su hazienda; besola Florindo la mano, agradecido, i saliose mui gustoso.

Mas lo quedaron sin èl, las que estavan sin alẽto en su presencia, cerrò Rosaura la puerta. Salio Dionisio de entre las cortinas, tomò una luz en la mano para ver el semblante de su querida Isbela; i que efectos avia causado el sobresalto en

su

su hermosura: i acercandosela al rostro, la hallò hecha una Venus alétada: i Belona hermosissima; Tan bella, tan valiéte le mostrò, que donde el animo varonil desfalleciera, la constancia femenil en pocos años estava como sin riesgos (pero como quié los conocia.) No dexò la sangre, i la razon de salir a las megillas, i como el nacar hermoso, que vá amortiguando el rojo color cõ los años, ò como la bella azucena, q̃ al tiempo q̃ la cortò la mano del verde pie, dexativamente hermosa, ni està con su nativo esplẽdor, ni falta del todo a su vigoroso natural, assi estava el bellissimo rostro de Isbela (que si es pusilanimidad culpable el demasiado descaecimiento si vehemente causa, es condenable insensibilidad, el no reconocer, i sentir el riesgo cõ ella) pero bolvio presto Isbela a todo su vivo color con ver los ojos de Dionisio, que ternissimamente la atẽdiã.

Gracias a Dios (dixo Isbela) q̃ parò en amago nuestra desdicha, jamas lo esperava assi de mi corta fuerte: Convirtiose el sobresalto en alegria, i al modo que desecho el mar en uracanes violentos, movidos de la furiosa tempestad, crespas, i sañudas las ondas riñen encontradizas en la vezindad de las estrellas, arrojandose despues precipitadas a lo profundo del abismo, i varrenando las superiores con remolinos las entrañas del perturbado pielago, i anegando a las mas hondas, buscan la region lamentable de las penas, gimiendo horribles, espumando fe-

roces, hirviendo ruidosas, siendo pavor elado al timido navegante, desconfianza al marinero, riesgo al batel, i diligencia a la muerte; Pero feneciendo la tempestad, inclinandose el viento, apaciguandose las olas: sossegandose las aguas, allanandose el liquido humor, se convierten las sobervias espumas en blando cristal, i en vez de luchar enemigas las ondas, retozan amigables los refluxos, llevandose unas a otras en los ombros, i es ya llanura espaciosa, lo que fue formidable remolino: i playa tendida el alto empinado monte; el leño no se mueve en calma, el cefiro lisongea blando, los pilotos se descuidã dormidos, descansan los marineros descuidados, i duermen, sin fatiga, los navegantes: Tal fue la mudanza de lo temeroso a lo alegre, de lo alterado a lo pacifico, de lo desazonado a lo gustoso del quarto de Isbela, alborotado con los golpes, é inquieto con la presencia de Florindo, sossegado despues con su retirada.

Solo Dionisio, i Isbela se quedarõ en otra borrasca amorosa, i no de menos peligro: que ni les permitia el sueño, ni le sufria la inquietud contando por instantes las horas que corrian con su acostumbrado movimiento, i quexandose de la velocidad, que ellos juzgavan precipitada en el tiempo, como si entonces se aceleraran mas velozmente los circulos de las celestiales esferas. (Tal es la fuerça del gusto que desconoce la naturaleza siempre igual de los cursos,

sos, siendo tardos, ò ligeros, segun predominan los afectos.)Mucho me pesàra ser desgraciada cõ vos(dezia Isbela a Dionisio) aunque no sintiera ser desgraciada por vos, q̃ mis daños padecidos a solas, los llevàra gustosamẽte por vos: mas no quisiera, que entrarades vos a la parte de mis males. Desgracia, que no llegàra hasta vos(Isbela de mis ojos, respondia Dionisio) fuerà para mi afecto ventura mui gustosa; porque mi amor es todo ansias de que le experimenteis verdadero a fuerça de muchas penas. Mas si el amago solo de ellas huviera de causar alguna en vos, quisiera antes perder el credito de fino, para cõ vos (q̃ es la exageracion q̃ mas assegura mi afect)q̃ no experimẽtaros amãre a poder de sentimientos penosos vuestros. Que buscaros a vos firme cõ migo, a costa de penalidades vuestras, era interes para cõ migo, i no cariño para cõ vos: mas poneros a los ojos mis tormentos, sin esperanza de correspondencia de vuestros favores, es amor libre de toda sospecha.

Con la fatiga del sobresalto, i con esta conversacion, se quedò dormida Isbela; se quedò Dionisio suspenso, i guarda de su reposo la atendia, i no la inquietava, holgandose de perder èl en gusto, lo que ella lograva en descanso. Vn braço la tenia debaxo del cuello, i levantòse sobre la mitad del para alcãzar con la otra mano la bugia. Quedòse inmoble, i amante, miravala, i se embevecia contemplando cada faccion de su rostro; ma-

ra-

ravillando cada perfeccion de su cuerpo. Estava tendido a la larga el braço siniestro de Isbela sobre la compuesta ropa; moviendo de quando en quando con zeleridad la mano, mostrando entre lo sossegado del sueño, que toda via vivia dentro de su pecho el alma: Doblado tenia el braço derecho, i aplicada la mano á la megilla: Algo patẽte el pecho, porque avia desabrochado el justillo, para aliviar el coraçon de la pesadumbre passada; el rostro buelto blandamente âzia Dionisio; Yà igual, i yà recogido lo demas restãte del cuerpo: los ojos (que erã soles en cuna, luz en niñas) dulcemente ocultos con las cortinas de los parpados, mostravan que se sonreian, sirviendoles de defensa el lucido exercito de las pestañas; Los labios (imperceptible clavel) ni bien se cerravan, ni bien se abrian (aunque se movian algo:) i segũ la fragrancia que exalavan, parecian perfumador conficionado de aromas hecho de finissimo bucaro: el cabello rubio sobre el candido pecho imitava al sabroso dorado licor, que labrò artificiosa la aveja, quãdo se dilata en ondas sobre la quajada lleche. Latia el coraçon de quando en quando, no tan igual que siguiesse los concertados cõpases del aliento; i tal vez arrojava un mal pronũciado suspiro, que dezia: Aũ no ha passado del todo la molestia. Que ocasion para retratada! que lance para quien queria! No dexò de ofrecersele a Dionisio (como es el sueño imagen viva de la muerte, i ella estava tan inmoble, como quedaria Isbela difunta.)

Con

Con esta imaginaciõ temiẽdo aun las ſombras de la verdad, dexãdo la bugia ſobre el lecho, iba a alárgar la mano para tomar la de Isbela: quando deſpertãdo le ſalió al encuentro con la ſoya, i viẽdole tã arẽto maravilló mucho ſu amor, i ſe le quexò de q̃ la huvieſſe dexado dormir, en q̃ perdia tantos intereſſes ſu guſto, i no ſabia quando avia de tener otra ocaſiõ para ellos. Es poſsible Dioniſio (le dezia) que tan poco eſtimais mis caricias, que aſsi permitis las ſepulte el ſueño. Poco devo a vueſtra aficiõ. No ſino mucho (replicò Dioniſio) pues perderos por vos miſma, es lo ultimo de la fineza: deſpertaros era para guſto mio, dormir era para vueſtro deſcanſo; pues deſcanſad vos, i pene yo: que bien sè que ſentis lo contrario que me eſtais diziendo, aunque eſtimo el favor, como verdadero.

Entre lo diſcreto, i amante de los dos corrio el obſcuro numero de las nocturnas horas: no perdiendo inſtante dellas, que no le lograſſe la aficion. Tratava ya Tetis de reſtituir a Febo de entre las humedas olas, i los velozes cavallos del carro de la luz, queriã deſpertar para la carrera del dia; caſi los ejes arrebatados crugiã ſin conocerſe carriles, i ſin eſtãpar la huella ſubian azelerados los potros la inmẽſa queſta del Cielo. Quãdo (a peſar ſuyo) Dioniſio empezò a veſtirſe tã de mala gana, q̃ ſe hallava, (por lo penoſo) tã embarazado en aquella accion, como ſi jamas la huviera exercitado. Interrumpiala con bolverſe

mu-

muchas vezes a Isbela, i abraçandola dulcemente dezirla afectuosas caricias. A que respondia Isbela dulce, tierna, enamorada, sintiendo mucho el que tan presto se avia de quedar sin Dionisio.

Hollò desde la cama el suelo Dionisio, i Isbela le obligò a recostarse sobre su pecho entre sus braços, i casi no le dexava salir dellos. Tiernos el uno, i otro no pronunciavã palabras, sino suspiros. Vete presto Dionisio (le dezia Isbela) mas no te vayas, que no puedo passar sin ti; Oja la tuviera tal ventura (respondia Dionisio) que jamas me desenlazára de tu pecho: sin que llegára a disgusto, ò pena tuya mi dicha. Conocieron que la tardanza podia llegar a peligro, i saliendo Isbela de la cama, rebozada en un vohemio, nacar, i oro se llegò hasta el balcon con Dionisio, para ver que tã obscura, ò clara estava la noche, i unidos los pechos con abraços, i con sentimientos las almas en un mutuo ardiente suspiro se desañadaron tristes. Quedando Isbela a la vẽtana suspensa, i baxando Dionisio por la escalera confuso, i aun tentado de bolver a subir por ella, si el riesgo de Isbela no lo atajàra.

Salio a la calle, i no acertava a apartarse de la puerta, iba caminando, i bolviẽdo los ojos a los balcones, por si encontrava en ellos las luces de su querida (alguna vez le parecio, que estava toda assomada;) i despues de aver passado la calle, tornò presuroso a ver si avian cerrado las ventanas

nas, no fuesse que lo rigido de la no le hiziesse algun daño a Isbela, que se avia levãtado a ellas.

Mas no se que palabra dixo Isbela a Dionisio entre lo mas carñ so de sus acciones, que èl como era de vivísimo ingenio, sintiò que le avia traspassado el coraçon por aludir a memorias de su esposo difunto q̃ le rezelava ofendido, como si le tuviera presente, i le amava sepultado, como si le mirára en el lecho. Pero aunque jamas pudo echar ésta palabra del coraçon, con la estima grande que tenía de Isbela, por la experiencia de su compostura, i la fineza de esposa, se sossegò para la estima, mas no para el sentimiento; i solo quisiera poder hazerse èl tan al gusto de Isbela, que no le faltasse nada de lo q̃ la pudiesse enamorar. Y fue de modo la pena de aquellas palabras, q̃ no una vez sola, sino muchas se las repitiò Dionisio a Isbela con sentimiento de verla tan enamorada de otro, aunque marido, quando èl estava a sus ojos. (Mas de q̃ no formara zelos la fineza ciega del amor?)

Con esta pesadumbre iba caminando a su casa, procurandola divertir con ponderarse a si mismo las raras perfecciones de Isbela, como quien tãbien las avia contẽplado. Jamas se pudo imaginar cosa tã proporcionada, i esto sin passar a encarecimiento, ni ceguedad de amante. Desde la planta al cabello era una admiracion acorde. Miente la mas bien labrada estatua de terso marmol, ò candido jaspe, si presume ser

ima-

imagen propria suya. I como amava Dionisio tanto se dezia a si mismo, sabes acaso (Dionisio) si has de tener otra ventura parecida a la passada? O que breve, (pero que grande) que fue mi dicha! quiera el cielo que no me olvide Isbela, para que sea yo venturoso muchas vezes. i porque Isbela conociesse lo amante, lo temeroso, lo agradecido que avia quedado de aver estado con ella, a la mañana le embio los buenos dias en un papel cõ estos versos, porque fue a verle Rosaura.

Loco me tiene el pensar,
Isbela, que puede ser
que yo te puedo perder,
que tu me puedes dexar:
i entre temer, i esperar
Dulce vida, ó triste muerte,
casi no vengo a quererte:
pues me detiene en amarte,
no la gloria del tratarte,
si el infierno del perderte.
Gloria, è infierno me ha dado
Isbela, solo el quererte:
infierno el temer perderte,
gloria, el averte tratado.
Quisiera no averte amado,
(que mal dixe) no quisiera,
pues que poco mi amor fuera

si entre la gloria de amar,
el infierno del penar
en amar me detuviera.
El infierno te agradezco,
por la gloria que me has dado,
(si es que por averte amado
Isbela, infierno merezco)
pero de nuevo me ofrezco
a mas gloria, a mas tormento:
(De averlo dicho me afrento)
porque es mui baxo el amor
que junta el gusto al dolor,
i amor tan baxo no siento.
Esta gloria, este tormento,
Isbela se ha de trazar
con padecer, i gozar
lo que adoro, i lo que siento.
Aya para el sufrimiento
los rigores del temer,
que yo te puedo perder.
Aya tambien para gloria
la fe, de que en tu memoria
vivirà firme el querer.

Servian los papeles, i recados de alivio en las intercadencias de los imposibles, i algunas visitas en la casa de Lacinta, que eran yà menos frequen-

quentes, i mas recatadas por los amores de Florindo. Mas aun esta felicidad les faltò, porque fue forçoso el mudarse la cinta de aquella casa, (pues siempre andavan buscando las desgracias a Dionisio) i aun lo sintio en extremo mirando con nuevos imposibles a su gusto. Perdia el juizio con esta consideracion, i añadia a la imposibilidad el ser tan lejos la mudanza que no se podieran buscar Varrios mas distantes en la Corte; Qual serà la desdicha que no me acontezca (dezia desesperado) ò amor, i como te formaron martyrio para mis finezas; Mas no por esso me has de obligar a ser inconstante en mis cariños.

Formò la naturaleza opuestos en una cosa a Isbela, i a Dionisio. Porque Dionisio era mui zeloso, como amante, i Isbela mui enemiga de que la pidiessen zelos: porque se preciava de mui honrada (como a la verdad lo èra) i siendo amante Dionisio, era forçoso el zelar; i siendo amada Isbela, era razon que no le diesse a Dionisio materia de zelos, que se crevan en sospechas, i prenden en cosa nada. Pero su natural agradable, i gustoso, acompañado de pocos años, mucha belleza, i gran seguridad de su persona, era causa que muchas vezes en los concursos a vista del mismo Dionisio (particularmente que yà avia passado no poco tiempo en la viudez, con lo qual andava menos oculta) ò por picarle mas, ò por desmentir presunciones de los

otros que los sospechavan amantes, ò porque en ello no tuviesse malicia) hablasse con algunos Cavalleros más largo, i entretenido q̃ fuera razon; tomando exemplo de otras amigas, que por diferentes en calidad, ò estado podian hazerlo con menos nota. Dando con esto insufribles zelos, i pesares a Dionisio: i quexandose no pocas vezes a ella, le respondia con tal aspereza, i modo, formãdo agravio de su decencia, q̃ le hazia perder el juizio. Deziale q̃ aquello no importava nada: q̃ ella sabia lo que devia hazer: que era un passatiempo decente, que no llegava a ofensa de su persona, ni a malicia suya, ni motivo para que se enamorasen; i q̃ otras señoras de su porte hazian lo mismo que ella, i nadie lo reparava, i q̃ assi no la zelasse, porque lo sentia mucho, i bastaria para quitarla el amor q̃ le tenia; i q̃ tal vez lo hazia por quietar las sospechas a sus hermanos, que estavan presentes, i a la demas gente que maliciava en los dos, pues no se persuadirian, que una muger q̃ hablava estrechamente con vn hombre, se avia de atrever a disgustarle a sus ojos conversando cõ alguno. Que se quietasse, que segura la tenia. I alguna vez la viò tan enojada por estas cosas, q̃ llegò a creer que se le avia acabado el afecto, i la correspondencia: principalmente que passaron algunos dias de retiro sin verse: i como era los primeros desvios, i amava tiernamente Dionisio, i sentia cada instãte de enojo, i ausencia

cia con tanto exceſſo, aunq̃ no le parecian bien eſtas eſcuſas en ſemejantes cauſas: i juzgava q̃ el remedio para averiguar la verdad de la tibieza, ò amor era el retirarſe algun tiempo. Triſte en tan penoſos diſcurſos, hablando con ſu penſamiento que le afligia impiamente, dibuxò eſtos ſentimientos que le acabavan la vida, enojandole con el, i deſeando que deſiſtieſſe en põderarſelos tanto, pues ſolo le ſervian de tormẽto, los diſcurſos que le hazia.

Dexame ya penſamiento
(ſi no me quieres matar)
i ſi matarme quiſieres
penſamiento, acaba ya.
Prolijamente me aflijes
(tirana barbaridad)
por darme ſiempre la muerte,
nunca quererme acabar.
Diſimulado enemigo
con hypocrita piedad,
alargar plaços de vida,
por poder matarme mas.
Darme de la muerte, el daño:
darme de la vida, el mal:
darme en propriedad la muerte,
darme la vida en diſfraz.
Porque te pido me mates,

contrario a mi voluntad,
no das la muerte que pido,
aunque mil muertes me das.
Si mi vil vida te ofende?
acabala de quitar:
pero porque pene yo
tu la ofensa sufriras.
Tan duramente aborreces,
que alevosa tu crueldad,
seras enemigo tuyo
solo por verme penar.
Verdugo infame, alevoso,
homicida, desleal,
si a ti mismo te aborreces,
dime, a quien podras amar?
Ni propios daños te enfrenan,
ni agenas llagas te dan
antojos de compasion,
de ternuras veleidad.
Ofensas, leves de Isbela
de su afable natural,
te obligan a darme muerte,
me fuerçan a enemistad.
Prestas, azeradas flechas,
despedidas del pesar,
hiriendo en el coraçon,

todas al alma se van.
Presuncion de mis desdichas,
carencia de libertad,
todo consuelo me quitan,
toda fatiga me traen.
En cada halso de penas,
a filos de imaginar,
(molesto alfange sangriento)
tributa el alma coral.
En mi retiro penoso,
en mi triste soledad,
tu solo por afligirme
acompañando me estás
Por mas que pretendo huirte,
mas al alcance me vàs,
que te dan alas mis males
para que puedas bolar.
Llevote dentro de mi;
i aunque te quiera dexar;
si à mi mismo no me dexo,
tu a mi no me dexaras.

Rabiosas ansias de zelos despedazavan el pecho de Dionisio, i cuidadosas congoxas afligian las entrañas de Isbela de ver que se retirava zeloso. El (bien a costa de su gusto) no parecia por su calle, i ella (bien atenta a su retiro) se dolia

de no verle, preguntando por instantes a sus dõcellas si le avian visto passar, i finguiendo ellas tal vez que si, por aliviar su cuidado. Mas no pudiendo sufrir el no verle, llamô a Rosaura (que fue la q̃ favorecio siempre los intentos de Dionisio, i atajava los de otros) i a la qual se mostrò èl siẽpre mui agradecido, por q̃ era muger de prẽdas, mucho animo, estremado natural, i gẽtil resolucion, i hablava siempre con afecto, i estima de su señora, mirando mucho por su decoro, i riñendola qualquiera imperfeccion que tocasse en su fama, i en la lealtad con Dionisio) llamò (digo) a Rosaura, i dixola; Rosaura, bien sabes las atẽciones, i riesgos q̃ me cuesta Dionisio, i la verdad con q̃ le quiero, i estimo: èl essà sentido, i zeloso, i yo pesarosa, i triste. Yo conozco q̃ tiene alguna razon; mas no quisiera q̃ me imaginara tan rendida que procurava las paces con èl. (Que se ensobervecen, i hazen insufribles los hombres a vista de los rendimientos de las mugeres, i aũ en este nuestro sexo fragil a de empezar por ellos el ceder, si los queremos tener tratables) vete por tu vida a su casa, como si passaras a caso por ella, i mira que semblante tiene, que es lo que te dize: i como habla de mi: i de nuestras cosas: atẽdiendo a si pregunta èl primero por mi salud; i por tus ojos que lo hagas cõ cordura, sin declararle la traza; i que me saques deste penoso afan.

Rosaura (que deseava lo mismo, por lo que tenia conocido el pecho, i lealtad de Dionisio, i q̃

Isbela le dava pesadumbres sin causa (solo fiada en su amor) partio diligente a su casa; Entrò en ella cõ mesura, i hablôla tan melancolico èl q̃ bastò para dar lastima el verle assi. Que es esto, señor Dionisio? (le dixo Rosaura) de q̃ tanta pena? Como no se dexa v.m. ver? Que nuevos cuidados le ausentan de nuestros barrios? Tan presto se olvidà lo que tanto se ama? No fuera mucho, quando ai razon (respondio Dionisio.) Mas q̃ es olvidar? Quien padece como yo, no es posible que olvide. Rosaura mia, la memoria es mi mayor tormento, arrimada a mis injurias. I aunq̃ Isbela me agraviara de cierto (que no lo creo de la misma obligacion con que nacio, i de lo q̃ la tiene obligada mi amor) no era posible olvidarla. Padeciera como amante, i como ofendido mas no la daxàra de amar como fino, i como firme, reconociẽdo tantos favores como he recebido suyos. Yo soi el olvidado, i aborrecido, q̃ no es posible menos, pues a mis ojos me dà Isbela disgustos tã del alma, q̃ llegan a desprecios: como es, ponerse a platicar con qualquiera delãte de mi: Mas cõ todo esso, dime, como està Isbela? Acuerdase yà de mi? embiate ella acà? O tiene algun nuevo empleo? No tiene empleo, ni me embia: pero si se acuerda de vos (dixo Rosaura.) Pues cerca està de embiar quiẽ aun se tiene memoria (replicò èl.) Dexese v.m. ver (prosiguio Rosaura) i sea mas confiado, pues merece mas, i con esto se partio alegre de verle tã cautivo del amor de Isbela.

Bien

Bien conocia Dionisio que Rosaura iba a su casa embiada de su querida Isbela, mas con orden de que no lo declarasse, por no parecer que cedia de su parte, i assi passò a la tarde por delante de los balcones de Isbela, i como tenian deseo de verse. Ella le aguardava, i entrambos se miraron de suerte que no acertavã a apartar los ojos, ni a moverse de un mismo sitio, pero fue forçoso ausentarse por escusar los reparos (de que no carecia yà su amor en la vezindad.)

A breve espacio tuvierõ orden de verse mas cerca, en casa de Isbela: con ocasion de que estava segura de que sus hermanos no entrarian aquella noche en ella, por aver ido a caza con unos amigos a unos bosques no cercanos. Alegròse mucho Dionisio. (Que con esto se olvidavan las pesadumbres) i una de las cosas que atormentava desapiadadamente su pecho, era el no poder entrar libremente a donde estava Isbela para ver que hazia, i con quien estava, ni embiar criado alguno a saber de su salud: amando con grillos, i quiriendo con murallas. I la misma Isbela estrañava su paciencia, i sufrimiento en esta parte; ponderandole muchas vezes como era posible que la quisiesse con tantas incomodidades, penas, è imposibles. A que èl respondia: Que esso era amar.

A penas se juntaron, quando le dixo quexosa Isbela; Es posible, señor Dionisio, que os

de-

deva tan poco yo, que me juzgeis tan facil, que me zeleis con tãto extremo de todos, por una palabra que sin malicia hablè con un hombre, que no conozco, i que estava cerca de mi? Es posible que aya perdido con vos la reputacion que me deveis? por lo que os he favorecido? Sin duda imaginais tengo de hazer con otros lo que con vos. Esso merecemos las mugeres principales, en admitir a ninguno a nuestras caricias, i finezas, por atender a su gusto, i porque nos supieron obligar de modo, que a no corresponderlos, nos tuvierã por ingratas, por groseras, por infames. No es mi natural, i sangre para comun, ni naci con obligaciones de muger vulgar, en que algo se nos a de dar a las de mi calidad: cessad, cessad de zelarme, que segura me teneis en los mayores peligros (i no ha avido peligro sino vos) por lo qual me podeis creer que ningũ hombre en esta vida ha llegado a lo que vos, sino ha sido solo mi esposo: i os juro por quanto ai que jurar, que ni a él vivo, ni a vos amado quanto ha que os conozco he ofendido, ni aun con leve imaginacion; vos me quereis quitar la vida con essas cosas: Zelos vaya, pero infierno es imposible: i advertid que los muchos zelos hazen, ò que se conviertan en declaradas ofensas, ò en inevitables olvidos. Yo os quiero, yo os estimo, yo no os ofendo.

Yo lo fio assi de vos, Isbela mia (respondio Dio-

nisio) viendo que la colera la teñia el rostro de purpura, i la cubria de perlas los ojos; i aun que passava yà a desdezir lo encendido en palido, i a servir de ahogo las lagrimas, que se elavan cõ el desmayado accidente en el centro del coraçon: Dexòla sossegar algo, i alentòla con caricias, i en viendola menos turbada, i colerica la dixo assi.

Advertid, que los zelos no esperan razon, i q̃ no aguardan evidencias, sino los manifiestos agravios. Quien no zela no ama, i no gusta de ser querida la que se disgusta con zelos: i vos zelarades si a vuestros ojos hablara yo con otra dama: i aun lo sintierades por agravio, i tuvierades razõ de apartaros de favorecerme si prosiguera a vuestro disgusto en ello, i mas si me lo huvierades avisado: i vos misma aviades de tener por sospechoso mi amor, si le hallarades sin el picante de zelos. Salsa son de la voluntad estos desabridos accidentes. Que no se oponẽ a la opinion, sino que no se conciertan con sufrimientos indignos. (Que haze mui sensibles el cariño.) I aunque las razones que me dezis, tienen mucha fuerça en vos, q̃ no sois como otras mugeres. Conoced q̃ las mas culpadas dizẽ las mismas q̃ vos a los q̃ mas estan ofendiẽdo: quexarse de que las zelã, es dissimulo astuto de la ofensa: i defensa mañosa de la culpa. I si para mi no es agravio una palabra cortès, afable, ò entretenida q̃ hableis con alguno; para vos es poco decoro,

ro, que os ven hablar entretenida con muchos, i os conocen apacible, i miran de floridos años, i de mui buen parecer. i continuando cõ unos mismos, haràn el juizio de vos, q̃ vos hizierades de las otras, i para atajar los juizios os aveis de mirar a vos como a las mas ocasionadas, i de menos opinion: que empieza a pérderse por poco: i se atiende a lo exterior de las acciones, i no a lo interior de las intenciones: i no sabeis quien es el hombre con quien hablais. Que en los conocidos, i familiares de todos, i de vuestra familia, i casa no se haze novedad. No cõ todos se puede razonar, porque qualquiera lleva por blãco cõquistar a una muger, i los hõbres no se contentã con palabras: mas allá passa su deseo: i las amistades empiezan por una conversacion leve, i parã en un abismo de perdicio. Por hablar empezò este nuestro amable empeño, i si fue estrella, i felicidad mia: de dõde se yo q̃ se acabaron los influjos, i las dichas? no dexando de conocer que ai muchos que me llevan ventajas, i que os pueden agradar: Que una hermosura q̃ se quiere no embaraza para que otras parezcan bien: ni un galã estorva, para q̃ no se note la gala, i vizarria de los demas: i aquello de la novedad no suele ser pequeño hechizo para el gusto. Advertid tan bien q̃ los bienes tanto tienen de estima, quãto tienẽ de singularidad, causando notable desabrimiento el ver que otro hable gustoso, sin costarle nada, a la que a un hombre le cuesta infinitos

des-

desvelos el hablarla. Mutua a de ser la correspondencia, i las finezas iguales: i pues y (siendo hombre) no hablo por vuestro respeto a ninguna muger, ni de passo; vos señora, pagadme en lo mismo essa ateucion: Que a estas finezas se obliga la que admite algun Cavallero a sus caricias: i hablando dos juntos a una dama, entran los zelos de entrambos, i se pierde la reputacion con la publicidad de los sentimientos de cada uno, que sigue por averiguar al otro, i comunica la sospecha, i pone espias que infamen.

Que retorico, i entendido sois en materia de zelos; bié los deveis de sentir (dixo Isbela.) No ha durado poco la reprehension: mas os miro como consegero, que como galan: lindamente lo aveis discurrido. No se quexarà el pecho de que se ha quedado algo què pudrir. Cessò con esto el enojo, i tornaron los afectos cõ mas fineza que antes. Mucho les deven a las riñas los amores, pues a cada pesadumbre empiezan como de nuevo; i amistad donde no ai azedias, i intervalos, mucho tiene de caduca, i vive mui descuidada, i ociosa la aficion que no se interpola con pesares. Esta se aumentava sin termino entre Isbela, i Dionisio, viendose, i hablandose todas las vezes que podian, i todas les parieran pocas, aunque fueran muchas, pero no era possible por los estorvos de Isbela.

Mas como Iacinta su amiga mudò barrio, i no cerca sino mui lejos, i Florindo, hermano de Is-

be-

bela, estava perdidamente enamorado por Iacinta, llevado desta aficion descuidava algo de su casa, por assistir al empleo de su cariño, i dexava mas libres, i desembarazadas las horas para los gustos de Dionisio: Llegò el tiempo mas festivo del año, quando amagando la penitencia en los ayunos contra las culpas: se quieren vengar de las abstinencias los gustos anticipadamente en los excessos de la mesa, i jocoso de los festines; casi imitando lo gentilico en lo profano. Con esta ocasion solicitò Florindo que su hermana Isbela fuesse a visitar muchas vezes a su adorada Iacinta. Hizolo assi Isbela; i acertò a hallarse a lo festivo, i regalado un pariente de Iacinta de tales prendas, gala, i discrecion, que pudo hazer que Isbela pusiesse en èl cuidadosa los ojos, i se aficionasse de suerte, que olvidasse a Dionisio por un tiempo: i si antes iba por ruegos de su hermano a casa de Iacinta, yà iba por el impulso de su aficion amorosa.

Lo entretenido del tiempo, i el uso comun en todos, permitia algunos juegos de confianza, i llaneza, i no le pesava a Isbela que le cayesse la suerte con Arnesto. (Assi se llamava el pariente de Iacinta) al qual mirava con aficion, pero con honestidad, i buen fin de ser su esposa.

Conocio luego Dionisio la mudanza de Isbela, reparò en las muchas vezes que iba a casa de Iacinta; saliendo mui pocas antes de la propria, que bolvia mui de noche a casa (aunque acompa-

nada de sus hermanos) echava menos sus memorias, i recados, i pareciole que el semblante no era el mismo que solia; i rezelando lo que podia ser, sospechò en algun nuevo cuidado (i no se engañava en esso.) Acudia con esta sospecha de noche a la calle de Iacinta (que yà la sabia) i arrimavase a una rexa baxa del quarto en que vivia, escuchando con mucha atencion lo que passava dentro, dandole los zelos oîdos. I oìa que toda la fiesta era con Isbela (si yá no como amante se lo fingia el afecto) i que los juegos no eran al gusto de un enamorado que no asistia, si bien todos entre gente principal pariêtes, i conocidos, a cuyos ôjos no se atreviera la desemboltura, ni tuviêra lugar la indecencia (aunque suele rozarse algo de afecto disimulado en lo entretenido patente, i servir el parentesco de terceria, i la seguridad de riesgo.) Pero lo que no es culpa dõde falta clara la malicia, es crimen a dõde juzga el afecto.

Coligiò Dionisio de lo que oîa, que Isbela estava gustosa, i bien hallada, i que algun hombre dichoso era la causa de su divertimiento: pero no se dava por entendido, hasta enterarse mejor del caso, porque Isbela no le respondiesse aspera, como solia, quando no la podia convencer. Esto causò tal pena en su pecho que perdia la vida con el pesar: i encontrando a caso a Rosaura no se pudo reprimir de modo que no la comunicase su pena: i la dixo su sospecha. En que la fun-

da:

dava, i lo q̃ avia oîdo, i que el olvido de Isbela se lo hazia mas creible. (Aunq̃ ella le procurò disuadir dello con el esfuerço q̃ pudo.) Mas las razones eran tan flacas, i los indicios tan vehementes, que se confirmavà mas Dionisio en su pensamiento, quanto mas Rosaura le hablava, i la dezia: No es possible, no Rosaura, q̃ Isbela carezca de nueva aficion. Otros cuidados la divierten, otros amores la llevan. Yâ acabò por allà Dionisio Quien lo imaginara della! Confirmavale en esto el ver que sin culpa Isbela no le mirava como antes; i hallandola una tarde triste recostada sobre vn balcon de su casa, i mirandola con atencion, no se dava por entẽdida, mas que si no la mirasse, i aun le torcio el rostro cõ desabrimiento (como si fuera culpa en Dionisio el que el otro huviesse parecido bien a Isbela, para que assi le castigasse, i no era sino desgracia) i pudo con èl tanto esta pena de tan repẽtino cruel accidente, que le puso en terminos de morir de enamorado, i zeloso; i aun se quexò de la muerte porque no le queria quitar la vida, a que tenia tanto odio como lo dizen sus versos escritos en esta desesperacion.

Buscan mis males a mi dulce muerte,
cansados de sufrir mi amarga vida.
Que es amable enemigo un homicida,
si trae con el matar mejorar suerte.
O castigo infernal! ó trance fuerte!

que traiga el mayor mal en si escõdida
del mal la medicina; i que advertida
la muerte deste bien se me divierte!
Que me siga el vivir, porque atormẽta!
q̃ me huya el morir, por no aliviarme!
que muera, solo con vivir forçado!
I entre esta confusion mi mal se aumẽta,
por aver de la muerte imaginado
q̃ es solo por desprecio el no matarme

Isbela que no sabia hablar antes de otra cosa, sino de Dionisio, yà se enfadava si se le nombravan; solo razonava de su nuevo cuidado, i pena, tratando mucho de Arnesto. Ai ojos! (dezia Dionisio imaginando el sucesso) i que facilmente os cevais en lo que mirais gustosos! Ai coraçon! i que de improviso te mudas. Ai memoria, i que de repente faltas. Ai afecto! i como en un instante desfalleces. Tan vehemente se apoderò de Isbela el amor para con Arnesto, que la costò muchas lagrimas, i suspiros. No dormia las noches, i en todo el dia no arrostrava los manjares: Reìase su hermana Leonida, i sus doncellas Rosaura, Anarda, i Dantea de verla tan rendida al impensado accidente, i dezian: Que es esto hermana? Que es esto señora? Que se hizo aquel fino amor a Dionisio? Que el no mirar en vuestra vida a otro hombre? (como teniades prometido) A donde se han ido las finezas? Eit es el

pa-

pago que dais a quien con tanta firmeza os ha amado; i con tantos favores teneis cautivo? I respondialas Isbela lleno de verguenza el rostro, i ricos de perlas los ojos. No estrañeis (pues sois mugeres sugeras a lo que yo) esta pasion q̃ me ciega, este fuego que me abrasa, este bolcan que me consume, este pasmo que me enagena de mi. Esta novedad, que me arrastra. Tal es Arnesto que lo pudo merecer; aunque no llega a saberlo; i como el estado suyo, y el que yo tengo son capaces de unirnos sin culpa en el lazo indisoluble, mirandole con ojos de esposo, me enamora, me enternece, me arrebata. Astros ai, influjos tienen, que (si bien no quitan la libertad) inclinan con tal imperio que parece no dexã lugar a la resistencia. I pues os confiessó mi inclinacion, no me atormenteis verdugos de mi deseo.

Desto platicava entonces Isbela con su hermana, i con sus doncellas, llorando mucho, i no sospirava poco; i aunque no entendia Dionisio la causa de su mudanza tan manifiesta, i se la negava Rosaura quando se veîa con èl. El lo discurria tan vivamente, como si lo estuviera mirãdo; i aunque parecia que la explicava todo quanto se le alcanzava en la materia. Era tanto mas lo que pudria dentro del pecho, que a declararse totalmente, se persuadieran a que tenia familiar, que se lo avisava todo; i de lo q̃ sucedia solia dezir mucho como avia passado. Maravillava

se Rosaura de ver lo que comprehendia Dionisio. El qual desconsolado maldecia su suerte, i la casa de Iacinta, que en tales desesperaciones le avia puesto. Ha Iacinta! (exclamava) tu casa fue el principio de mis glorias, i tu casa es lo ultimo de mis tormentos; por el mismo camino de mis culpas, viene el riguroso castigo dellas. Poco merezco yo, pues assi me dexa Isbela por otro: Nada ai que fiar de amor, pues assi ha faltado el suyo. Ai hombre! i que mal me quieres, sin averte ofendido (dezia Dionisio fuera de si) pues assi me robas el gusto. Infeliz yo, pues padezco por lo que gozas (i sin duda ignoras tu felicidad.) Quitàrasme la vida, i no me quitáras a Isbela. Dime dime, Rosaura (la dezia abraçado della) quiẽ es un Arnesto que acude en casa de Iacinta, i celebra los juegos con mi dama? Que pretende? Que quiere? Que estado tiene? Comunica la a solas? Es galan? Es entendido? Es noble? Ai hombre! no permitas que te quiera, que la adoro. Dime (repetia) està Isbela olvidada de mi? Que dize? Que responde?

Si os tengo de hablar verdad señor (respondia Rosaura) ella no os toma en su boca. (I an determinada la avia visto a no bolver a tratarle, que le parecio era bien hazerle este desengaño) ni trata con nosotras de vos, mas que sino os huviera conocido. Antes la ofende la que introduce la conversacion de vuestros fi-

re;

nezas, i las suyas. I es sin duda, porque su conciẽ cia la acusa (escusa comũ de los amores que fenecen, acudir a la conciencia, a la reputacion, i al riesgo, de todo lo qual se olvida quien bien ama.) No es esso (replicava Dionisio) otra cosa la mueve a que me olvide. Mas yo espero, que acordandose Isbela de mi buẽ termino, agasajos, i finezas, a de bolver a favorecerme. Escarmentada de las tibiezas, falsedades, i malos tratos que se usan. (Esta confianza tenia Dionisio en el buen termino, i respeto con q̃ siempre tratò a Isbela, i la suma cortesia que guardò con ella en lances que menos obligaran a lo uno, i a lo otro, porque procedia siempre como amante, i cavallero) i alguna vez acabada la paciencia solia dezir; Ha Isbela! i quien pudiera ofenderte, i olvidarte, para castigar en ti mudable las alevosias que has usado con migo ingrata. Bolveras, bolveras a lo que dexas, quando conozcas de lo que te apartas.

I assi sucedio, porque dentro de pocas dias bolvio con notable impetu el cariño que tenia a Dionisio, a llamar a las puertas del alma de Isbela, i reconvenirla de mudable, echando menos el trato amoroso, i seguro de Dionisio, i sus verdaderas finezas. No avia dado a entender a Arnesto la inclinacion de su voluntad: Que la padecia como amante, i la callava como honrada, disimulandola prudente, i como no le podia

comunicar, por no saberla èl, ni querer ella dezirla; aquella llama repentina se apagò con la carencia del cevo. Déziala Rosaura (que entendìa yà que otra vez se acordàva de Dionisio, aunque no lo explicava claro.) Plegue a Dios señora, que yo torne a veros tan perdida por Dionisio, i a èl tan olvidado de vos, que pagueis con lagrimas, i sospiros irremediables esta traicion alevosa, que le hazeis dentro de vuestro mismo pecho. Que deseis su comunicacion, i no la consigais.

I parece que se le cumplio su deseo, porq̃ tan ardientemente resucitò el fuego de amor en Isbela, que llorava sin consuelo, hablava sin termino, i preguntava sin intervalo por Dionisio. Dime Rosaura, preguntava. Es posible que Dionisio me olvide? Avràme dexado del todo? Desecharàme si buelvo? Vè Rosaura, vè a verle amiga, para q̃ yo descãse: Mira, mira como està? Que le temo mui enojado. Atiende a como pregunta por mi, i si cãsado de mis desdènes se divierte cõ otra dama. Mas no le digas que yo te embio, no sea q̃ se vẽgue enojado de mis desvios, i quiera ultrajar mi rẽdimiẽto. Hizolo assi Rosaura. (Que solia ir a ver a Dionisio sin ordẽ de su ama, porq̃ le queria mucho, i sentia las pesadũbres q̃ le dava sin merecerlas, solo cõfiada en lo mucho q̃ la queria) i dispusolo de modo, q̃ sin ceder Isbela a los sagrados de dama, se recõciliaron los amantes, dandole a entender q̃ la estrañeza passa-

da

da de Isbela avia sido para examen de su amor: I como Dionisio amava sin ficcion, con los agravios se encendia en afectos, i con los retiros se abrasava en incendios de voluntad, atendiendo mas a la ficció que le engañava, que al entendimiento que le amonestava el retiro.

Crecio la llama, avivòse el fuego; bolvieron las caricias, mas no faltaron algunas pesadumbres (censos de los gustos, i gasto de los amantes) todos passan por essos azares, para que no crean gloria la aficion. Alternavanse afectos, i pesares: finezas, i pesadumbres (de que solo carecen los principios del amor, i crecen con sus aumentos.) Llegò el dia del Angel, q̃ en Madrid es de los mas celebres del año, por ir huyẽdo lo encogido del Invierno, i dando lugar la Primavera a lo esparcido de las acciones humanas; abriẽdo las puertas al campo para salir a gozarle, q̃ se las tenia cerradas lo rigido de los hyelos. I tal dia se despuebla toda la Corte a una curiosa Hermita de la invocacion del Angel de la Guarda, que de la otra parte del rio de Mãzanares esta superior a la insigne Puente Segoviana, q̃ fue hermoso rico edificio del coraçon dilatado de aquel Seneca de las Españas, el señor Felipe Segundo, i sirviendo casi de pie al ostentoso Palacio Real, divide la espaciosa tela, i ameno Parque de las dilatadas huertas q̃ van de la otra parte de la Puente corriendo hasta san Isidro. (Insigne Santo Labrador, Patrõ de la Imperial Vi-

lla, hijo de sus moradores.) A los quales el tiẽpo de las breves tardes que se alegran algo con el sol, i crecen mas con su luz, concurren airosas las damas a la golosina gustosa de los cardos, que nacen blancos, mazizos, i tiernos con el blando natural de las aguas vezinas de Manzanares.

Este dia tã festivo para todos en el cõcurso: q̃ es el primero de Março, quiso passarle Isbela encerrada en casa de Dionisio, teniendola por mas ameno vergel, que los mas biẽ aliñados de Europa: i su cõpañia a solas por mas alegre numeroso concurso que el q̃ forman los inumerables coches, damas, i galanes, que entonces salen a cõpetencia hermosas, i vizarros a las riberas del rio, i al passeo de la Hermita. Comio Isbela cõ Dionisio no cõ gasto ostẽtoso, sino cõ sazõ amable, como quiẽ era dueño, i no huespeda de casa: passãdo cõ sumo afecto las breves horas del dia

En èl mismo determinò Leonida su hermana salirse con Anarda una doncella al cãpo, dissimuladas de trage, agenas de ostẽtaciõ, i de parecer lo q̃ eran, por gozar mas libremẽte de la tarde, i de lo vistoso, i rico de los señores, i damas, saliẽdo sus Magestades, Felipe IV. el Grãde Monarca el mas justamẽte amado, el prudẽte, esforçado Iob de las Españas. Isabel de Borbõ (la hermosissima, varonil afrẽta de lo hermoso, i alẽtado.) El Principe Baltasar Carlos, assõbro del ingenio, perfecciõ, gala, i hermosura. Cõ aquel astro reciẽ

te

te de la bellissima Infanta Doña Maria, Luzero con alma, i Sol con racional vida; a dar alegria a los suyos con sus amables presencias. I sucediole a Leonida, sentada entre otras Damas encubiertas, como su brio, i donaire era reparable mas que los otros, que se le acercò un Cavallero (comun tropieço de todas) i con importunaciones prolijas la rogò, que se dexase ver, i servir, que en èl hallaria lo puntual, i lo cortesano (cosas que todos ofrecen) porque sentia en su pecho un linaje de inclinacion, que le aprisionava sin resistencia: I como a ninguna muger le pesa de ser querida, i celebrada, i aũ por entretenimiento le da gusto: travò Leonida cõ el conversacion tapada con el manto, en fee de que no la conocia, ni avia de conocerla, no imaginando podia llegar a lo que sucediò: porque de una en otra palabra los cogiò conversando la noche, enamorandose Albano (que assi se llamava el Cavallero) i no disgustando Leonida. Mas no presumiendo entonces que èl era casado, ni sabiendo èl que ella era donzella, i señora.

Retiraronse juntos ázia el lugar, i consintiò Leonida que Albano supiesse su casa, dãdole las señas della (tal es la fuerça de una ocasion, i poder de una platica, no pretendida, que de pocas palabras se fraguan unos amores; no atendiẽdo una muger a que es principal, noble, rica, donzella, i que no sabe quien es el hombre a quien se declara facil) No fueron poco firmes los amo-

res,

res que de aquella conversacion se engendraron: porque se formò larga, i firme comunicacion entre Leonida, i Albano: Dividierõse los dos, preso el uno, i aficionada la otra, porque assi lo dispuso Leonida por ir por su hermana Isbela a la casa de Dionisio, sin que Albano lo entendiesse.

Fueron pues Leonida, i Anarda, (de quien supo Dionisio estas, i otras muchas cosas) por Isbela, i Rosaura a casa de Dionisio, i hallaron los tan contentos, q̃ bien significavã el gusto cõ que avian estado juntos: Mas porque la noche avia entrado, se fueron todas, dexando a Dionisio tan triste sin Isbela, como avia estado alegre en su compañia.

Mas felizes fueron los amores de Leonida, i Albano (sino los juzga assi el que ama, i no vè las ordinarias pesadumbres que se fomentan entre los demas, sin las quales no vive amor, i en todos los amantes passa lo mismo, aunque no todos los ven,) que los de Isbela, i Dionisio, porque no tuvieron tan presto la pesadumbre, i sobresalto de ser entendidos de sus hermanos (que como era donzella, qualquiera amago de desvelo que notasse en la calle, le presumian por de Isbela, por ser mas ocasionado su estado) por mas que Albano se mostrava fino, i Leonida se manifestò enamorada. Ya tenian las dos hermanas amorosos cuidados. I aunque despues supo Leonida que Albano

era

era casado, i por amores, i que le muger era mui hermosa (cosa que abominava antes en hombre que la mirase, porque no podia ver a quien amava, i no podia ser su esposo:) No por esso desistiò de su trato licito: (ò es que le puede aver, quando una muger honrada, i principal donzella, pone al vaho de la fama, que todo lo examina, i ensucia el espejo de su pureza, i decoro, hablando, mirando, escriviendo, saliendo, recibiendo, i dando ocasion sin duda a la licencia atrevida de las manos, i otras cosas que facilitan tiempo, comunicacion, i regalos, hallãdose muchas vezes confusas, lloro-sas, i sin remedio.) Bien es creible, que Isbela no tuvo noticia por mucho tiempo de la correspondencia de Leonida. (Si bien la entendiò con el tiempo) mas tuvo la culpa della cõ el mal exemplo que la dava, que es peste que se pega sin diligencia, i cancer que cunde por toda una familia, el mal proceder de los padres ò hermanos mayores.

En el tiempo que celebra la Iglesia lo triste lamentable de la Passion del amante Dios, cõcurrè a los Templos, aun los menos asistentes a ellos, (ojala entonces no se aprovecharan muchos del concurso triste para la ocasiõ lasciva!) por hallarse a tan sagradas respectables ceremonias, i oir la musica con que se celebran las divinas santas Exequias del Salvador. Algo lejos de la casa de Isbela auia un Convento de mõjas,

en

en el qual vivian tres serafines humanos, que eran encanto de la harmonia, i arrastravã (qual otro Orfeo) la Corte con la dulçura diestra de sus vozes. A este acudia Isbela de ordinario en semejantes acciones: i reparò Dionisio, q̃ continuava el sentarse junto a unos mismos Cavalleros, i conversava con ellos: i pareciendole, que tanto repetir a un lugar, no podia ser sin diligencia advertida dellos, i ella; (fuera de la disonancia que le hizo por el tiempo santo) diolà a entender el disgusto que recebia dello. Mas ella proseguia de la misma suerte, juntandose cõ algunas amigas, escusandose con que no avia inconveniente. Inconveniente es bastante (la dixo Dionisio) que yo lo sieta, i que vos me ayais favorecido, que es autoridad para el estorvo, i yo no lo tengo de hazer escandalosamente albo rotando con riñas, que no os està a vos bien, ni para mi es conveniente (aunque en esso no reparara) ya os he dicho, que por una conversacion tuvo principio nuestra amistad, i pues aun avisada en mi pesar, proseguis en lo que me le dà. sin duda tendreis gusto en esso, i no en hazerme favor, cumplirè tambien vuestro gusto en retirarme de vuestros ojos, porq̃ no os atrevais a ellos; i assi no pudiendo sufrir aquellas acciones ofensivas, tratò de apartarse totalmente de Isbela, no obstante que reconocia lo imposible de su resolucion.

Faltò Dionisio al Templo lo que restava de

la

la semana santa, ausentandose de la calle, i ojos de Isbela: quexose a Rosaura de lo poco atenta que se mostrava a su gusto, i mirava por su opinion. Mirò como ofensa declarada la continuacion del trato en la Iglesia. Pareciole, que quiẽ no reparava en dar disgusto en aquella materia, no devia de tenerle en amar, i despedia con las acciones ofensivas, a quien la adorava cõ infalible certeza, i con quien comunicava como fina. Iuzgava tambien, que atropellava con la reputacion que se devia. I enfureciò mas a Dionisio (por lo honrado) el saber que el hombre cõ quiẽ hablava Isbela, era mui ordinario, i aun baxo, (aunque en traje no comun) i que se acompañava con Cavalleros de habito, pero probissimos, i forasteros; i se tratava como si fuera alguna persona principal (cosa mui ordinaria en la Corte aver destos introduzidos, ò por despejados, ò por atrevidos, ò por dissolutos: vosearse con los señores: andar en sus coches, comer a su mesa, i tener su lado, sin saberse quien son, de que visten, ni donde nacieron, siendo la polilla para las correspondencias indecentes, solizitando las voluntades de las mugeres por el interes que tienen del señor que las desea) culpa tambien de las mugeres, no hazer averiguacion de los hombres hablando con uno, como con otro, i perdẽdo ellas su decoro: porque se alaban ellos de lo que no ai, para ganar credito de favorecidos de las señoras, i con que los vean una sola vez hablar

blar con una Dama en la Iglesia, i rondar otra la casa, les dan credito. Van al juego, i dizẽ en la conversacion, que es cosa suya: i que estã favorecidos, solo por acreditarse vanos, en lo q̃ no consiguieran verdaderos, haziendo mas pintas en la honra de la inocente señora, que salen en las varajas.

Notò tambien Dionisio, que la rondavan la puerta, i miravan con atencion sus balcones, haziendola cortesias, i ademanes, a que ella correspondia agradable, i risueña (pero sin malicia, porque todo lo tenia por comun suceſſo en todas) i que todo esto indicava cuidado, i culpa; i assi le persuadian los sucesſos a que la dexasse. Principalmente, que la industria de Dionisio, i el no ser conocido dellos su amor a Isbela, (aunque le hazian cortesia, como a conocido en el barrio) le obligò que los siguiesse una tarde mui desde cerca, al descuido, como que se passeava, i escuchasse lo que dezian: (Que ninguna diligencia perdona quiẽ ama) i oyò que las palabras eran acerca de Isbela, i de las sazones que les aviã passado en el Templo, con mas esperanças de las que le estavan bien a ella, ni podian parecer bien a el, ocasionadas de lo entretenida que con ellos avia estado: por lo qual se determinò casi con juramento (mas no le cumpliera aun con agravios tan vivos) a no verla mas en su vida; i como el dexar lo que tanto amava, i de quien tantos fa-

favores avia recibido, era tan contra su inclinacion, i le avia de costar tantos tormẽtos, triste procurava divertirse, i entendido solizitava animarse, hablando consigo desta suerte:

Animo (coraçon) i sufrimiento,
(que no alivia el dolerse un grave daño;)
acogete a las fuerças del engaño,
que venzan la razon del sentimiento.

Mira q̃ en la creciente de un tormẽto
no corta con sazon un desengaño;
i un consejo es remedio mui uraño,
quando està dolorido el pensamiento.

El mayor desengaño, es engañarse:
es dar fuerça al dolor, el remediarle,
i abrirla mas, para cerrar la herida.

El tormento mayor, a de acabarse,
diviertete, no intentes acabarle
que acavarà èl primero con la vida.

Añadiose a estas vehementes causas, q̃ en aq̃llá sazõ se celebravan en un Tẽplo los desagravios de Christo, a la presencia de un devoto Crucifixo, en satisfacion de que barbaramente afrentaron a otro los perfidos Iudios en la calle de las Infantas: atrozidad sacrilega que lloró la Corte, avisó Dios, i castigò el Cielo, i venia entonces a aquel Templo la mayor parte de la Corte. Vna tarde destos dias se hallarõ en èl la cin-

cinta, su hermana de Isbela Leonida, i Isbela: como el amor no acaba presto, si es fino, ni perece jamas, si es verdadero, assistiò tambien Dionisio, tan cerca dellas, que pudo hablar con Iacinta, a quien Isbela avia encubierto la prosecució de su correspondencia con Dionisio; juzgando q̃ como ya no la podia ayudar en ella, no era necessario que la supiesse: i en orden a este disimulo la diria todo lo que la pareciesse conviniẽte; i que Dionisio no la dexava, sino que la perseguia, si acaso Iacinta reparava en que el assistia a donde se hallava Isbela (i no es nuevo en las mugeres, negar los empeños, culpar a los hombres, i llamar persecucion dellos lo que es gusto dellas)

Estava Iacinta persuadida a lo que le proponia en esta disimulacion Isbela (juzgando que la tratava verdad) i creia que de ninguna manera comunicavan: mas con todo esso viẽdole alli, tratò con ella de las atenciones de Dionisio, i si avia satisfecho a la galãteria de la sortija de diamantes, que le diò a los primeros lãces de su voluntad (conversacion civil, pero de condició de mugeres interesadas) ò si se la avia buelto: Respondiò Isbela desabrida, que no, i Iacinta la persuadiò a que se la pidiesse, (no imaginando que Dionisio lo avia de entender) ò que buscasse traça para quitarsela, (accion por cierto desluzida i solo en una muger poco advertida disculpable, i que no cabia en el pecho noble, generoso, i bizar-

zarro de Isbela) la persuasion no cuerdá de Iacinta, la condicion facil de Isbela, i una palabra que dixo Dionisio, i por mal entendida pareció en desprecio de Isbela (cosa mui lejos de la noble cortesia de Dionisio) la obligò a que arrebatada del enojo, i movida de la persuasion, le escrivieſſe a toda prisa aquella noche un papel lleno de pesares, i desprecios, pidiẽdole en el los favores q̃ tenia suyos, (de cabellos, cordones, i papeles, cõ otras alajas, para q̃ la embiaſſe tãbien la sortija) como indigno de poſſeerlos, el qual entregò a Rosaura sin aguardar al dia, para q̃ se le llevaſſe luego al pũto, obligãdola a la celeridad con un engaño, diziendola, que le pedia en el a Dionisio una cosa de mucha importancia para Iacinta, que no sufria dilácion. Hizolo assi Rosaura, ignorando lo que iba escrito.

Tomô Dionisio el papel, i no sin rezelo; porq̃ tenia exoeriẽcia, q̃ jamas le faltava a Isbela tiẽpo, i ocasion para escrivir pesadumbres, i siẽpre carecia del para escrivirle favores, i caricias, lo qual tenia de ordinario imaginativo a Dionisio en la verdad del afecto de Isbela, por mas experiencias que le parecia avia del, que eran las mayores que se pueden imaginar, leyòle de manera, que le oyeſſe Rosaura, la qual mostrò sentir mucho lo que contenia, i diò a entender que Isbela la avia engañado.

Sacô Dionisio los favores, i la sortija de un escritorio, en q̃ estavã, para entregarlos a Rosaura

enfadado del desaire, i corrido de la peticion, ì desprecio, diziẽdo siẽpre las damas con achaque de pedir los favores, quierẽ cobrar las prendas q̃ han entregado, mostrando, q̃ empeçò la avaricia a donde se acabò el amor. Mas despues le pareciò q̃ era mas acertado no hazerlo, para castigar a Isbela. (Advirtiẽdo, q̃ por los mismos passos, i lançees q̃ avia caminado amor, iba retrocediendo el desprecio, i el olvido, siendo Iacinta, i la sortija quien le fomentò, y quien le deshaze) i assi embiò a Rosaura sin respõder por escrito, i diziendola, que la dixesse a Isbela de su parte: q̃ no gustava de obedezerla por entonces, ni queria embiar los favores, ni escrivir, juzgando que ciega de alguna passiõ, ò mal acõsejada de alguna amiga imprudente, embiava aquel papel tan ageno de su persona, i tan sin linage de causa; i q̃ no se persuadia della, q̃ bolviesse a pedir lo q̃ una vez avia dado. Cosa tan encontrada cõ su noble condiciõ, i que assi no queria ayudarla a su mal fundado intento, que mirava mucho por su decoro: q̃ quando no la pidiesse, le daria la sortija; para q̃ fuesse galanteria del, i no civilidad della: q̃ de las pesadumbres, i desprecios tampoco hazia caso por entonces: porque ni le disgustavan como ofensas, ni las agradecia como sentimiẽtos: I que para que conociesse lo arrebatado de su colera, la bolvia su papel, para que se avergonzase de verle. Fuesse Rosaura admirada de lo reportado, i cortès que avia estado Dionisio, i quedò

Dio-

Dionisio maravillado de lo que avia hecho Isbela, i persuadido a que Iacinta, ò alguna otra persona la avia instigado a que dos lixese de su natural vizarria: porque avia tenido con ella muchos lances en que avia conocido su generosidad. I ponderava tambien, que facil es componer, ò descomponer unos amores las que andan a los lados, i guian la voluntad agena a su interes.

Refiriò Rosaura a Isbela lo que la pasò con Dionisio, i diola la misma respuesta que la encomendò. No sossegava Isbela con ella; sino que una, i otra vez instò en su peticion, siendo tan grande la impresion que hizo en su pecho, el ruin consejo de pedir lo dado; que ella misma se fue a desora a casa de Dionisio a pedirle la sortija, haziendo tantos estremos, dando tantas quexas, derramando tantas lagrimas, diziendose tantas injurias, que a menos diligencias tuviera por suyo el nudo, a ser todo de Dionisio: mas (èl fuera de su condicion noble) salió (ó no quer entregarsela: si bien con terminos de mucha cortesia, i estima: no obstante q̃ las ansias, demostraciones, i ruegos de Isbela eran tales, q̃ convencieran a un enemigo, i al mas avaro, i pertinaz, quãto mas a èl q̃ tiernamente la amava: instava Isbela en su peticiõ, i miravala Dionisio al descuido tierno, pero derterminado. Matame, le dezia, i respõdiala: yo te deseo q̃ vivas largos años: rogavala q̃ se fuesse (q̃ crueldad tã ótra su amor!)

i ella respondia, que no se avia de ir sin sus prendas, por mas que la echassen menos en su casa; que ya tenia perdida la honra, i no estimava la vida. (Que encarecimiento para estimado en otra ocasion!) las prendas de su amor no la dava: el que la diera su alma, i vida antes q̃ se la pidiera: Pero por q̃ no salieſſe cõ tan vil determinacion, se hizo fuerte, i la obligò a que se bolvieſſe sin ellas, ofreciendola que guardaria la sortija i no la entregaria jamas sino a ella misma, (como lo hizo despues) avisandola, que si por interes lo hazia, el daria mucho mas de lo q̃ valia la sortija, para q̃ satisfacieſſe el daño: (esto sintiò mucho Isbela) para q̃ conocieſſe q̃ la estimava, i que el quedarse con ella, no lo hazia por interessado, sino por amante. I a la verdad, por no ver en Isbela una accion tan fea, i desdiga: que como la queria, i estimava mucho, no quisiera que la afeara cosa indigna de su persona.

El ver que era demasiadamente tarde, i q̃ Dionisio no se reduzia, convenciò a Isbela para q̃ se fueſſe sin cõseguir su intento. Saliò Dionisio acõpañandola desde lejos, hasta vella entrar en su casa, i bolvioſe triste a la suya, viendo los vagios de su amor. Admirada llegò Isbela de la resolucion de Dionisio, jamas creyò que avia de mostrarse tan resuelto: pareciole que ya estava su coraçon de otra manera, sin duda por las pesadumbres que le avia dado: Espantado bolviò Dionisio mirandose tan constante en medio de tanto

amor,

amor, jamas imaginò de si tanto esfuerço. (Mas pareciole necessario) q̃ suelen mejorarse las mugeres con los brios de los hombres, i se curã sus enfermedades altivas de confiança con lo acre del rigor, ò fingido del desprecio.

Con estos pesados enojos passavan los dos amãtes, mirando como incurable su despego: con tanto sentimiento de Dionisio, q̃ de milagro vivia: salíase desesperado a los campos por divertir su pesar, i hallava en ellos su inquietud. Mirava las corrientes de las aguas, i leîa en ellas una imagen fugitiva de los amores de Isbela. Atendia a las flores, i si conocia en ellas su hermosura, notava en su facil perecer, q̃ fue efimera el afecto de su amada; Lo copado, frondoso verde de los arboles, le mostrava, q̃ hasta el cariño tiene Invierno, i q̃ para el de Isbela no avia q̃ esperar Primavera. El buelo del ave ligera, le enseñava que tiene alas amor, i buela quando se le antoja: En nada encontrava consuelo, i de todo sacava motivo de pesar, acomodando su passion cada cosa de las que mira al rigor desapiadado de su discurso: i hablando con los prados, flores, i fuentes las dixo:

Flores hermosas, que adornais los prados;
Prados hermosos, que os vestis de flores
Escuchad mis amores.

Isbela es mi cuidado;
firme, i enamorado
en sus ojos contemplo;
su hermosura es mi Templo;
idolatra la adoro;
lloro sino la miro, i si la miro lloro.
Fuentes risueñas, que baxais al valle;
valles risueños, que os bebeis las fuentes
divertid las corrientes;
Admitid a mi llanto,
que lloro quando canto
de Isbela perfecciones;
sugeto a sinrazones,
perlevero en lo amante,
flaco para el olvido, para el amor constante,
valles, i fuentes, que os unis amantes,
flores, i prados, que os amais contentos
divirtid mis tormentos;
sea prado de flores:
sea valle de amores
Isbela rigurosa;

merezcala amorosa;
humane su hermosura:
suceda a su rigor vuestra blandura.

Bolviose a casa fatigado, i no divertido: de sí mismo quisiera huir, i no podia, sino acabando con la vida. Acordavase de los amigos que dexò, por el trato amoroso, i recatado de Isbela, i bolviêdo a buscarlos para entretenerse, como no le tratavan della, le molian, i le dexavan por insufrible: inclinava el entendimiento a sus libros, a que era mui aficionado, i como en cada renglõ no leîa el nombre de Isbela, le enfadavã: bolvia los ojos a sus prendas, i obligaciones, i aborrecialas, hallandolas holladas sin culpa, dãdole en rostro; porque solo le ser vian de pesadũbre, las que antes fabricavan sus meritos.

Sucediale lo que al voraz bruto, al qual sagaz el Montero llama con la presa al lazo, que zevado en ella, i preso en el: quanto mas procura huirla, tanto mas assegura su prision, estrechãdo el lazo, que le ahoga con la fuerça que pone para libertarse; lo que al hambriento pez, que siguiendo el zevo que nada inquieto en las cristalinas aguas, en quien se oculta corbo anzuelo contra su vida, pendiente del sedal del pescador, se hiere mas gravemente, quando forzeja por librarse de su harpon: lo que a la incauta ave, a quien el Cazador armò el enano, ò postizo arbolillo, con la pegaxosa li-

liga, que al tiempo que ſolicita deſſaſirſe, con el movimiento de las alas, prende el reſto de las plumas en el biando humor viſcoſo, i como al hydropico ſediento, que bebiendo, por agotar la ſed, acrecienta ſus incendios con el agua.

Bolviaſe contra ſi miſmo, i como poniendo ſus proprios ſuceſſos en cabeça de otro, ſe dezia: Como es poſsible que tenga pecho ni coraçon, hombre que tantos agravios ſufre? que tantos deſprecios mira? que tantos deſengaños padece? Que dirà una muger, ſino que es femenil, inſenſato un varon a quien tanto falta el esfuerço para dexarla, i ſobra tanta paciencia para ſufrirla? Que mas claras han de ſer las ofenſas? Para quando ſe hizo el olvidar? Ea Dioniſio, que las finezas parecen mui bien merecidas, i mui mal ſi ſon deſpreciadas. Que importa que Isbela ſea hermoſa, ſino cumple lo q̃ deve? Porque ha de poder mas el apetito, que la razon? Ea, que quanto mas os mira amante, tanto mas ſe deſcuida amada, i os atormenta cierta de que la quereis; Otro debe de ſer ſu guſto, pues aſsi atropella con el vueſtro; i ya que no en acorde inſtrumento, en triſte acento dezia:

Tratemos ya de olvidar
(triſte penſamiento mio)
que en glorias que ſe perdieron
ſolo es remedio el olvido.

Mas

Mas perdona, si te ofendo,
quando te pido mi alivio,
que mi dolor es de suerte
que permite estos delitos.
Bien sè que serà mas facil
el olvidarme a mismo:
mas q̃ me importa olvidarme,
si olvidarlas no consigo.
Há memoria! i quien pudiera
hurtarte de tus archivos
una obligacion, que a un angel
el alma en mi pecho hizo.
Rasgarala, mas no hiziera,
que resistiera a mis brios,
firma gravada en diamantes,
afecto en bronces escrito.
I estorvàra mis deseos
un imposible divino,
que para que no olvidasse
me dio en sus labios hechizos.
Amèla (vamos con tiento,
que no me atrevo a dezirlo,
porque a mi mismo me agravio,
si me busco arrepentido.)
Quisela (mas no lo oigas
coraçon, porque imagino

que

que el eco solo de amè
serà para vos martirio.)
Que es possible que trateis
de no acordaros, sentidos,
de lo que tan tiernamente
me arrebatò el alvedrio?
Que es possible pueda el alma
vivir sin lo que ha vivido
en pocos meses de amor,
de gloria infinitos siglos?
Iuzgais sentidos podreis
passar sin aquel abismo
de perfecciones, en quien
se anega todo lo lindo?
Alma, potencias juzgais
podreis perder el cariño
a quien me supo obligar,
aunque me tiene ofendido?
Mas el olvidar me importa,
perdoneme quien me quiso:
que no pretendo agraviarla,
sino solo el verme vivo.
En su memoria me brinda
un veneno tan activo,
que por instantes me mata,
si en instantes resucito.

Todo me parece mal
quando a su beldad no miro,
i en infierno estoi las horas
que a su belleza no assisto.
Quien pudiera, coraçon,
las finezas repetiros,
que sus lagrimas firmaron,
siendo sus llantos testigos.
Quien pudiéra con palabras,
i sin que perdiera el juizio
pintar lo que entre los dos
solo conocio el retiro!
O lances varios de amor!
ò intrincados laberintos!
que infierno sea, i sea gloria
lo mismo en tiempos distintos!
Quando lo gozè, fue gloria,
es infierno yà perdido,
que en lo mismo que gozé,
se me fraguasse el castigo!
Manos blancas, ojos bellos,
cabello al viento esparcido,
inundacion de luzeros,
prision en que estoi cautivo.
Zejas, dos arcos, en quien
con sus harpones Cupido,

(teniendome a mi por blanco)
me flechò amorosos tiros;
Cuello de alabastro, en quien
el Mongibelo previno
una afrenta a su candor,
un cuidado a mi descuido.
Bucaros, en quien discreto
nectar se beve, i rocios,
que el Alba vierte, una concha,
haze de perlas dos hilos.
Megillas, en quien jazmines
con los claveles reñidos,
siendo vergeles de flores,
sois campo de desafios.
Agrado hermoso, en quien veo
si quiera una vez unidos
un atractivo de amor,
de atrevimiento un desvio.
Yà determino olvidaros;
mas no creereis lo que os digo,
si os acordais de mi amor,
i oi le conoceis tan fino.
Mas lo que no pudo el tiempo
traiciones lo han conseguido:
que si no fueron verdades,
llegaron a tener visos.

A Dios mi bien, a Dios ángel;
(ó que tierno me despido!)
pero que mucho, si al puerto
de que me aparto, me inclino?
I procurando olvidar,
quando en olvidar porfio,
la memoria es de diamante,
las diligencias de vidro.

Assi lo passava triste Dionisio, i no lo passava Isbela con menos sentimiento (que sabia dar pesares, i sentir desvios) porque hablava siempre dèl con sus donzellas, i Rosaura, i Anarda para conocer su coraçon, la provocaron con zelos, diziendola: Que Dionisio estava yà divertido, i que era mui hermosa la dama a quien servia, i galanteava: i que estando ellas presentes en su casa avia sacado una cinta, que le embiò por favor, i besadola ternissimamente. Aqui fue donde no pudo disimular mas Isbela la brasa de la aficion, rebozada en ceniza de desdenes, que ardia en el bolcan disimulado de su pecho: Que preguntò con grande ansia la verdad de lo referido, diziẽdo, porque no le quitasteis la cinta? Es possible que sufristeis a vuestros ojos esse agravio contra mi? Pues en que os agravia señora (dixo Anarda) si esto està yà tan acabado? No a de tener èl con quien divertirse, como vos con quien hablar? Aqui fue donde acabò de perder el juizio,

zio, i con ser de natural mui timido, i no poder estar sola un breve instante, passò tres dias, i noches sola en la cama, sin admitir compañia, ni conversacion, sino fuesse para hablar de Dionisio. (Mas no le querian dar esse gusto sus donzellas por reducirla mas a la obligacion q̃ a Dionisio tenia) Cerròse entre sus cortinas, sin provar casi cosa de comer, hecha un caudaloso mar de lagrimas. Confessando despues que admitiria antes la muerte que otros dias semejantes, i alli lamentava la perdida de Dionisio.

I para que todo acabasse de disponerse mal cõtra el amor, no salia vez Isbela de casa a parte ninguna, ni por divertirse, ni por aliviarse, que no la encõtrasse Dionisio. I si acaso se ponia a escuchar, ò hablar con algun Cavallero emboza da, q̃ la encontrava sin diligencia, i llevado de su aire la seguia, luego estava presente èl. En especial sucedio una tarde, que estando con Anarda melancolica, i segura de que no las podia ver Dionisio, gozando el abrigo del sol en un sitio a donde concurren el Enero damas, i si nò as a divertirse; consintio algo larga la conversacion con unos Cavalleros moços, tratando ellos de sus damas, i juntamente enamorãdo la a ella. (Necedad de gente moça, publicar sus afectos, i querer conquistar a unas con referir amores de otras) uno de los quales la mostrò un retrato de su dama: (que yà que no las pueden traer vivas para manifestar a todo el mũdo, las muestran

tran pintadas) oîa Isbela los lances amorosos de los Cavalleros (sin duda porque en ellos escuchava algunos parecidos a los suyos cõ Dionisio) i en nada guardavan secreto , diziendo a una muger que no conocian, lo que cõ la misma conocida devieran callar:(de lo qual devia aprẽder Isbela lo poco que ai q̃ fiar de moços , pues lo que hizieron con ella de sus damas , harian della con otras si lo fuera.) Todo esto veìa,i escuchava Dionisio curioso por los resquicios , ò agugeros del cercado de un jardin, que solia estar aliñado de flores , rico de arboles , i fecundo de frutos, sin que Isbela lo entendiesse, porque acaso se avia sentado arrimada a èl para gozar del campo,i vistas del rio,huyendo del bullicio de la gente:i estãdo Dionisio dentro oyò(sin conocer)hablar,reir,i chanzear,i atento cevò la curiosidad,i zeloso la prosiguiò,conociendo que era Isbela.I al caer del Sol bolviendose Isbela a casa, acõpañandola ellos, Dionisio salio a seguirla,dexãdese ver a lo lejos,i ella turbada los despidio (si yà no es que antes de verle lo hizo) passando él por delante della,como quien no reparava,ni sentia,sin hazer movimiento,ni cortesia,de que ella quedò difunta, considerando si la avia visto. I aunque estos acasos passãn a qualquier señora,sin perjuizio de su decencia, Dionisio los mirava como sanbenitos de su honor ; i como precisos riesgos de su voluntad.

A mas aprieto llegò el perder Dionisio a Isbela:

por-

porque una tarde entre otras, que solia acudir por rogativa, i devocion a una Imagen milagrosa, de las que venera la Corte. (Siendo en numero no pocas, i en favores infinitas) Rosaura, i Anarda que la acompañaron hasta el Templo, dexandola alli sola, mientras iban a una cosa necessaria, se detuvieron tanto en bolver por ella, que agravando la noche, i cerrando las puertas del Templo, sin poder obligar à que no lo hiziessen tan tarde, le fue fuerça el bolverse sin compañia, rebuelta en su manto, i embarazada en sus faldas, encontrandola assi, dio en seguirla porfiadamente un Cavallero, tan discreto que no desamparò la silla de su cavallo: (Como si el ir a pie desdixera de lo señor, ò si llevando lacayos, i aunque no los llevàra fuera mas decente no perder un bruto, que acòpañar cortès a una dama:) I llegando desta suerte hasta su casa, con las vozes de la porfia, i estruendo de las herraduras atendieron los hermanos de Isbela, que la estavan aguardando cuidadosos; i quando el Cavallero alçando la voz, pretendio entrar al portal en su seguimiento, ellos le llegaron a embarazar el intento, puestas las manos en las espadas, i fue necessario que diesse clara satisfacion de lo que avia sido, para que no le derribassen difunto de la silla.

En esta colera, i averiguando como se venia sola Isbela, llegarò Rosaura, i Anarda; i los hermanos sentidos de la falta que avian hecho a su

hers

hermana, i gustosos de la ocasion que se les avia venido a las manos (porque las traîan entre ojos por las cosas de Dionisio) sin esperar razones, se las dixeron tan pesadas, que las obligaron a que no durmiessen aquella noche en casa, no atreviendose Isbela a contradezirlo, por no confirmarlos en su sospecha.

Con los enojos entre Dionisio, i Isbela, i cõ la falta de las donzellas conocidas, parece no quedava camino a la comunicaciõ suya passada. I assi trató Dionisio de alejarse tanto della, que mas parecia desesperacion que retiro, mas hiermo que habitacion su casa. Era una de Dionisio, q̃ eminẽte sobre el rio, señoreava todo el Parque, fuera de los muros de la Corte, buena para una tarde de Verano, i sola para vivir siẽpre en ella. Aqui se pássò el amante, porq̃ faltava la esperanza para bolver al cariño, i assi tomò tã lejos la habitacion, por no tener ocasiõ de passar por la calle de su Isbela. Mudavase el cuerpo, i con todo esso no se mudava el almã.

Supo Isbela la mudanza de Dionisio (i la fin-tio) i lo lejos que se avia passado, i las señas de la casa, que se lo dixo todo Rosaura, que lo averiguò cuidadosa. I como las mañanas de Abril, i Mayo son las del passeo de las damas, i señoras de la Corte, a la tela, Parque, i casa de Campo, i otros sitios, i lugares amenos, poblãdose la tierra de mas vivas aliñadas flores, q̃ engasta el Cielo de estrellas, en las quales pelea el azero co-

tra las opilaciones, deshaziẽdo el cansancio en sudor lo que congelò la ociosidad en estrados. Isbela baxava cõ Leonida, sin duda a persuasiones suyas, tomãdo por motivo el exercicio para hablar con Albano, que cõ aviso de Leonida, è ignorancia de Isbela las salia (como acaso) al camino, entre las ramas de los olmos, ò entre las sendas de los alamos, que festejan frondosos, i eminentes la orilla de Manzares, i disimuladamẽte passavan por la casa de Dionisio. (Siendo mas apacible, i menos dificil por otra parte) de que èl estava ignorante, porque no tenia noticia; i Rosaura las avia avisado del camino, i de la casa, i pesavale a Isbela que èl no saliesse a las vẽtanas, porque imaginava que lo sabia, i que no queria verlas.

Violas una vez un criado de Dionisio, i avisòle dello, i èl concibio alguna sospecha de q̃ Isbela no le olvidava de todo pũto, i tomava por alli el camino porque la viesse, i deseavalo èl; aunq̃ se alejava. Hizosele con este aviso un dia encontradizo, hablòla como por no parecer descortès, rogòla que entrasse a ver su posada para descansar, i tomar un dulce; i resistiose ella, como sino lo deseara, fingiendo el enojo tan vivamente, i el olvido con tãto cuidado, como si de verdad lo sintiera, porque llevò pesadamente q̃ se huviera alejado tanto sin su licẽcia. (Que quiẽ amà de coraçon, aunque disguste no olvida; i aũ quando ostenta rigores, està fomentando cari-

ños.

ños. I aun con ellos se despidio aspera, sin admi-
tir las ofertas.

Frequentaron estas salidas Leonida, i Isbela
al Parque; i como yà estava Dionisio avisado,
una mañana vio Dionisio desde lejos q̃ venian
dos damas juntas, platicando con un hõbre, i aũ
que el coraçon le dixo q̃ eran las dos hermanas,
no lo creia, pareciendole que era mucho desen-
gaño para el recato de Isbela. Fuerõnse acercã-
do poco a poco a la casa de Dionisio, i tomarõ
assiẽto entre la amenidad de los arboles. Mirava
lo Dionisio, i deseava informarse desde cerca de
la verdad, mas deteniase por no ponerse en oca-
siõ de perder la fama de Isbela, ò alguna coleri-
ca determinaciõ zelosa. Acercose de modo que
pudo por el aire de los cuerpos persuadirse a q̃
eran ellas. Con todo esso por no dar a entẽder q̃
mava mostrãdo zelos, ni disgustar a Isbela, que
no podia sufrir que se los pidiesse: ni exponer su
autoridad a un desaire, lo dissimulò por mucho
tiempo, aguardando a ver en que parava. Porq̃
i bien la zelava como amãte, jamas tuvo della
menor reputaciõ de flaqueza, ni vio cosa que
le obligasse a ello, no faltan lo casi nunca de su
presencia estando ella dentro, ò fuera de su casa:
aunque le desesperava la blandura afable de su
condiciõ.) Antes la estimava sobre toda la decẽ-
cia de mugeres, i vivia seguriſsimo de su honesti-
dad, i decoro; porq̃ era muger principal, i honef-
tiſsima, mas temia lo q̃ la podia acõtecer en los

años pocos sin experiencia, i en la mucha hermosura con peligro, haziendo argumẽto de lo q̃ le passava con ella, a lo q̃ la podia suceder cõ otro.

Cõ todo esso no pudo reprimirse Dionisio, si no q̃ desocupando una eminencia, desde la qual registrava, i baxando al Parque, dõde estavã passò muy cerca dellas, para conocerlas bien, i q̃ le viessen; i reconociẽdolo ellas proseguian por no dar a entender nada al hõbre con quien estavan hablâdo. Indignòse cõ esto Dionisio, i algo demudado el color bolvio mas cerca del lugar dõde estavã, por si acaso se moviã, i viẽdo ellas q̃ tornava, i temiẽdo su resolucio valiẽte, se levantaron temerosas, i despidieron al hombre, procurando alejarse de Dionisio, no fuesse que con lo repentino del caso hiziesse alguna demostracio, ò dixese algun sentimiento: siguiolas, alcanzòlas, i llegòse a Isbela zeloso, i dissimulado, i dixola prudente amorosas quexas, i aun pesares amigables; mas como quien reñia el poco recato de su decencia; que como quien declarava las razones de sus zelos. Llevò Isbela los pesares cõ tal cordura (conociendo la razon que tenia, q̃ no se atrevio a responderle, i mostrando solo exterior disgusto, a porfias de Dionisio, se convencio a ir por su casa, i a entrar en ella. Que no podia acabar consigo Dionisio el dexar de gustar de su compañia. Estuvo alli un buen rato Isbela como quien reñia, i dissimulava el gusto de aver visto, i hablado a Dionisio.

Era

Era el hombre que estava hablando con las dos hermanas Albano aficionado de Leonida, el q̃ el dia del Angel la encontrò, i con quiẽ profiguio una decente correspondẽcia. Mas ignoravalo Isbela, (i èl tambien lo sabia dissimular.) Porque aun no sabia el sucesso del dia del Angel, encubriendoselo Leonida sin duda como donzella, i callandoselo Anarda, como interessada: i tambien callava Leonida, porque la respectava como a hermana mayor, i aquella mañana avia baxado al Parque Albano por ordẽ de Leonida, por no hallar otro modo para hablarle, para q̃ fingiendo q̃ las encontrava acaso, razonasse cõ ellas, i Leonida lograsse aq̃lla ocasiõ de gusto

Conocia Dionisio a Albano, i Albano a Dionisio, pero con desigualdad. Entrãbos se repararõ, i quedaron zelosos uno, i otro, i engañado cada qual. Albano juzgando que Dionisio galanteava a Leonida, como hablava con ella èl. Dionisio imaginãdo q̃ Isbela avia sido con quien Albano avia hablado, i por quiẽ se avia detenido (como era la q̃ le amava) i cada una necessitava de soffegar a su galan, q̃ estava zeloso del otro. Leonida diziẽdo a Albano quãdo se vio sola con èl, que Dionisio era su pariẽte, por no descubrir a suhermana; Isbela, diziendo, i jurãdo a Dionisio, q̃ no conocia a aquel hõbre, ni sabia quiẽ era (como era verdad) i q̃ solo en aq̃lla ocasiõ, i otra le avia encõtrado alli, i se avia llegado a hablarlas, i era verdad. Mas el no saber Dionisio q̃ Albano mira

ya a Leonida con amoroso cuidado le puso enfurecido, aunque disimulava el furor.

No avia yá modo para la comunicacion de Isbela, i Dionisio; la casa lejos, sin criadas conocidas, no poder entrar en casa de Isbela, i el estar retirados uno, i otro por los enojos passados. Mas dentro de poco tiempo recibio Isbela una dõzella, llamada Eufrasia, i pareciẽdola tal q̃ podia fiar della su pecho. (Desdicha de los amores ĩ infelicidad de las hóras, pender de personas tales, que por su capacidad, i pocas obligaciones es mas cierto el riesgo que la seguridad.) Despues de un corto servicio q̃ hizo Dionisio a Isbela en la calle mayor, avisado de Rosaura que salia aquella tarde a feriar unas galillas para tomar ocasion de lo agradecida para lo amante, baxò con Leonida, i Eufrasia una tarde apacible al Parque, desde donde le embiò a llamar con la donzella, dandola las señas del sitio, i de la casa. Que el nombre, i persona yâ la tenia conocida desde la calle mayor.

Acertò Dionisio a estar en una ventana de su quarto, que mirava al Parque quando passavan las tres, i conocio las por las señas de los vestidos, i por el tamaño de los cuerpos, i aire del andar: i aũq̃ la poca salud le tenia encerrado en casa, se determinò a baxar para certificarse bien, i ver adõde ibã. Mas escondieronse de suerte, ignorandolo èl, para aguardarle seguras entre la espesura de los arboles, que ya desconfiava de hallar:

llarlas; i aun imaginava, que se avia engañado, i que eran sin duda otras. Pero tales diligencias hizo, i tanto pregũtò a todos quantos encõtrava, que por las señas q̃ dava le dixerõ unas mugeres donde las podria encontrar. Alegròse con la nueva, buscòlas, hallòlas, i dixeronle como le avian embiado a llamar con su donzella; Casi no lo creia Dionisio por el mucho tiempo que avia passado de tiñas, quexas, desvios: i no juzgava q̃ Isbela avia de hazer demostraciones de cariño, buscandole, i fiãdose de nueva criada por un servicio tan corto: (Mas donde ai volũtad de poco se toma motivo para mucho.) Llegò en esto la donzella cansada, i pesarosa de no averle encontrado, pero alegròse quando le hallò con sus amas.

Hallòse Dionisio tan contento como quien ha encontrado prenda rica, que una vez perdida jamas juzgò llegaria a su possessio. Estuvieron en aquel sitio una buena parte de tiempo, hablãdose mas con los ojos que cõ los labios, sin referir cosa alguna de las passadas: sino conversando blanda, dulce amorosamente. I como la gẽte que acudia a divertirse al Pàrque era mucha, i conocida gran parte, mas era sobresalto que entretenimiento la amenidad de aquel puesto. (Que los gustos del alma son mui para lo solo, i escondido, i se ahogan con la publicidad.) Dixo Dionisio, que mejor, i mas seguros estarian en su casa, pues no estava mui lejos, i desde ella se

podia gozar toda aquella apacible vista (i Isbela no devia de desear otra cosa, aunque no se adelantava a dezirlo, aguardando a que saliesse de Dionisio la peticion, por no dar a entender que cedia en todo, i que solicitava los gustos.) Pareciole bien a Isbela, aunque fingio alguna repugnancia.

Adelantòse Dionisio, porque no los viessen juntos; siguieronle las tres a la larga, entraron en su casa: i en ella estuvo Isbela mui apacible, i risueña, haziendo favores, mas no finezas. Como quiẽ ama, i quien siente: esperando q̃ Dionisio se mostrasse mui rendido, i amãte: i estavalo èl, aunq̃ no se atrevia a manifestarlo, por conocer primero el intento de Isbela; i averiguar si estava tan fina como antes, i le pesava de las penas que le dava: ò solo era cumplimiento, i cortesia el bolver a favorecerle.

Pero su condicion que gustava de que la adorassen, i que se preciava de dar fatigas, jamas dava a entender que se arrepentia, ni tenia culpa en nada; (Pecado comun de mugeres: quãdo mas culpadas ostentarse mas inocentes.) Estava con todo esso de suerte en èl semblante, disfrazado de crueldad, i de tal modo hablava algunas vezes que Dionisio conocia su grande afecto, por mas que le dissimulava.

En este grande gusto, quando Dionisio iba a mostrar en finezas el q̃ tenia, lo atajò un intolerable pesar. I fue que Dionisio notò, que Eu-

fra-

frafia le avia hecho seña a Leonida, q̃ escondiesse unos papeles que traia en el pecho, (que es el escritorio sin llave de las damas) i poco a poco se iban descubriendo, no fuesse, que Dionisio los viesse: conociòlo Dionisio como zeloso, viò los dos papeles que se mostravan junto a la garganta; i como el amor todo es zelos, i sospechas, las tuvo de que seriã de Isbela, que se los avia dado a guardar a Leonida, por si acaso llegasse Dionisio ha hazer alguna accion amorosa con ella, i sintiendolos, se indignase, i se los cogiesse. Con este pensamiento procurò Dionisio con alguna violencia, (mas cõ mucho respeto, que jamas se olvidò dèl) quitarle los papeles a Leonida: mas ella se resistiò sin que lo cõsiguiesse, ayudandola para ello Isbela, i Eufrasia; i para quietarle sacaron los papeles, i conociò, q̃ uno era de letra de Isbela, i otro de letra de hõbre, (con lo qual interiormente se abrasava) aũque mostrò quietarse, porque le dixeron, que era respuesta de Leonida, i letra de Isbela, porque no sabia escrivir su hermana, para un Cavallero tal, que juzgaron, que Dionisio se avia de reir dello, por conocer la persona, que era mas para usar cõ ella de burlas entretenidas sin riesgo, que de finezas verdaderas contra el decoro: (Bien conocia q̃ es uso mugeril valerse de unas contra otras, culpando a la que no tiene riesgo la que le tiene, i defendiendo con el testimonio que levanta a la inocente el crimen, de la culpada,

da, i que esso podia suceder entonces. i persuadiale a ello el ver q̃ con la seguridad q̃ le ponderavã, no le davan los papeles) No estava bueno Dionisio, demudose cõ la ocasiõ, cayò rẽdido en la cama, rasgarõ un poco de papel de letra de hõbre para sossegarle: dãdo a entẽder q̃ los rasgavã entrãbos, reconociòlo èl, i no pudò averiguar el caso; despidiose Isbela cõ su hermana, i dõzella, mostrãdo q̃ iba sentida del caso, i de cõfiãza: quedò èl solo, i pẽsativo, i la obscuridad de la noche que se apresurava, diò velocidad a las que caminavan por llegar presto a su casa, ponderando el sucesso, i lo que discurriria Dionisio con la viveza de su ingenio en caso tan apretado, mas aun iban casi seguras de que quedava satisfecho, i desenojado: todo esto le obligava a presumir a Isbela la mucha estima que devia a Dionisio, i que jamas avia tenido ocasion de saber, que escrivia a ninguno que no fuesse èl.

Bien juzgan las mugeres que engañan de ordinario a los hombres, mas los que son cuerdos i capazes, dissimulã muchas vezes, i hazẽ de los q̃ las creen por no andar siempre con pesadumbres; i porque no se puede vivir sin sus engaños, pena de condenarse a vivir sin ellas.

Quedò Dionisio tendido en su lecho, como el brabo Leon rendido al rigor de la quartana. Mucho hizo en no salirse a los campos a dar desesperados gritos, i lo huviera executado, si lo permitieran sus males, (que eran excessivos.) Dezia

den-

dentro de su alma: (A la qual sola se pueden comunicar estos secretos de las sospechas de las mugeres honradas, que se fiaron de un hombre con obligacion de no b e) Ha Isbela, i como pagas cõ engaño las finezas: porque engañas, sino quieres? i si quieres, para q̃ usas de engaños? sino amas: porq̃ te pones a tãtos peligros, i cansancios? i si amas: porq̃ pierdes el valor de todo esso cõ emboiverme en sospechas? Mejor fuera q̃ te declararas enemiga, pues no me ofendieras cõ tus acciones, q̃ no mẽtirte amigable para agraviarme cõ tus alevosias; letra tuya, i no para mi; q̃ assi osada la defiẽdes de mis ojos: dime tu para quẽ puede ser? q̃ yo lo conozco, i no lo alcanço Ha traiciones! i como sabeis llegar a las manos del ciego amãte para el desengaño, i puede mas la ceguedad del afecto, q̃ la evidẽcia de la ofensa; haz ẽdose el discurso apassionado de parte de la agresora querida, para sossegar el pecho inclinado a la quietud, aũ por el camino del agravio. I si me respõdieres, Isbela ingrata, q̃ esse papel de tu letra es para el galã de tu hermana, porq̃ ella no sabe escrivir. (No reparãdo enel agravio q̃ hazes a tu autoridad, si èl lo entiende; i en el poco cuidado de reprimir los antojos de los poços años de una donzella, a quien encaminas al precipicio en vez de evitarla el despeño) dime, qual será mejor: que yo quede ofendido, i sospechoso? ò que la guardes a ella secreto en su travesura (q̃ me es facil averiguar) i me la encubras a mi? que a lo mas pesado, era

te-

tener noticia quien la callàra como interessado en su honra? No me d xeras, quien era el galan, i leyerasme el papel, que de las razones conociera la verdad, i quedara sin sospecha. Pero fue mas gusto tuyo, perderme a mi, que disgustar a tu hermana. Primero es, Isbela, el galan, q̃ todo, i yo soi el ultimo, porq̃ no me quieres; mas tu eres la culpada en esta parte; pues tus finezas ò te califican mui facil, ò mui amante: (ò nunca las huviera creido!) ojala se mudara mi natural noble para vengarme de ti, i con esso me hallàra libre de cumplirte la palabra que te di, de no dexarte jamas, aun ofendido. I si como dizes tu, es el papel para esse hombre: Dime, como no te falta tiempo, i ocasion para escrivir a otro, i te falta ocasion, i tiempo para escrivirme? No me quexo de tu traicion; quexome de mi rudeza: Que tu bastantemente me declaras el desengaño, sino que mi ciega passion no le percibe. Assi fatigavan infinitas ocasiones zelosas a Dionisio, que desmayaran los alientos del mismo amor; mas èl mas constante que todo, perseveraba en el gusto de su muerte, i en lo fino de su voluntad.

No era tan inadvertida Isbela, que no conociesse claro la mucha ocasion que tenia Dionisio para enojarse, (pues pesadumbres tan del alma, aun en los reveldes marmoles hizieran sentimiento grande) i que no era mucho el retirarse de nuevo, i discurriendolo discreta en los re-

tretes del alma, bastô para que la molesta cõgoxa la rindiesse a un pesado accidente, que la postrò en los alivios cansados de la cama, i la obligò a que se sacase la sangre de las venas, por si acaso salia en ella lo insufrible de su tristeza. Oprimiala una inevitable melancolia, conociendo que apenas avia lãce, que pudiesse ofender a los ojos de Dionisio, que èl no se hallasse presente, i que la diligencia no se los propusiera tan presto, como se los acercava la desgracia; i que todos le desabrian tanto, que perdia el juizio con qualquiera. Si hablava Isbela, lo veia Dionisio, si retirada se entretenia, lo alcançava: si escrivia en ageno nombre, llegava el papel a sus manos: siendo siempre testigo (a su pesar) de las mas ocultas acciones: i no advertia Isbela, q̃ vèn mucho los zelosos ojos de los amantes: si bien proceden ciegos en lo mismo que estàn mirando; i dissimulan rabiosos sus ofensas, por no perder lo que adoran enamorados.

Aumentava esta penosa passion, el que estando Isbela mirando su bellissimo rostro, para ver la mudança que hazen los disgustos, se le cayò de las manos, i del lecho un riquissimo espejo de cristal, guarnecido de evano, tan curiosamente labrado, que el arte hallava en èl invidias, i lo exquisito le dexava sin valor, porque ninguno igualava; fue la quiebra del cristal aguero infeliz para la que amava enferma, i apetecia perdido ya el galan de que antes descuidava se-

gu-

gura; pero alegrose Dionisio con el azar quando le supo, considerãdo, que en el espejo se quebrò la multiplicidad (aun representada) de Isbela, que compadecida del, considerandole tan justamente ofendido, en ocasion que estava tan ageno de salud, i pareciendola, que el mayor agasajo, i fineza q̃ podia hazer por èl, era avisarle de su achãque, ocasionado de su disgusto, i de como estava sangrada, echandole menos en su calle, para bolverle a sus ojos, le diò noticia de todo por este papel cariñoso.

No parece fino que v.m. gusta de mi muerte, pues tanto le ofende mi vida, i si ha de vivir de q̃ yo muera, cõseguiralo con facilidad, mostrãdole siẽpre mal seguro de mis acciones inculpa, i porq̃ aun ofendida de lo poco q̃ le devo a su pecho de reputaciõ; miro mucho por lo q̃ deseo su salud, porq̃ viva de buenas nuevas, le avisso de mi enfermedad, ocasionada de sus zelosas furias, i de q̃ me cuestã mi sangre sus ordinarios disgustos, aumẽtãdo mis tristezas el q̃ se me cayõ d̃las manos un espejo en q̃ me estava mirãdo, sin duda por lisongearme en q̃ no me viesse tã demudada, q̃ pudiesse estrañarme tan otra; solo para con v.m. no acierto ha dexar de ser la misma, por mas q̃ se persuada a lo contrario: èn este lecho me tiene rẽdida a las penas, pero no falta de volũtad. Reconozca yo la suya en q̃ se anime a passar por dõde yo le vea, i me animarè a perdonarle mis injurias por el gusto de averle visto.

Res

Recibiò el papel Dionisio cõ increible contẽto(si bien el alma le acusava de tã fino a vista de tantas muestras de agravios) pudiẽdo cõ el mas la aficiõ para el gusto,que las casi declaradas injurias para el pesar. Mucho avia discurrido dentro de su pecho sobre los papeles q̃ hallò en el đ Leonida. Atajado se viò mil vezes,no encõtrando salida q̃ le estuviesse biẽ a su decoro, i peleando el afecto con el pũdonor,se dexava sobornar el entẽdimiẽto del cariño,i borrava lo ofendido cõ lo amãte. Abriò,i leyò el papel de Isbela cõ afectos encõtrados đ verdadera aficiõ, i justa q̃xa: violẽ algo grave,i sentido;algo enojado,i cariñoso: mirãdo en lo cortès lo sentido,i en lo sẽtido lo amãte;i atropellãdo lo amoroso de su coraçõ cõ lo hõrado de su ofensa, q̃brãdo los grillos q̃ le ponia el enojo,calçò las plumas q̃ le dava la aficiõ;cõ ellas bolò a la calle de su Isbela, i le pusierõ no cõ pequeña dificultad dẽtro de su quarto,a donde estava toda via la sangre en dos tazas de plata,sobre una fuente de lo mismo sobredorada,i esmaltada curiosamẽte đ porcelana llegose al lecho enternecido,i besò la mano a Isbela cõ afecto,significãdola su pesar,mas cõ suspiros,q̃ cõ vozes. Agradeciòlo Isbela con afable discreciõ,diziẽdo: No sè como creer tãta terneza đ afectos en mis males,en quiẽ cada dia experimẽto tãta crueldad en rigores cõtra mi estima.

Llegose turbado Dionisio a mirar la sangre a la dudosa luz de una ventana, i viendose retratado

tado en ella confusamente, i que se mirava en la elada purpura como en espejo, arrebatado de un pasmo; ni hablava, ni se movia. Advirtiolo Isbela, i con el sobresalto de que no entrasen sus hermanos, i le hallassen dentro; i deseo de que se saliesse presto por evitar el peligro, le preguntò cuidadosa la causa de su mudança, i suspensiõ; i respondiola, que de mirarse en su sangre. Pues tanto cuidado os dà (le dixo) el veros retratado en la sangre de mis venas? no juzguè yo que faltava à lo fina en labraros espejo tan a mi costa! Ea Dionisio hazedme plazer de iros, antes q̃ suceda una desgracia; pues conoceis mi poca suerte en estar con vos, i los rezelos de mis hermanos, perpetuos fiscales de mis acciones; i cõsiderad, que buen lance era para un amante ingenioso, el verse en la sangre de su dama, la musa mas esteril fuera fecunda con amor. Mas lo q̃ fio de vuestro ingenio, desconfio de vuestro afecto; i abraçandose amorosamente, se partiò con toda diligencia: i en llegando a su casa, dandose por entendido en el gusto de Isbela, escriviò estos versos al sucesso de verse en la sangre, i se los embiò despues con su donzella para que los leyese.

Que es esto que assi a podido
la muerte darme, i la vida?
retratado vivo, i muero
al veneno de mi vista.

¡Ai Isbela de mis ojos!
como con ellos se mira
el que mira de tus venas
tanta purpura vertida?
Esse roxo breve mar
(que mis cuidados registran)
espejo es, que a mi semblante
buelve el color que le quita.
Al modo que obscuro marmol
dificil le comunica;
ò como en noche el pincel
en lobreguez le retira.
Reconozco tu fineza,
que traça para que viva,
poner tu sangre en mi imagen
por ver si me resucitas.
Yo tu purpura mirava,
i tu purpura dezia,
porque creas que en mi vives;
mirate quando me miras.
Como ocultada en las venas
tanto afecto no creìas,
sali, para que creyeras
esso mismo que te admira.
Viva yo, vivo moravas
dentro de las venas mias;

i eres imagen sin alma,
despues que faltò la mia.
No temas, (me dize Isbela)
que en la sangre que me anima
vives, i en la que derrame
imagen te multiplicas.
Yo respondia turbado,
Isbela, quien solicita
ser fino, vive por ti,
i fuera de ti peligra.
Mejor morava en tus venas
(aunque yo no lo creía)
que es prueva mui riguroſa
assegurar con heridas.
Si el multiplicarme, es
en essa sangre vertida,
si soi imagen sin alma,
de que quieres que te sirva?
Ai Isbela! quiera el Cielo
que no trazen mis desdichas
me arrojes del coraçon,
siendo puerta una sangria.
Sin duda que fue tu mal
tenerme dentro, i alivias
con arrojarme de ti
tan insufrible fatiga.

Véd ojos tristes en esta sangre fria
elados los afectos, i mi muerte vezina,
O mirad de mi Isbela las finezas cũplidas
que a costa de su sangre, su voluntad
confirma.

Leyò Isbela los versos, i parecièronle bien, por lo raro, i no visto del asunto, i recobrando la salud con ellos, bolviò a las finezas passadas, con tanto extremo, como si entõces fueran los fervorosos principios, viẽdose muchas vezes cõ tal ansia, que mui a costa de su cãsancio no sabia passar Isbela sin ir a la cala de Dionisio, jamas se mostrò tan cariñosa como entonces, ni avia oido Dionisio de su boca tã amorosas palabras; tã to que le hazian olvidar de los disgustos passados, i ponian en cuidado al principio, si eran ficciones sus caricias; si bien la continuacion le sacò de essas sospechas: alargava muchas vezes Isbela la mano al habito, i dezia: ò lo que me ofen de esta insignia, porque me priva de ser tù esposa. I en estas ocasiones entẽdiendo Dionisio que era biẽ q̃ Isbela tuviesse su sortija, se la ofreciò muchas vezes, cõ deseo de q̃ la tomara, por cumplir la palabra q̃ la tenia dada de bolversela, i porque èl estava corrido, i embaraçado cõ ella: porq̃ no queria intereses, sino favores. Mas Isbela no la quiso tomar, agraviãdose de que se la ofreciesse, i rogandole, i aun importunãdole que tomasse otra de mas precio, i gusto suyo.

Lo qual agradecia Dionisio, como quien mirava en lo gallardo de su generosa condicion los quilates de su ferveroso afecto, Pero jamas se rindiò a tomar nada de Isbela, q̃ fuesse de costa, ò valor. (otros regalos, ò favores si los cõsintiò)

Era entonces mui riguroso el tiempo, distancissima la casa de Dionisio, Isbela se cansava mucho en ir a ella, (porque siẽpre estuvo como imposible el entrar Dionisio en la suya) i erale forçoso el ir apie, i disfraçada para disimularse, i no ser conocida de los que la viessen. Viẽdo esto, i que enfermava Isbela del cansancio pidiò a Dionisio, que se restituyesse a la Corte, q̃ se avezindase en poblado, i se mudase mas cerca, para poderle ver con mas comodidad, i con menos dilacion: i obedeciola Dionisio con infinito contẽto, i parece que la ansia le fabricò un quarto mui a su proposito, i mui cerca de la casa de Isbela; viole ella, i pareciole mui bien; pero estuvo desabrida, i riñò sin causa, ò si la tenia; ni ella la declarava, ni la alcançava èl.

Fue aquello un linage de aguero para Dionisio, i se le ofreciò, que si se mudava a aquella casa, avia de perder la amistad, y correspondencia de Isbela, (miedo que le infundia semejante sucesso, que en otro tiempo le aconteciò con otra dama, a quien tiernamente quiso, i con la qual parece que desfalleciò el amor con la cercania; que hasta en la vivienda parece que haze mucho la distancia, i dificultad del sitio) i estuvo reluel-

tó á no mudarse a ella, i perder lo que tenia pagado, juzgando mayor perdida la del amor, q̃ la del dinero, buscando otra que no estuviesse tã vezina, ò cercana a Isbela.

Pero como por instantes se mudan los amantes, bolvió a determinarse a mudarse a ella por las instancias de su querido dueño. Mas desde q̃ Dionisio la habitò, empeçò a ser desgraciado cõ Isbela, teniendo muchas, i graves pesadumbres entre los dos: procurando Dionisio deshazerlas con tanta cortesia, i amor, que se echava humilde a sus pies, i se los besava de rodillas para aplacarla. (hasta esso llega la idolatria ciega de quiẽ ama) porq̃ la amava con el mayor exceso que se puede imaginar, juzgando que aquella era condicion, i no falta de cariño; i que los que se quieren riñen de amor, no de colera: i conociendo Isbela lo q̃ la amava Dionisio, se atrevia a darle mas continuos pesares: porq̃ era de condicio̅ voltaria, (desacierto ingrato de la aficio̅, aprovecharse de lo amada para lo riguroso) i tal vez dixo Isbela que quisiera q̃ Dionisio la amara menos, para no darle tantos pesares sin causa. Pero las finezas que avia hecho Isbela por Dionisio, i los peligros a q̃ se avia puesto por èl, i riesgos porq̃ se avia entrado, le obligavã a que se mostrase tã rendido, que no pudiesse passar sin ella; tan amãte como jamas se viò hombre, con ser de natural altivo, i sospechoso, que nunca consintiò alguivez en su presencia, ni conociò a ninguno por

superior a si, junto con estar mal enseñado a tener estrella con mugeres principales por sus excelentes prendas, noble, i callada condicion; pero ninguna predominô sobre su pecho como la belleza de su querida Isbela.

Varias vezes riñeron, i hizieron las pazes en esta casa, que fue la oficina de su destruicion, hasta que un dia (que era en los que mas la festejava generoso, i ella se mostrava mas suya) estando mas cariñosa Isbela que lo ordinario, i mas perdido Dionisio con los favores, empeçando a dezirle muchas palabras preñadas, y como timidas en la satisfacion de lo que le queria pedir, llena de desconfiança, rematò con pedirle, q̃ hiziesse una cosa por ella: Mas despues interrumpiendo con traça la conversaciô, hizo de la que ya no la queria. No dexò Dionisio que saliesse de lo empeçado, deseoso de servirla, i de tener lance tan dificil, q̃ calificasse su amor, i acordòla, que le avia mandado que hiziesse una cosa por ella, i que no sabia el qual fuesse, i que la misma confusion le avivava mas el deseo de executarla, que si le queria bien se la declarasse para ponerla por obra, aunque le costasse la vida.

Repugnava Isbela como corrida, pero tanto la apretò Dionisio para que la dixesse con ruegos, i juramentos, llegando a significar, que no avia de ver mas sus ojos si lo negava, que oprimida le dixo: Que por ser necessaria aquella forçija, que le avia dado, para un inventario de sus

joyas (entre las quales avia de parecer) le rogava que se la diesse, que ella se la restituiria en breve tiempo: estrañò Dionisio la peticion, i penetròla el intento, i aun dudò si se la daria; mas demudando el color, la sacò de un escritorio en que estava, i se la entregò, diziendo: tome v.m. su sortija, que yo jamas la he tenido en propriedad, sino en deposito, i ya sabe quantas vezes la he suplicado la tomasse, i v.m. no la ha querido, obligandome a que la tuviesse por fuerça. Estrañò Isbela la mudança de Dionisio, en el semblante, i palabras; en estas lo repentino cortès: en aquel lo severo grave: i atendiendo a uno, i a otro, i remordiendole la conciencia con el engañoso trato, dixò que no la queria. Esso no, señora, (replicò èl) no me la ha de pedir v.m. otra vez: mas no juzgueis que he sentido que me la pidais, que no deseava otra cosa sino darosla, porque me embaraçava por preciosa, aunque la estimava por vuestra.

Estuvieron vn rato juntos, dissimulando cada uno lo que passava en su alma. Dionisio el sentimiẽto, porque se le ofreciò, que el pedir la sortija era cansancio en el afecto de Isbela, i principiò de retirarse, cobrando primero su prenda; estrañando en su condicion el pedirla, mas no entiendo el que la llevasse, que solo la estimava por favor, i la aborrecia por prenda rica. Isbela desmẽtia la traiciõ de su resuelto olvidar. Levãtaronse de dõde estavã jũtos sentados: dexãdo

le Isbela la sortija sobre el lecho. (Como convencida de su delito) i llegandose a un bufete, en que Dionisio escrivia, tomò unos papeles, que acaso, i sin culpa estavan sobre èl, (curiosidad que jamas avia tenido Isbela) i el primero que mirò, era de letra de muger; pero no de incõveniente, ni ofensa de Isbela, por ser de cosas antiguas. Abriole, i conociò la letra, i quizá gustosa del lance para la traça, se mostrò mui enojada, i zelosa, i recogiendole en la mano con furia, se le llevò, de modo que Dionisio no se le pudo quitar, ni hizo mucha diligencia, porque no estava culpado; i al salirse sin aguardar razon por la puerta, la dió la sortija metida en un dedo de su guante, porque no dixesse que se quedava con ella, diziendo: tome v.m. esse guante, i mire no se le caiga la sortija que va dentro.

Continuòse algunos dias este enojo, discurriẽdo despues Dionisio, que Isbela le avia pedido la sortija, rezelosa de que no la huviesse dado a otra dama: (cosa de que jamas vsò Dionisio, pareciendole, que la q̃ recibia de un galan favores que le avia dado otra dama, a quien huviesse querido, discreta sospecharia que haria lo mismo mañana de los suyos, i rezelãdose del, no le entregaria ninguno) i mas q̃ unos dias antes llegãdo Eufrasia, la dõzella de Isbela, a casa de Dionisio, hallò dẽtro una muger tal, q̃ su mismo aspecto, i traje deziã lo repugnãte à la flaque

za,

za, i traicion de Dionisio, aũ en la mas vehemen te tentacion, i venia por una alaja, la qual avia empeñado obligada de la necesidad, i mandò q̃ se la diessen en la presencia de Eufrasia, i que recibiessen el dinero en que estàva empeñada. Pero Eufrasia, yà fuesse por algun nuevo interes de algun solicito galanteo, yà por otro capricho necio. En llegando a la presencia de Isbela, la dixo lo que passava; mas no lo dixo como era, sino disfrazado en mentida ofensa: De que hizo Isbela grande sentimiento, no viendo la muger, (que la serviria para el desengaño) i creyendo que la alaja era una imagen que se retratò de una bellissima dama de Dionisio, i èl la tenia a su cabezera, de la qual quitaron otra, que era la prẽda del empeño; i sin advertirlo Eufrasia trocò maliciosa el sitio de las imagenes, i dixo la una por la otra, con lo qual imaginò Isbela que la dama antigua avia embiado por su retrato enojada, hasta que se desengañò con los ojos, viendo la donde estava antes, i que la que faltava era otra que la correspondia. Esto, i los papeles que encontrò Isbela en su bufete de letra de muger, le persuadian a Dionisio que de zelosa, no de interessada avia pedido la sortija, por asseguras no la diesse; Mas en medio destas cosas no cessavan la comunicacion, i finezas de entrambos. (Quien entenderà al amor!)

Otro dia le fue forçoso a Dionisio estãdo mui fino con Isbela, ir a un preciso negocio, i dexar-

la

la en su mismo quarto. (Que los lances obligã a que se atropelle con lo mas sagrado del amor) i quedandose sola en èl hasta que Eustasia su dõcella bolviesse por ella, que la avia dexado con Dionisio, miẽtras iba a divertir a sus hermanos, i asseguarlos, diziendo, que la avia dexado en un Templo en sus devociones, para q̃ no la buscassen, i esperassen zelosos, conociendo que andavan vigilantes con la malicia del caso. Reparò que por descuido Dionisio se avia dexado abierto un escritorio, i levantandose registrando todas las gavetas, encontrò en una los papeles amorosos que ella le avia escrito, i cogiendolos, se los llevò antes que bolviesse Dionisio: pero no los favores que le avia dado, ni un papel el mas cariñoso, que por descuido se quedò con otras cosas.

En casa de un gran señor conocio Dionisio el descuido de las llaves, i que el escritorio, donde estavan los papeles, avia quedado abierto, i luego le avisò el coraçon lo que Isbela estava haziendo: porque vivia sospechoso de su voluntad; i acudiendo sin juizio a casa, echò menos los papeles: i tomãdo la pluma enfurecido, sin atender a lo que escrivia, la pidio por uno con palabras mui sentidas, que se los bolviesse todos: Mas ella respõdio, que era imposible, porque los avia quemado. Ardia en vivas llamas de enojo Dionisio, i llegò a estar casi determinado a entrar por ellos a su casa, atropellando cõ

los

los peligros de su vida, i de la honra de Isbela: todas estas cosas. Llevarse los papeles del escritorio: pedir la sortija que avia dado. Embiar de tarde en tarde a su casa, estando mui cerca, le hazian creer a Dionisio, que el amor de Isbela estava mui a los fines; que era cumplimiento el que mostrava, i aunque tenia puestos el coraçon, i los ojos en otra parte. Siendo assi, que a este mismo tiẽpo no sabia Isbela sino hablar de Dionisio, quexandose de mal correspondida, põderando lo que le avia amado, i q̃ antes q̃ el la quisi sse: ella le tenia afició, i a estas oposiciones de afectos, i disfavores escrivio Dionisio desta suerte.

Si sossegara mis penas
la verdad con que te adoro:
i viviera confiado,
como muero sospechoso.
Si como estàs en mi pecho,
(adorado dueño hermoso)
tus pensamientos rigiera,
i governara tus ojos.
No le costaras al alma
tantos tormentos zelosos,
tantos desvelos amantes,
i tanto infierno forçoso.
Pues tus mudanzas fabrican
en un triste amargo potro,

mu-

muchos tormentos que callo,
graves ſoſpechas que lloro.
Si tus ojos governara
regiſtrara tus antojos:
i hallàra en tu penſamiento
el deſengaño, y el gozo.
Eres cuerda, eres hermoſa,
yo infeliz; pues porque ſolo
he de juzgar que eres mia,
ſiendo apetecible a todos?
Tus caricias me obligaron,
enamoròme tu roſtro;
mas no te eſtimàra mucho
ſi no me eſtimàra en poco.
Feliz me juzgava un tiempo,
quando en tus braços gozoſo
di credito a tus cariños,
puſe la fee en tu docoro.
Quando bevia en tu aliento
en dulces tiernos deſpojos
el alma, que entre deliquios
trocavamos uno al otro.
Quando en dichoſo retiro
todo tiempo ſe hizo corto,
pareciendonos prolijo
al eſperar nuevos logros.

Amantemente atrevida,
ningun peligro fue assombro,
ningun lugar escusado,
ningun lance peligroso.
Yà vives mas temerosa;
escusas buscas al ocio;
menos cariñosa velas,
mas te deve yá el reposo.
Yà no assistes centinela
Argos de tu afecto proprio:
Menos gustas del retiro,
(ò si me engañara en todo!)
Destas verdades, Isbela
a ti por testigo pongo;
(no digas, que apassionado
te levanto testimonios.)
Dizes que se anticipò
tu amor al mio, i conozco
que amando soi infeliz;
i sin amar venturoso.
Yà divertida castigas
mi descuido, (assi le nombro)
i sabiendo que te amo,
vengas el amor que ignoro.
Culpa fue no adivinar
tu afecto, que en tanto logro

esperar a la noticia
fue proceder perezoso,
Yá te quier' (bien lo sabes)
desde el dia que fue robo
de tus dos labios mi alma,
en un encuentro dichoso.
Yá me dexas, porque ves
que militan en mi abono
de tantas verdades ciertas
los triunfos que a tus pies postro.
Imbidias solo me dexas
de los que juzgo dichosos:
Plegue a Dios que te aborrezcan,
por no mirarme imbidioso!
Pero no; vive gustosa;
ama, que con esso apoyo
desengaños en el tiempo,
i en la ocasion los sobornos.

Sucedio a esta sazon que Florindo, hermano de Isbela, que estava perdido por Iacinta, i era Cavallero de las prẽdas que propusé, con el afe cto que tenia deseava no desdezir en sus acciones, i galas, i como era de coraçõ vizarro, i a los amãtes no les ha de faltar nada para el gasto de sus gustos, i festejo de sus damas. Como toda via no passava de los fueros de hijo de familias, (por no estar aun heredado) usò de la traza, que

fuelen otros de su estado, calidad, i empeño, i tomò algunas joyas, i alajas mui ricas a su hermana Isbela, q̃ como viuda no tenia otro amparo sino el de sus hermanos, i ellos mismos eran los q̃ màs la destruìan su hazienda. Echòlas menos, i coligio q̃ selas avia tomado, fundada yà en sus amores (de que tenia noticia yà en otros indicios, i avisos que tenia dello;) i enojandose pesadamente con èl, solicitò que no entrasse mas en su quarto; porque sabia que no le faltavan llaves hechizas para abrir los escritorios, i escaparates de Isbela, sin reservar cerradura alguna, que estuviesse libre de sus manos, i para asegurarlo todo, condenò algunas puertas por las quales se passava a èl.

Mas Florindo lo llevò tan mal, q̃ para vẽgarse della, i darla una grave pesadumbre, la escrivio una carta como de mano agena: i que la traiã de un lugar vezino adonde tenian algunos parientes, en la qual la referia casi todos los lances, i cosas que la avian passado con Dionisio, amagã dolos con la muerte, si acaso proseguiã en las demostraciones publicas, ò averiguava de cierto las mas escondidas (i de aqui se presumio que Eufrasia la donzella de casa, con la qual tratava algo sospechosamente Florindo, porque era moça de mui buena cara ciega con el amor q̃ le tenia, faltando a la lealtad de su ama, le avia revelado los amores de su hermana, i Dionisio.) Mas anduvo Isbela tan fina, que al punto le avisò de to-

todo a Dionisio, dandole cuenta de lo que la carta contenia, (si bien no se la quiso embiar por cordura) pidiendole, que procediessen con mas recato, por no acabar de perderlo todo: que ella buscaria trazas para que se viessen cõ seguridad en alguna parte, i que podian aliviar con papeles el rigor de tã molesto retiro, los quales ella embiaria a casa de Rosaura su antigua donzella, i que de alli podria èl cobrarlos, i respõder por el mismo camino. Prometiendole que no le dexaria jamas, sino escrivirle, i verle como pudiesse; buscando medios exquisitos para hablarle hasta embiarle a su misma hermana Leonida, para que le sossegasse del enfado con Florindo, i assegurasse en su amor, anduvo fina. Enamorando de suerte a Dionisio el verla tan constante en tãtos riesgos, que renovando ardores antiguos, jurò, que jamas la dexaria, aunque le cercassen todos los riesgos del mundo (i assi se lo avia jurado al principio de sus amores, advirtiendola entonces que no la tomaria una mano, si juzgara que en algun tiempo huviesse de faltar su firme correspondencia) aunque le costasse su hazienda, vida, i honra; i por mas que le despreciasse, i aborreciesse: i assi lo cumpliò, como lo dixo: porque se preciava mui de constãte, i de cumplir su palabra, aunque le passassen lances tan apretados, i de disgusto, que el mas fino huviera olvidado a la muger de mas prendas, i en la que huviera idolatrado mas sobre todas las finezas de lo amante;

Acu-

Acudia al mismo tiempo Florindo a Missa a un Templo, al qual por mas cercano iba Iacinta. (Achaque comũ de galanes hazer medio de su amor el sagrado de los cultos) i reparò un dia, como zeloso, q̃ un Cavallero de hábito, i de no mala disposicio̅ la avia hablado apacible (sin duda por conocido, ò por hazer como todos, q̃ en viẽdo qualquiera dama procurã travar con ella conversacion.) Sintiolo Florindo como amãte, i a penas lo disimu'ò prudẽte en sus pocos añños: Esperòla, i acõpañola a lo lejos hasta su casa, i en entrando ella, la mostrò tanto sentimiento en el semblante, i tãtos zelos en la voz, arguyendo q̃ podian mucho los habitos, i las riquezas para las facilidades; q̃ Iacinta (como era hõrada, i no es culpa responder a un agasajo) prorumpio furiosa contra Florindo, tratandole con tal aspereza, que èl afligido, i desesperado se salio de su presencia; diziendo: Si oyeredes dezir, señora, q̃ ayan muerto a algun hõbre; entẽded, q̃ yo he sido el desgraciado, porque me quitaron la vida por infeliz en vuestros favores, i yo no se que otra mas desdichada muerte, q̃ vivir desfavorecido de quiẽ se adora, alivio me serà el morir, no pena. O si acaso muriere otro que dãdo yo vivo: (Que no podrà ser) tened por cierto, q̃ yo le quite furioso la vida, como cã rabioso, q̃ a quantos encuentra muerde, inficionando los cõ su rabia por la puerta de la herida q̃ la abrio el diẽte venenoso, porque yo me voi a mo-

rir para sossegar mis males con la muerte, i por no vivir muriendo; invidiando a los otros por mas felices en vuestros agrados, buscarè mi prẽsta muerte.

Caso raro! Como lo dixo Florindo, lo cũplio. Llegò lleno de angustias, i congoxas a su casa; tã oprimido de la pena, que desfallecio lo robusto de la poca edad con lo insufrible grande del sentimiento. Luchando los pesares de suerte con el vigor, que saliendo victorioso le arrojaron vencido sobre el lecho. Era el mal conocido para el que le sentia, oculto para el que le curava, en ondas rojas de sangre despedia la vida por la boca, que parece que abrasada del incendio insufrible de amor, se salia a refrigerar fuera del pecho, i porque las entrañas eran su tormento afectuoso, las arrojava en trozos rebueltas en el vivo humor uermejo, q̃ espumoso hervia aun despedido de las venas. Los Medicos no alcanzavan sus males, las medicinas se alternavan sin provecho, los raudales de la vertida sangre le tenian debilitado, exausto, i sin brio, las hermanas le lloravan, enternecianse los conocidos. Viendo marchitarse tan en flor la primavera de sus años; la melancolia le consumia, i callava su dolencia: llegando a tanta flaqueza q̃ solo le avia quedado aquella harmonia enlazada de los hueſſos, cubierta de la delicada piel, rota yà por varias partes de tudir tan largo tiempo en la blandura del lecho. Acabose la

es-

esperãza de su vida, porque perecia sin remedio, i discurriendo si era la causa de tanto mal una caída peligrosa que avia Florindo dado en unas fiestas de un mal enfrenado potro, en la qual cayendo sobre el lado de la espada, se maltratò con peligro con la guarnicion, abollandola con el costado. Mas fue el rigor de Jacinta quien le dio la herida mortal, i conocióse que pudo ser la medicina. Sino llegara tán tarde, pues haziendo le una visita, cobrò tanto aliento, como quien vivia de verla: Pero fue llamarada para apagarse el fuego, la llama de aquella juventud ardiente, pues con la palabra en los labios, i sin aliento en el alma se despidio de aquel vivo cadaver, esqueleto con vida, i exemplo de las finezas. No sin exemplar de don Diego de Marcilla, i su querida amada, q̃ juntos murieron de amantes, i juntos se cónservan muertos despues de quinientos años en Teruel, Ciudad de Aragon; estãdo tã enteros, enjutos, i sin pelo, qué parece que apuestan entereza à los siglos, como apostaron finezas al amor muriendo de puro amar.

Rindio Florindo los brios de su vizarra mocedad a los rigores insufribles de amor, i como era Cavallero de muchas prendas, i amables costũbres. Fue comun el sentimiento de su muerte, i el llanto de los conocidos, en tanto grado que Dionisio, que parece que era interessado en su falta, por lo que impedia logrõs a su gusto cõ su vigilante zelo, salio fuera de si con el senti-

miento, quando supo que avia fallecido, i cada dia le echava menos, con ser el que estorvava sus amores: Tan cortès, tan prudente le experimentò en todos tiempos. Mas el gallardo joven cumplio con su palabra de amante, en morirse por querer, i enfallecer por zelar.

No anduvo Iacinta menos fina que Florindo: porque en sabiendo su muerte, se cubrio de tal tristeza, i enfermò tan de peligro, que fue milagro su vida; i sin duda no quiso morir, por si acaso no le encontrava tan presto en la otra, ò finezas del amor! i como llegais hasta acabar cõ las vidas.

Casi sirvio al desengaño de Dionisio la muerte de Florindo, i la enfermedad de Iacinta, pues atendiendo a una, i otra escrivio estos sentimiẽtos, que estimò mucho Isbela por la ocasion en que los hizo.

O vida humana! Escollo repetido
de uno, i otro pesar; bagel alado,
que buelas al no ser; golfo dudoso,
surcado siempre, nunca conocido;
espuma leve sobre mar inchado;
delito original, potro gustoso;
dulce amigo engañoso:
Espada azicalada,
que por lo hermoso agrada
al que porque sutrio la dura herida

el

le pide se lo pague con la vida;
venablo de oro, i saeta alada,
que engañando la vista tus despojos
paga la vida el yerro de los ojos.
Aleve adulacion; lazo encubierto,
Sirena encantadora al que el oìdo
incauto ofrece a tu cantar sereno;
vagio del vivir; de muerte el puerto;
Bien, que passa esperado: nò adquirido:
que a ti misma te brindas en veneno,
seco, i hollado heno
al prometer verdores,
imagen de las flores;
que en su pompa mayor, en su belleza
(caduca acreditando su firmeza)
se rinden con pensar en los ardores
del Sol, que las dà vida; publicando,
que su ser por do empieza và acabãdo.
Que hermosura fiò de su firmeza,
q̃ al bolver de unos ojos no se hallasse
huerfana de beldad; hierta la greña;
el oro (regio adorno en la cabeça)
en plata buelto que desengañasse,
que el que en ti se cõfia yerra, ò sueña,
pues en si no halla seña
de la huella passada,

Mirandose trocada,
los bellos ojos en la tosca gruta;
cardeno el labio;la megilla enjuta;
negro el marfil;la boca traspillada,
el cuello seco;el cuerpo de tal suerte,
q̃ es muerta vida, i una viva muerte.
La juventud lozana, que regia
del azero cubierta, la gineta,
(desafiando al sol sus resplandores)
(ò que mal juventud en si se fia!)
Abierta del morir mina secreta,
dio camino por ella a sus mayores
contrarios amadores,
i en sus seguridades
alevosas maldades
con capa de aficion le concertaron;
solo en su presuncion le fomentaron,
dandole por sustento veleidades;
Mas presto descubrio la suerte vana,
mina en el castillo, coco en la mãzana.
O vida! (que mal dixe si eres muerte)
carcel, que fuera infierno, a ser eterna.
castigo del nacer, del ser olvido;
quiẽ te podrà querer, si atẽto advierte
que flaca qualidad tu ser govierna,
de las quatro, que son lazo reñido;

i aqueste dividido,
es tu ser acabado;
i si juntas te han dado
en su lucha tu ser; ser es dudoso
el que estriva en un lance peligroso:
i despues que las quatro ayan luchado,
verás que la una i otra competia
para quitarte el ser que te devia.
Dexa yà presunciones, si conoces
tu fragil ser, tus fuerças, tu tormento:
que eres muerte con capa de la vida:
que en esto ser podrás agradecida,
si antes q̃ deste mũdo el puerto gozes,
alivias con huir el sentimiento,
sirvante por seguros desengaños
marchito joven en floridos años.

Con la muerte de Florindo, parece que la correspondencia de Isbela, i Dionisio avia de ser mas frequente, porque faltavan los miedos, los sobresaltos, las ponas que les ocasionava en su vida. Mas experimentò Dionisio lo contrario. (Que el amor no es mas, ni menos por las dificultades, sino por los fervores, ò tibiezas.) Acontecio que en la enfermedad de Florindo; Rosaura (aquella donzella de Isbela, a quien sus hermanos obligaron cõ pesadas razones a que se fuese de casa) comiò en la de Dionisio, i le instò que

embiasse a Isbela algũ plato de la mesa. (No por que necesitava del, sino porque siempre solicitava Rosaura que estuviessen amigos.) Reusólo mucho Dionisio, porque le dictò el alma lo q̃ avia de suceder: siendo la hora incomoda del medio dia; i le parecio que por estar entonces todos en casa, no podria entrar el criado en ella sin que le viessen, i encontrassen: i que por un pequeño regalo se ponia a riesgo de perder a toda Isbela. Rogò a Rosaura por esto, que se dilatasse el hazerlo hasta la noche, i que a aquella hora se le podria llevar ella sin que se entendiesse.

Esforçava esta repugnancia de Dionisio la experiencia que tenia de su mal afortunada ventura en cosas de Isbela, i creîa mucho a los avisos que le dava el coraçõ de su desgracia. Mas no fue posible con Rosaura, que viniesse en el parecer de Dionisio. (Que las desdichas se hazen forçosas para inevitables) sino que se avia de hazer como ella ordenava. (Que las mugeres suelẽ regirse mas por antojo, i terquedad, q̃ por razõ, i discurso.) Hizolo assi Dionisio porq̃ no pareciesse que disgustava de regalar a Isbela. Tomò un plato, diole a un criado, no demasiado capaz, pero no conocido; mãdòle q̃ le llevara a Isbela, i sucedio como Dionisio lo temia. Porq̃ con el calor del tiẽpo estavã todos al pie de una escalera a un patio fresco enlosado para refrigerio del ardor, i de improviso se halló

el

el criado en medio dellos, sin poderlo evitar. Estava alli Antandro hermano menor de Isbela, i diziendo el criado que iba de parte de Rosaura a dar un recado a Isbela, disimulando con malicia por los circunstantes Antandro, entrò a su quarto por su capa, i espada, en el interim tomô Eufrasia el regalo, i subiòle al de Isbela.

Salióse turbado el moço, i Antandro en su seguimiento. Alcançòle, llamòle a parte, i examinando cuyo era, respõdiò que Rosaura le embiava, dandole por señas la calle, i casa, i èl sospechoso, sin aguardar mas razones, puso las manos en el criado, hasta que se le quitaron dellas. Bolviò a casa, contò lo que avia sucedido, i sintiòlo Dionisio con extremo, parte por la pesadũbre de Isbela, i parte por conocer que avia de disimular contra su osada cõdicion, i còmo era de coraçon, valiente, i mal sufrido, no hizo poco sacrificio a su amor en mostrarse cobarde, i respetar a Antandro por hermano de su querida. (Que es necessario a los amantes no cumplir muchas vezes cõ las obligaciones de animosos, por no faltar a las de enamorados, i mas quando el disimular parece que no es cobardia, sino atencion.)

Escriviòle Dionisio un papel a Isbela, en que la mostrava lo reportado de su termino, i cordura, i lo que avia sentido la demasia de las acciones de Antandro, i que a no ser su hermano, las huviera vengado, como era justo. A que respon-

diò

diò Isbela múi enojada, i nada agradecida a su prudẽcia: antes cõ algunas palabras demasiado rigurosas cõtra èl, i mui en favor de su hermano.

Callò Dionisio sentido, i cesò Isbela de embiar a Eufrasia a verle, si bien la dixo a Rosaura que le avisasse, que despidiesse aquel criado, i q̃ mudase de casa, porque miẽtras viviesse en aquella, no avia de verla jamas, temerosa de sus hermanos. Ofreciò Dionisio hazerlo, porque nada queria Isbela, que no lo executasse èl. Pero, sin saber como, iban passando los dias sin comunicaciõ alguna. Mas embiava Isbela tal vez en casa de Rosaura a Eufrasia, a saber si iba por allá Dionisio: pero con disimulo, i arte de que no se entendiesse que ella tenia esse cuidado, sino que acaso iba Eufrasia a visitar a Rosaura por su gusto, i de camino preguntava por èl. Dionisio hazia lo mismo, disimulando delante de Eufrasia, (si alguna vez concurrian en casa de Rosaura) el preguntar por Isbela; viviendo tan disgustado, que no sabia que hazerse, ni que resolucion tomar; porque las variedades de Isbela ne le dexavan tomar puerto en la poca seguridad del mar de sus antojos; porque ofendia, i acariciava a un mismo tiempo: i usando del mismo ardid, rogava a Rosaura q̃ fuesse, como acaso, en casa de Isbela, i sin introduzir la conversacion dèl, notasse q̃ tẽple tenia, a q̃ estava resuelta, i q̃ fin era el de sus acciones. Mas Rosaura lo reusava, porq̃ dezia, q̃ la mirava cõ los hermanos de Isbela cõ zeño,

co-

como quien rezelavã no fuesse embiada de Dionisio; i como èl no podia entrar en su casa, ni embiar criado suyo, (q̃ todo lo examinavã los hermanos) perecia sin remedio a manos desu aficiõ, sin q̃ bastassen tãta multitud de lãces enemigos a desengañarle del todo, dãdo por acabada su dicha, se alejava de parecer à los balcones de Isbela, por no dar a entender su rendimiento.

Encontrò acaso Dionisio en este tiempo a Isbela, i pareciendole desaire, verla de cerca, i no hablarla, se determinò a hazerlo, porq̃ no tuviesse quexa dèl, i ella le despidiò tã aceda, i con razones tan fuera de los meritos, i cortesia, q̃ se debia a Dionisio, que cediò el valor del afecto al furor de los desdenes de aquella muger Basiliſco: i sabiẽdo que Isbela se quexava de que la seguia, i procurava encontrar a su donzella Eufrasia, para saber de su salud, (fineza q̃ en otro tiempo la estimàra) siendo assi, que jamas la siguiò por rezelo de sospecha, sino por ansia de verla: i aũq̃ la siguiera sospechoso, no tenia Isbela porq̃ estrañarlo, sino queria introducir nuevo modo de amar en el mũdo, pues jamas huvo amãte fino, q̃ no quisiesse saber a dõde estava su dama, i seguirla quando salieſſe de casa, licencias que dà la dama q̃ trata con un hõbre, i con ellas haze evidẽcia de su lealtad, i con lo contrario infunde sospechas en la mas compuesta.

Aumentò la pesadumbre el notar Dionisio, q̃ un dia un Cavallero mõço, conocido suyo iba a-

guien-

guiendo a Isbela, i platicando con ella, i que entrandose en un Templo, i embiando a Eufrasia à una diligencia, el tal Cavallero fue hablando à la criada, i despues se bolviò al Templo, donde Isbela estava oyendo Missa, i se supo mui cerca de ella, pero sin hablar palabra, porque se rezelò al parecer de Dionisio, que la tenia mui cerca i mirava con reparo; mas la aguardava al salir, sin duda para proseguir la conversacion. Pero esperando tambien Dionisio, el Cavallero se fue rezeloso de verle tan atento, mostrandose Isbela tan desabrida à Dionisio, que se llegò a ella, que teniendo ya por cierto que la ofendia en amarla, i que era contra su propia decencia, pues sin duda le olvidava, por estar ocupada de nuevos cuidados, i afectos, en otro mas feliz, pero no que se los mereciesse tanto como èl; para persuadirse a lo que devia, hablò assi desesperado con sus muertas esperanças de restituirse al estado antiguo de sus amores, por aconsejarlas lo que devian hazer en estado tan sin remedio.

Ya, mis muertas esperanças,
triunfante la muerte queda,
que temiò verse rendida
a manos de mi firmeza.
No llegueis de puro honradas
a apoyar afrentas vuestras,
que obligar ha de servir

de

de merito, no de afrenta.
Ya llega a ser necedad,
lo que passa de fineza;
que mucho olvido, es agravio,
si poco desden, es prueva.
No ai lugar a la porfia
donde el amor es ofensa;
i delitos en amar,
solo olvidar los remedia.
No os aflija la inconstancia,
porque una constancia es buena,
si el amor bien recebido
encontrò correspondencia.
Lo que es estima entre amantes,
en quien no quiere, es materia
de mas desprecio, i servicios
nuevos olvidos engendran.
Acudid al desengaño,
que èl es la regla mas cierta,
i sin creer a palabras,
dize que las obras crea.
No mireis obligaciones;
porque quien se obliga, yerra,
sino le obligan favores,
sino desvios, i quexas.
Para reduzir, ya es daño;

para

para aficionar ya es pena:
para merecer, ya es culpa:
i para olvidar, ya es deuda.
No es razon que por amante
la razon no tenga audiencia:
que el no aver escarmentado,
ó es locura, o es rudeza.
Porque buscais las palabras,
donde ai obras tan parleras,
que (a pesar de la ficcion)
os dizen la verdad ellas.
Quando menos obligavais:
mas bien recebidas erais,
i aora que obligais mas,
porque obligais, os desechan.
Dexad rija la razon,
que aborreceis por aceda,
i os estimara entendido
la que amoroso os desprecia.
Resistid ya coraçon
de estar preso en sus cadenas,
que es darla vos contra vos,
para que os desprecie prendas.
Coraçon, no os entreguies,
porque no es la vez primera,
que el merito causò olvidos,

i el mucho obligar sobervias.
No la prometais olvidos,
que juzgará que se acuerda
quien quiere olvidar, ni deis
zelos, que será mas terca.
Si es honrada, ella os querrà:
si os amò, podrà ser quiera:
sino es honrada, ni amò,
rézelad no os aborrezca.

Neutra la luz, ni bien noche, ni bien dia, breve caos. Confunde obscuramente las cosas, i sin percebirse alguna distinta, se mienten todas, ò se disfiguran. Equivocacion a los ojos, huerfanos de resplandores, q̃ son alma de los objetos, es horror al timido caminante movible el ramo a quien sacudia el viento, i descaminado en breñas, quando las juzga caminos, tropieza en trõcos en vez de pisar llanuras. Assi le acontenia a Dionisio enamorado, i discreto, que ni le dexava la passion libre el discurso para proceder acertado, ni seguia el acierto, porque se le mostrava confuso el entendimiento; ni determinado, ni detenido se hallava; Vacilando, i no definiẽdo discurria obscuramẽte los motivos de las mudãzas de Isbela, viẽdo q̃ sus penas eran insufribles, i q̃ no la avia dado causa para que le virrajasse, ò aborrecieſſe; Assi neutral se le ofrecia si podia nacer el enojo de Isbela, a la qual jamas avia

ofen-

ofendido, aunque rezelava ella que tenia otro nuevo empleo, persuadida que un Cavallero de sus prendas, i vigor no podria passar tanto tiempo sin los divertimientos de hombre, que no gozazava en sus braços. (De los quales estava imposibilitado Dionisio por lo mucho que la amava) no obstante que Isbela le avia dado ocasiones para qualquiera divertimiẽto; pero èl no mirava a ellas, sino a lo que se devia a si; si ya no le embarazava su pasion, cada dia mas poderosa con los imposibles, i rigores.

Por otra parte discurria, si era el enojo de Isbela por aver seguido vna vez enojado Dionisio a Eufrasia su donzella, hasta encontrarla con Albano el galan de Leonida, ofendido de que dixesse que avia riesgo en ir Eufrasia a la casa de Dionisio, i no en llevar cada dia recados a Albano de una donzella, siendo hombre casado, i que era necessario entrar en casa de mucha gente, q̃ alcançasse todo el caso con deslustre de Leonida, i en una parte mui publica: ò que otra vez siguiò algun trecho a Leonida, obligandola a q̃ se valiesse de la casa de una amiga, para divertirle: porque sospechava Dionisio que iba a verse con Albano, haziendolo por darlas pesadumbre, sabiendo de aquella donzella, i Anarda, que saliò de casa de Isbela en compañia de Rosaura, (que despues muriò en breve tiempo cõ pocos años, i muchas enfermedades) que estorvavan la correspondencia de Isbela con Dionisio. Sin du-

duda; porq̃ a Dionisio le parecia mal la de Leonida con Albano, por ser ella donzella, i principal, i èl no mui igual; i casado, i de tal arte en el cuerpo, que no podia servir de disculpa a la ceguedad de un afecto; si bien mui entendido, i afable: i tambien por tener Leonida, (que era briosa, i vehemente) mas desembaraçada a Eufrasia para su gusto, no pudiendo sufrir, qué siendo criada de su hermana se embaraçase en acudir a Dionisio. Seguialos tambien por vengarse de Leonida, porque supo que avia rasgado un papel q̃ Isbela embiava a Dionisio, significandole el sentimiento que tenia, de una ausencia, que èl fingiò, para conocer lo que tenia en su pecho, i si llevava mal que se partiesse: pareciendola a Leonida, que era mucha fineza en su hermana mostrar tanto sentimiento: no advirtiendo lo que ella hiziera en semejante caso si quisiera bien.

Estas cosas de Leonida tenian disgustado a Dionisio, i fue necessaria su cordura para no dar la gravissimos pesares por medio de sus parientes, haziendoles notorio lo descõcertado de sus pocos libres años. (Que a essa pena se pone quiẽ sin causa tercia mal entre los que se quieren biẽ) i le era mui facil a Dionisio darselos, sino q̃ Leonida con su corta edad, i mucha pasion no debia de discurrir estas cosas; i a los riesgos que se ponia (i no pequeños) en ofender a quiẽ ama: i siguiòla para que entendiesse, que es facil dar pesadumbres a quien las tuviere merecidas.

Segunda vez siguiò Dionisio enojado a Leonida, pareciendole que iba a verse con Albano, pero conociòlo ella, i para divertirle se entrò en casa de una amiga suya, que se llamaua Amatilde, señora de calidad, i prendas, pero que despues ocasionò muchas pesadumbres, i enfados, i aun acabò con la correspondencia de Isbela, i Dionisio: porque averiguò que su modo de vivir no era decente, ni para enseñar cosa buena con sus costumbres; i conociendo el engaño de entrarse en aquella casa por disimulo Leonida, se estuvo Dionisio aguardando a que saliesse de casa de Amatilde, para que entendiesse que avia alcançado su intento; i viendo Leonida que no se podia librar dél, saliò con una criada de Amatilde, con intencion de engañarle como si fuera a otra cosa, mas él que solo la seguia por molestarla, se dexò que le viesse, siguiendola algun rato, i desapareciò despues, advirtiendo que avia conseguido su intento.

Considerava tambien Dionisio la condicion de Isbela, facil para el enojarse sin causa, i facil para reducirse con razones, i que otras muchas vezes en graves crecidos enojos se avian reconciliado con facilidad, i que en muchos lances de cariño le avia jurado con extremos, que le queria infinito, i que jamas le avia de olvidar, ni era posible en su afecto. Añadia a esto Dionisio lo mucho que Isbela avia atro-

pe-

pellado por peligros, i riesgos contra su pundonor. Luego bolvia los ojos a que Isbela era hermosissima, i que quantos la miravan quedavan presos de su belleza, i cautivos de su afabilidad, i donaire; solicitando perdidos su aficion; i que ella tenia ojos, i voluntad; i que muchos hombres le llevavan a èl ventaja en las prendas, i en la ventura todos: pudiendo parecerle mejor alguno; i rezelavala entonces aficionada (como en otra ocasion la viò con los mismos accidentes) pero mirava la principal, i honesta, haziendose siempre el discurso en su favor, i todo esto era un mar alborotado en el pecho de Dionisio, naufragando en uracanes desechos, un laberinto confusso, en que se enredava ciego. Pero vivia con algunas esperanças, porque avia expetimentado algunas finezas, i no avia cometido agravios, i tal vez tenia noticia de que Isbela le traìa frequentemente en la boca, no acertando a hablar sino dèl; mas con muchos sentimientos, i quexas; i con esto no pudo disimular el incendio de su amor, ahogado violentamente en el pecho por algunos dias; i encontrandola con su hermana Leonida, se atreviò a llegar a hablarla. Mas respondiòle con tal desagrado, i desden, que se retirò avergonzado, i corrido.

DexaDionisio de ser necio (se dezia à si mismo)

Mas era imposible en el: porque podia mas su amor para arrastrarle, que los desprecios de Isbela para q̃ se retirase: Huía forçado de lo que amava, i llevavale el impetu gustoso a lo q̃ queria. Encontrava a Eufrasia, i no se dava por entendido, para que se lo dixesse a Isbela; i que le creyesse olvidado. Vna tarde no se pudo contener, sino que la habló en viendola, i la preguntò por ella: Riñòle Eufrasia el descuido que tenia en saber de Isbela, (Aqui empeçaron mayores las tormentas de Dionisio,) Dixole, que porque no la hablava a ella, i porque bolvia el rostro quando la veía? Animòle a nueva esperança propuniendole cuidados de su señora, con lo qual resucitò de cadaver hierto a hombre vivo.

Supo una tarde que iba Eufrasia por una niñe ria para Isbela, i el galan (como siempre) se la embiò en su nombre, i entendiendo que la recibiò con agrado, empeçò a vivir gustoso, porque todo era muerte quantò antes vivia. Acudia tãbien Eufrasia tal, i tal vez a la casa de Dionisio agradable, pero avisada de Isbela que negase q̃ ella la embiava, mas no lo dudava èl, ni se lo negava Eufrasia; con esta variedad traía Isbela a Dionisio fuera de si; sin que él se determinase a dexarla del todo, ni a acariciarla como antes, siẽdo el tormento mayor lo no seguro de los afectos reñidos, i lo imposible de poder entrar Dionisio en su casa para averiguar por si mismo la causa de sus tibiezas, (que amor que anda por

erceros, ni es callado, ni seguro.)

Visitava Isbela frequentemente a Amatilde, ueva amiga de aquel tiempo, i entonces no le esava a Dionisio, porque Amatilde vivia con ál arte, i hypocresia, que junto cõ pocos años, mui buena cara, estava informado de su noble a, i compostura, i sobre todo de su recato, i re- cogimiento, (que assi se lo pintava Isbela, a la qual sola tenia entonces por testigo) inclinãdo e tambien Dionisio a ello, porque procurando mu. ho verla el rostro para conocerla, nõ lo pu- do conseguir. Pero como nada se encumbre, tu- vo noticia Dionisio de algunos siniestros de A- matilde, i de lo poco que miravá por su reputa- cion, calidãd, i obligaciones. Mas sepultòlo en su pecho para ordenar con astucia el modo de averiguar como se vivia en su casa, i si nacia de alli lo mui diferente de Isbela.

Supo una tarde, que Isbela estava en casa de Amatilde, i con el rezelo que traîa pro- curò averiguar lo que passava; esperòla mucho tiempo a que salieſſe, mas en breve rato, que le apartaron unos amigos a otra calle, perdiò su cuidadosa diligẽcia; bolviò al sitio, aguardò mu- cho, i desesperavale el juzgar q̃ ya auria salido; pero los zelos le teniã fixo en el mismo lugar; i en esto viò venir cõ la claridad de la Luna a Eu frasia, i q̃ entrò en casa de Amatilde, juzgò Dio nisio, que Isbela se estava alli, i que Eufrasia iba por ella; detuvose contento imaginando que en

tonces saldria, i de alli a poco tiempo vè que sa de Eufrasia sola: Preguntoja por Isbela, i a que avia ido en casa de Amatilde? Respondiò, que Isbela esteva en casa, i que ella avia buelto por un regalillo, que se le quedò en casa de Amatilde: Maliciò Dionisio otra cosa, pareciendole mucha prisa el embiar tan tarde por halaja tan poco importante, pudiendo esperar a la mañana: i para enterarse del caso, fue a su casa a toda prisa, mudò habito para encubrirse, resuelto a reconocer con secreto lo que passava en casa de Amatilde, i si estava Isbela dentro. (Que no se niegue que todo amante es zeloso, i Dionisio tenia muchas causas para serlo) I mas que avia oido dezir no se que de casamientos para Isbela, i deseava que no le sucedieste algun desaire, perdiendo estado, i reputacion por informaciones de su descuidado modo de recogimiento, (que facilmente afean la mejor fama) ocasionado de la amistad de Amatilde.

Con el disfraz, i rezelos guiò a casa de Amatilde, i llevado de su ceguedad entrò en el portal, en que estava poco diestro; al lado de la escalera avia un poço profundo, con un repecho tan baxo, que era de la proporcion de los escalones, i por entrar por la escalera, puso el pie dētro del poço, cubriale un arco nada eminente, i con la prisa, i no advertencia, fue a echar el otro pie, quando encontrò con tal fuerça en el arco con la frente Dianisio, que con

el

el golpe le sacudiò a fuera con gravissimo dolor, cayendo de espaldas rebuelto en un capote que llevava, i embaraçado de la espada, i broquel, levãtòse del suelo casi sin sentidos; i a estar el arco mas alto, huviera caido en el poço sin remedio: deste modo se bolviò a casa para remediar el golpe, i fue providencia divina esta desgracia: porque con la resolucion que llevava Dionisio de reconocer si Isbela estava arriba, sucediera qualquier fracaso, si encontrara la menor seña de compañia que le ofendiera: Admiròse de que a la caida, disparandose una boca de fuego, de algunas que llevava, no le huviesse destroçado, i agradeciò, que ni en las aguas se huviesse hundido sin incendio, ni en el fuego, huviesse perecido su vida, caminando a toda prisa, porque la casa alborotada con el estruendo de la pistola, no saliesse a reconocerle.

Partiòse mas pesaroso de no ver si estava alli Isbela, que no de sus proprios daños, i conociò en casa lo maltratado de la frente, i pareciendole, que el saber que estava malo por su ocasion, avia de enternecer a Isbela, le escriviò a la mañana el suceso, i ella mostrò tan poco sentimiento en sabiendolo: como si se alegrara cõ sus males, i sentido del desden, no sabia medio para reducirla, i picarla.

Durò poco tiempo aquella que Dionisio tenia por buena suerte, de que Eufrasia fuesse a su casa (que jamas lo hazia sin orden de Isbela) por

que de repente cessò en las visitas que le hazia; siendo assi, que le avia dado a entender, que Isbela bolveria a favorecerle como antes, i que gustava de que le viesse, i que la misma Isbela bolveria a estar en su quarto con èl como antes: salia de juizio Dionisio con estas cosas, i sin alcançar que haria, andava loco por las calles, alternandose pesares, i gustos tan ordinarios, que en los males tenia la alegria de los bienes, i en los bienes la tristeza de los males. Temiendo quando avia de gozar, gozando quãdo avia de temer. En el gusto le sobresaltava la certeza del perderle, i en el disgusto le consolava la esperança de acabarse.

Nace apacible el dia, alagado de los resplandores del Sol, sirviendole de alegre semblante la claridad de la luz, i de risa dulce el blando zefiro, que detenido mueve ledamente la hermosura de las flores, para sacudir cortès las perlas que las matizan, por lagrimas de la aurora, no consintiendo en ellas essa señal de tristeza: fiase la rosa de su alagueño agalajo, i poco a poco desenlaça los verdes grillos de sus prisiones, con ambicion de campear en el vulgo de otras plantas; abre las puertas de la defendida carcel, estiende los cendales de su carmin, desahoga la estrechura de su gala, permitese vizarra al Sol, i concedese fragrante al aire, festejando la buena dicha del tiempo. Quando, ò enemigo el Aquilon, abrasa desapacible su purpura, ò invidioso

el

el Fabonio enluta de repente el Cielo, i buelta en borrasca la tranquilidad, arroja piedras la nuve, i con las que acierta, desgreña, deshoja, destruye la bella inocente flor: viniẽdo a ser despojo ajado del suelo, lo que fue pompa gustosa del aire. Assi Dionisio era tal vez rosa, que se fiava a los halagos de Isbela, i que experimẽtava presto los cierços de su condicion, i las tempestades de sus mudanças, hallãdo como en un mismo dia el halago, i el destrozo, el desvio, i el favor.

Para estos insufribles males, se resolviò a tomar la muerte por medicina; llamò a Eufrasia, i dixola enternecido: tu has de ser el remedio unico de mis daños. Ruegote por tus ojos, que me digas, de que condicion està Isbela? i respõdiòle: Mui otra; i que la avia mandado, que no entrasse por sus puertas, (Quien viò jamas tal variedad de muger?) Aqui fue donde acabò de perecer el brio, aliento, i capacidad de Dionisio; i pidiò encarecidamente a Eufrasia, que alcançase de Isbela le escrivièse su resolucion acerca de corresponderle, y olvidarle. Prometiòselo assi Eufrasia: i el dia siguiente amaneciò en casa de Dionisio con un papel en que iba recetada su muerte en los olvidos, que con juramento le assegurava Isbela. Coligiòlo luego Dionisio, i en un dia entero no se atreviò a abrirle, por dilatarse essa pena, i no beber por los ojos la ponzoña cruel contra su amorosa vida.

Pa-

Parecìòle despues cobardia el no atreverse a su muerte, i como quien temerario bebe el tosigo que le mata, desesperado se arrojò al que traìa el papel, i le atravesò el coraçon, confi-cionado de asperas razones, i mui resueltas palabras. Rabioso con estas baseas, acudiò a consolarse con Rosaura. (Que Dionisio como enamorado no reparaua en su autoridad, ni mirava en los cansancios) Pidiòla que viesse a Isbela, para informarse mas de sus desdichas, i ver si avia quedado senda para su ventura. Fue allà Rosaura, encargada de q̃ supiesse que queria significar en una clausula de su enojado papel, que dezia assi: V.m. dize quanto quiere, i no tiene razon. Mas Isbela despachò a Rosaura sin responder a nada, i con la misma resolucion que avia escrito, de que jamas avia de hablar a Dionisio, aunque la importasse la vida.

Quien a vista de tantos desaires, desvios, i sin razones no olvidàra, i aborreciera, sino Dionisio, que amava mas que todos? Hirìòle mucho aquella palabra del papel, que le acusava de q̃ dezia quanto queria, i no tenia razon; i rezelando algun enredo (de los quales padecen muchos los que no pueden hablar por si mismos a quien aman) se determinò a esperar que saliesse de casa un dia, i con resolucion obligarla a que le dixesse el sentimiento que contra èl tenia. Tuvo ocasion, i llegandose a ella en la calle, la obligò con casi grossero modo, i juramen-

mentos de perderse, i destruirla a que le escuchasse en una Iglesia cercana. Ella lo hizo viendole tan resuelto temerosa de su honra; entrò en el Templo, i no respondiendole a proposito, le tratò mal de palabra; resistiò a escucharle de espacio, enfureciòse èl, i viendole tan determinado, i que entrava alguna gente, empezò a rogarle llorosa, que mirase por su honra, i que atendiera a la gente que asistia, i lo notava, i los conocia a entrambos; que no la destruyera del todo. Mas èl respondiò, que avia de salir con su intento, i que assi se fuesse a su casa con èl, que alli nadie los veria; ella ofreciò seguirle, i obedecerle, obligada de su miedo.

La vida diera en albricias Dionisio por la promessa: Cumpliòsela Isbela; entraron, cerrò su quarto Dionisio: empeçò a hablarla cortès: Mas no ai fiera que assi acometa rabiosa a despedaçar a quien encuentra, quando la fatiga el hambre, ò la han robado los hijos, como Isbela acometia a Dionisio furiosa, sin orden, sin lei, sin razon, acariciandola èl, como si le favoreciera. Heriale el rostro, maltratavale de palabra, i despedaçavale el vestido. Maldezia su suerte de verse querida dèl, i lamentavase de que Dios la diesse tan infeliz muerte, como era açabar mirando a un hombre, a quien tanto aborrecia: juzgarala quiẽ la viera, que avia perdido el freno de la pru-

den-

dencia, ò que el juizio estava lejos de sus acciones. No le escuchava razon ninguna de quantas comedido pronunciava, i arrojavale impetuosa con las manos, quando èl se acercava cariñoso, humilde, prostrado. No se viò jamas tal oposicion de afecto, i de crueldad; de ternura, i de rigor. Hincavase de rodillas Dionisio, (ò ciega idolatria de amantes) hablavala cõ amor, i cortesia: pagandola los baldones con respectos, los golpes con caricias, las injurias con amores. Acabame de quitar la vida, bellissima homicida, (la dezia) que jamas vivirè tan feliz como muriendo a tus manos. Mas Isbela como una Leona brava acometia a las puertas para irse; a Dionisio para destrozarle; a si misma para hazerse pedaços: i entre la rabia, i la furia le dixo, que por su mala lengua le aborrecia de coraçon, (vẽganza comun mugeril, quexarse de la lengua de los hombres, porque las advierten lo que importa) vileza que estava lejos de la condicion, i sangre de Dionisio. Bien conociò Dionisio qne le dezia aquello, porque la pedia zelos, i avisava lo que la estava bien; i porque la avia afeado q̃ hablase (aun de passo) con algunos hombres indignos (que era tal Dionisio, que mas reparava en la indecencia de Isbela, q̃ en su proprio agravio) compassivo, enamorado, muerto la mirava Dionisio, mas nada podia con ella. Refiriole embravecida lo que avia perdido por èl, en los que maliciavan sus amores, i conociendo que tenia

ra;

razon en ello, se lo concedia; i de esso mismo hazia argumento, i obligacion para amarla mas, i servirla con fineza, aun entre tantos desprecios: Advertiala que mirase que todo era imaginació malicioſa de los vezinos, q̃ le avian visto passear; pero que muchos hazian lo mismo, cõ que se podia desmentir, por ser lugar mui publico, i frequente donde vivia; i que despues de todo esto, ninguno le avia visto entrar en su casa, ni hablar con ella en parte sospechosa.

Mudò el modo algo Isbela, templando en parte el rigor, i pidiò a Dionisio, que la dexasse salir por cortesia, (mayor tormento era este) que podia mas con èl lo cortès, que lo riguroso. Alfin tanta instancia hizo Isbela, i tanto ponderò una visita a que no podia faltar, por aver embiado recado, i para que avia salido de casa, que lleno de pena la dexò salir, i mas quisiera estar con ella, recibiendo mortales heridas, que sin ella en los festines mas gustosos, porque ninguno avia para èl quando carecia de su presencia.

Necio se acusava Dionisio, arrepentido de q̃ la dexò ir tan presto: q̃ otras vezes con instãtes afectos la avia aplacado, (mostrandose mui furiosa) i reconciliado amiga. Quisiera baxar tras ella para restituirla a su quarto, i no se atreviò, temiendo irritarla mas: Dezia pensativo entre sí: Que se yo si Isbela quiso provar mi amor con aparentes rigores, i conocer hasta donde llegavã mis finezas rezelando si eran menores que antes,

tes, ò si las tenia para otra? Porque ya que se determinò a entrar en mi casa, queria sin duda hazer las pazes, (i mas que pudo engañarme, i no entrar, porque yo me adelante, para que no entrasemos juntos) i bien conocia que la merecia mi rendimiento. De fino atropelle la fineza: pues quando compasivo la dexè salir, faltè a lo amante en no detenerla entendido: que primero era yo, que su visita. Ha Isbela! i quien bolviera a oir tus desdenes, a padecer tus heridas, i experimentar tus desprecios. Que con aquel favor que me hazias entratarme de tu, quando al compas de los golpes me repetias apartate, me obligaras a estar siempre a tu lado, aun con tan repetidas injurias, que eran para mi favores.

Por otra parte no se persuadia a que era fingido aquel enojo, porque jamas tuvo tanta alma el fingimiento. Riòle tambien Eufrasia otro dia, porque la avia dexado salir, que aunque se mostrava tan colerica, no disgustava de oirle, antes deseava las instancias para las pazes, i se admirò de que la abriese la puerta, teniendola dentro de su quarto. Llegò la noche de aquella reñida tarde, i partiose Dionisio en casa de Rosaura, contola festivo la dicha de su maltratamiento, por venirle de tal mano, (de que Isbela fue admirada, viendo su cortesia, i sumissiò, i la cordura con q̃ avia andado, donde el mas discreto resvalara)

lle-

llevò Dionisio la misma noche consigo a Rosaura para que cenasse con èl, i celebrasen su gusto nacido de tantas penas, brindando a la salud de tan bellissimo enemigo, que assi favorece, quando hiere; i porque desde alli a quarro dias se cumplia el año en que estuvo la primera noche favorecido tiernamente en casa de Isbela, tratò de hazerse una gala para festejar su dicha, i executòlo otro dia.

No prosigas Dionisio, le dixerán todos(i aũ le avisavan las mas amigas de Isbela, conocien do su injusticia) que ninguno tiene los desengaños que tu, ni llegò a tantos desprecios: pero èl amava mas con los desdenes, que los otros con los favores. Oìa dezir que se casava Isbelà, i era una da las razones que ella, i otras le davã de su reriro, i no verle, i moria con la nueva del casamiento: aunque la queria tan sin interes, que a pesár de su propria vida (pues la perdiera si la imaginara en agenos braços) como la merecie ra el esposo, la deseara casada; porque era todo fino el amor de sus caricias.

Fuesse Rosaura a ver a Isbela, con la noticia del passado suceso, i a penas la viò Isbela, quando se le refiriò del mismo modo que Dionisio se le avia contado: i los desaires que le avia hecho; i Rosaura le dixo a Isbela lo que Dionisio los avia festejado, celebrando gustosas entre las dos lo raro de las finezas de Dionisio, no disgustando nada Isbela dellas, i to-

i todo se lo contò Rosaura a Dionisio, asseguràdole que no podia creer, sino que le tenia mucho afecto Isbela, porque no le era posible encubrirle en las palabras, i acciones, que son los testigos del alma, i todas ellas indicavan mucho amor.

No sossegava el verdadero amante, particularmente con la imaginaciõ que tenia de que otro mas feliz le robava las atenciones de su prenda: i con este pensamiento asistia desvelado de noche a su calle, por no ofenderla de dia, por si acaso encontrava alguna sombra de galanteo: i reparava que las ventanas de Isbela estavan entre abiertas, entrada mucho la noche, i no haziendo poco frio, i estrañava que tantas vezes fuesse descuido ordinario, i no diligencia para abrirlas, sin que hziessen ruido para que alguno subiesse por las rejas, ò para hablar por los balcones, (q̃ los hombres que han sabido de amor, tienẽ mucho cuidado con las señas que suele aver en las ventanas, i puertas, para las horas, i avisos de las damas, i los galanes, avisando sin ruido de voz la seguridad, ò el peligro, el entrar, ò el detenerse) Advirtiò tal vez, que passando cerca èl Eufrasia se avia destosido, i tuvola por seña mas declarada, juzgando era para otro, i que ella no avia conocido con lo obscuro de la noche a Dionisio.

Reparò mas una noche en lo entre abierto de las ventanas, i recogiose rezeloso a su casa,

con

con proposito de salir mas tarde, i ver en que parava aquello, i como avisandole el coraçon, bolvio a salirse solo: passò por casa de Isbela, viòlas de la misma manera, fuesse a casa de Rosaura, para hazer tiẽpo; i al llegar de buelta cerca de la casa de Isbela, reparò que las vẽtanas, i puertas estavan cerradas, i queriendose arrimar a sus paredes para aliviar sus fatigas, (que aun distava algo dellas) oye de repente vozes de muger, que a gritos pedia ayuda, i armas de fuego, diziendo tengan esse hombre; conociò q̃ erã en casa de Isbela los gritos, pero no en su quarto, sino en el baxo, i como sentian dentro q̃ baxavã del balcõ de Isbela por la reja, llamavan a vozes a su hermano, que entonces acabava de subir, presumiendo q̃ era algun ladron que se descolgava huyendo con el rumor del que entrava.

Turbado se detuvo Dionisio, por ignorar que podia ser la causa de lo que oîa, i prosiguiẽdo el estruendo, viò confusamente de repente, que del balcon de Isbela se descolgava un hõbre por la reja, i dando con los pies en el suelo, partiò corriendo a toda diligencia: Demudòse con el lance el valor de Dionisio, i a estar cerca, sin duda huviera esperado al que baxava en la punta de la espada, sin que tuviera remedio, i la osadia le dixo, que le siguiesse, i matasse, para conocer quien le agraviava. Mas èl corriò con tal prisa, que desconfiò alcançarle Dionisio, porque totalmente desapareciò. Hizo averiguaciones, i di-

ligencias para saber por donde avia echado, nada conseguia. Mas porque no salieſſen de casa de Isbela, i le hallaſſen alli, i como indiciado de amante le culpaſſen, encaminò ázia otra parte: ò que de vezes le pesò de no averle muerto, ò alcãçado por salir de sus sospechas, en si le ofendia con su amor, ò castigarle si se atrevia ladron a la casa de su Isbela!

Despues de aver buscado cuidadoso al que le sobresaltò atrevido, i no hallado rastro dél, se bolviò a casa de Rosaura, i la cõtò sin pulsos el suceſſo: Admiròle Rosaura, i discurriendo un buẽ rato en quien podia aver tenido aquel atrevimiento, i que causa podia aver obligado a èl, se partiò a su casa Dionisio, por si podia hallar en el sueño reposo entre tantas confusiones como lo cercavan.

Diga el mas cuerdo, seguro, i satisfecho amãte q̃ se le ofreceria en esta ocasion, viendo baxar del balcon de su dãma un hombre, al tiempo que Antandro su hermano entraya por el quarto, i avia cerrado la puerta de la calle, no siendo la hora mui tarde, i que baxava sin estruendo de arriba, i sin que se dieſſen por entendidas, Isbela, Leonida, ni Eufrasia, ni las demas donzellas que estavan juntas: sino que algun galan de Isbela tomò aquel medio para salirse, viendose atajado de hazerlo por otra parte. I aun casi essa precisa sospecha no cupo en el pecho de Dionisio: Tal era el concepto hon-

ro-

roso que de su Isbela tenia : i la mayor maldicion que la echò enojado alguna vez fue : Que hallasse hombre que la hizieſſe acordar con su mal trato, del buen termino de Dionisio.

Sossegose despues un tanto, creyendo que sin duda fue ladron el atrevido, golosso de las joyas de Isbela, que estavan a la sazon sobre un bufete, traîdas de una fiesta, i eran de mucho valor ; si ya no se lo mintiò despues assi Eufrasia con astucia, para quitarle de la imaginacion la verdad que ella sabia.

Mucho debia Isbela a la cordura de Dionisio, pues amandola con tal extremo, aviendo recebido della tantos favores, i gozado tantas finezas, a vista de tantas sospechas, desdenes, i desaires, jamas las comunicò aun con el mas amigo, siquiera para acertar en laberintos tan ciegos; ni se atreviò a embiar a su casa, ni a entrar en ella (aunque se ariesgara todo) para averiguar estas cosas, i dezirla su parecer. Pero mirò siempre mas por el gusto, i decoro della, q̃ por su sossiego proprio, è interes de su aficion.

Passado este lance confusso, què causò (al parecer en Isbela sobresâlto, i aun sospecha, segun dixo a Rosaura) de que Dionisio lo avia hecho. El estava tan firme como siempre, sin averiguar el caso. I encontrando sin diligencia a Eufrasia gustosa, riñendole su retiro, le diò mejores nuevas de sus dichas, aunque jamas las creia ya ; i quitavale las esperanças ; el ver lo contra-

rio en Isbela, porque al tiempo que Eufrasia le dezia esto, Isbela se escondia quando èl passava por su calle, ò le bolvia con disgusto el rostro, i que asistiendo una vez atento, le cerrò las celosìas con furia. Aunque pudo presumir Dionisio que fue avisarle, que se quitasse del puesto, porq̃ estava presente con ceño su hermano, reparando en las acciones.

Desmayavale tambien a Dionisio, que si salia Isbela al campo con su amiga Amatilde, ibã huyendo dèl para q̃ no las encontrasse, i q̃ si aviã estado en alguna recreació, como en la casa del Cãpo, ò en otro apacible sitio, de que èl tenia noticia por otra parte, Eufrasia le dezia q̃ en diferẽte lugar. Todo lo qual indicava mal seguros passos en ellas, ò poco gusto de estar cõ èl. Mas àtodo callava, i dissimulava Dionisio, sabiendo que Isbela hablava mucho dèl, siẽpre que tenia ocasion, i jamas acabava de dudar, que le queria, aun entre tantos desvios. (Que èl imaginava caprichos) i juzgando que el mejor medio era no seguirla, no cansarla, ni darse por entendido en nada, i menos el pedirla zelos. Remitiendo al tiempo los succesos buenos, si tenia amor, i malos, si no le tenia. Como acõsejãdose a si mismo se persuadiò desta suerte.

No os quexeis como indiscreto
por ultrajado, mi amor,
i rescatarà el silencio,

lo

lo que la lengua perdio.
Si fidelidad, acaso,
meritos atropellò?
vuestra infamia solicita
quien infiel os procurò.
Alevosas fantasias
buscan dura execucion;
miente nobleza de sangre
quien vengança concibiò.
No os precipiteis incauto.
sufrid noble coraçon,
que disgusto, i sinrazones
solo el tiempo las curò.
Que el mar ostente bonanças
quando el viento se inclinò,
no acredita su inconstancia,
no desmiente su furor.
Que enojosas veleidades,
contrastan a mi valor!
como si pudieran ellas
torcer mi resolucion.
Que hidalgamente me ofrece
mi noble ofensa perdon!
(que se enoblece un agravio,
si en quien està perdonò.)
Accidentes de amistad

como calenturas son,
que al hielo de un grande frio,
sigue el Etna de un ardor.
A que amistad la carcoma
del enojo no royò?
que fidelidad la ira
tal vez no la acrisolò?
Si rigurosas porfias
fingen aleve traicion:
a rigores alevosos
verdad, i fee los venció.
Si tal vez padece acaso
por necia la discrecion,
tretas son de que usa el alma
entre esperança, i temor.
Sufrid, coraçon, sufrid
el repetido baldon,
que el afecto le relata,
aunque el rigor le dictò.
Sufrid, coraçon, sufrid
el repetido baldon,
que aunque amistad no ganeis,
ganais el ser sufridor.
El que viendose vltrajado,
de la amistad se apartò,
muestra que no amò a su dama

sino lo que interessò.
Que importa que el vulgo diga,
que una dama os desdeñò,
si vos la mostrais sufriendo
a un despreciado aficion?
Quien despreciado, por necio
os tiene, viendo que no
produce el odio un retiro,
concibe un odio el dolor.
Por infame se acredita,
quando por necio èl a vos;
pues es infame el galan,
que falta, sino ai favor.
A que castillo roquero
leve vienro le arruinò?
a que pecho de diamante
viento en palabras mellò?
Vulgo necio, infame aclama
a quien sin premio sirviò;
ignorando que la paga
al servicio deshonrò?
Si vos faltalteis acaso
en cumplir la obligacion
de fiel amante; essa falta
es quien la honra os quitò.
I no tomeis por escusa

que el mal trato os obligó;
que es dezir aveis seguido
lo que mal os parecio.
Si la discrecion habita
el pecho que os ofendio,
la victoria teneis cierta
si honrais a quien ultrajò.
Lobregamente la noche
a las flores desnudò
de su vista, mas no pudo
desnudarlas de su olor.
Tenebrosos pensamientos
que concibio la passion,
si desnudan del cariño,
pero de meritos no.
Quien os despreciò enojada,
(si consulta la razon,
se tendrà a si por culpada)
i a vos por merecedor.
Irritada la serpiente
el veneno vomitó
en las inocentes flores,
en el cristal que bebio.
Poco caudal atesora
quien de poco se quexò;
lisonja crece al caudal

quien

quien penas le acrecentò.
Que correſponda conſtante
quien dama conſtante hallò,
logros acumula muchos,
poca fineza moſtrò.
Siempre malogrò hidalguias
la villana pretenſion,
menoſcabo de nobleza,
ſanbenito del amor.
Hidropica de eſperanças
la eſperança la acabò,
opilada no digiere
porque le faltò el calor.
Ella es ſu miſma vengança,
pues es ſu afrenta mayor;
homicida de ſi miſma
quando el interes faltò.
Que diſcreto ſe acredita
quien ſin pretenſion amó!
pues que ſe lleva la paga
con el amor que gozò.
Que felicidades goza
la dama que le tratò!
pues que le produce frutos
el arbol que ella cortó.
Quien le podrá limitar

al mar de murmuracion,
cebo vil, anzuelo dulce
que infame pecho prendiò?
Ni pudo tanto la ira,
ni ingratitud permitiò,
mas injusto aborrecer,
mas sangriento disfavor.
Quien al antiguo galan
siendo fiel, le desechò:
si a su amistad no le buelve,
poco estima su opinion.

Con estos divertimientos, i con oir a otros amigos los lances de sus amores, passava Dionisio las horas que le sobravan de su ocupaciõ, discurriendo si seria verdad que Isbela le tendria olvidado, i en quien auria puesto de nuevo la aficion, de lo qual le procuravan disuadir Eufrasia, i Rosaura. I lo mismo imaginava Isbela de Dionisio. Mas si ella estava tan libre de la sospecha, i amante como Dionisio, fina lo amava, i bien le guardava lealtad. Algunos alivios tenia Dionisio de quando en quando con las memorias que le deziau, que Isbela tenia dello. Mas no acabáva de enquadernar sus memorias, i sus rigores: que parecia libro de diferentes lenguas, i caracteres.

Llegò la vispera del santo de Dionisio, que

Eu-

Eufrasia a su casa para colgarle, diziendo que traìa con que, i que si ella le pidiera alguna Cadena a su señora para esse fin, sin duda la huviera dado. Creyò Dionisio, que la traìa, i lo disimulava, i no la hizo instancia, porque ella se declarasse; i como era tarde, se despidiò presurosa sin hazerlo, i Dionisio la dixo, que le pidiesse una cadena a Isbela para el dia siguiente del santo, que se dava por colgado desde luego, i lo estimaria mucho, por ver si la queria dar.

En abriendo el Cielo las ventanas al Sol, entrò Eufrasia por las puertas de Dionisio, i le dixo como Isbela le embiava a dezir, que deseava su salud, i que gozasse muchos dias de aquellos; a que casi no acertò Dionisio a responder, turbado con el favor. Ofreciò la satisfacion a Eufrasia, i muchos agradecimientos, gustosissimo con la nueva, i con avèr visto a Isbela la vispera de su santo en la celebridad de su advocacion, como quien la festejava, (que fue increible alegria para èl) acudiendo Isbela al mismo Templo todo el dia del mismo santo: si bien cobarde de amante Dionisio, no se atreviò a estar siempre a sus ojos, ni a hablarla en el camino, porque no sabia como le avia de suceder, escarmentado de otras vezes; i rezelava ofenderla, quando veìa algunos lances de voluntad, i como Eufrasia le diò a Dionisio el recado de Isbela estando èl en la cama, acordãdose de los lãces q̃ avia

te-

tenido gusto sos; i echandola entonces menos, i sabiendo que ella se salia al prado, i recreaciones a entretenerse sin él, dixo hablando con su lecho.

Triste alvergue del amor,
dulce choza, lecho breve
donde Isbela descansava
donde están todos mis bienes;
Si acaso de ti se alexa
para provar con desdenes
la fineza de mi amor?
riguroso medio emprende.
Poco amor fomenta el alma
de quien ausente pretende
brujulear de un coraçon
el cariño que la tienen.
De duro rigor vestida,
sino aborrece, lo miente,
quien pudo a amor ausentarse?
quien al odio detenerse?
A la nobleza de amor
las pruevas la favorecen;
lisonja son los retiros,
si quien se ausenta les siente.
Mas el amor, mal sufrido
en cada rezelo bebe

muer-

muerte brindada en ausencias,
vida: brinda en si buelves.
Ingeniosamente amante
a sus ansias entretiene
con veleidades, que goza,
con fantasias de verte.
Lisongeramente adula
a la pena que le hiere:
huellas, i lugar repite,
a donde gozarte suele.
Suspensamente te nombra,
i a sus acentos atiende;
que si el ausencia le mata,
la vida el nombrarte buelve.
Ai Isbela! (dize el alma)
i la voz, que al nacer muere,
deliquios del coraçon
manifiestan vida ausente.
Quantas mas vezes te llama,
mas suave se enternece
dize Isbela, i por hablar
perlas por los ojos vierte.
Que en ocasiones de amor
no ai lenguas mas eloquentes,
que silencios de cristal
que de dos astros descienden.

Gime la voz, i el gemido
habla, que puede entenderse,
que el delirio de un amor
aquestos monstruos engendre.
Buelve Isbela (dize el alma)
si es que acaso no pretendes,
con pruevas de enamorada
el ser mi homicida aleve.
Que importa que en tu presencia
se vista el campo de verde:
si mi coraçon se enluta,
solo porque estàs ausente?
Que importa las fuentes corran
por besar tu planta alegres,
si son dos fuentes mis ojos
con las lagrimas que vierten?
Que importa alegres las aves
en el prado te celebren,
si endechas tristes repito,
que nada aliviarme pueden.
En repetidos amores
Isbela, el alma suspendes,
cruel te llama, que amor
quando agravia, favorece.
Porque me dexas sin ti?
castigandome inocente,

Buel-

Buelve Isbela, buelve ya,
sino es que buscas mi muerte,
Alevosas fantasias
en vengancas se diviertẽ;
castiga sme sin pecar,
sino es amarte, ofenderte.
Bien sabe la luz del dia,
i bien los astros entienden,
que no se enjugan mis luzes,
que no se eclipsan mis fuentes.
Buelve ya, si tu rigor
acaso te lo consiente,
que para prueva, es pesada,
i para pena no es leve.

Despues de tantos sucessos, lo passava Dionisio cierto, i dudoso: cierto de su amor; dudoso del de Isbela, timido, i confiado: cõfiado en su firmeza; timido en la mudãça de su querida, sirviẽdo èl de exẽplo a lo firme, en los agravios, i de ingrata ella en lo revelde a las finezas. No assi se alterna la noche con el dia en lobreguezes, i luzes, como se mudava Dionisio en tristezas, i alegrias: No assi la Primavera, i Invierno se variã en verdores, i en desnudezes. Como Dionisio en esperanças, i descaecimientos con Isbela; feste javala cõ musicas, (sin que los musicos conociessen el termino de su festejo, sino q̃ acaso passava

por

por alli con ellos sin detenerse en la calle) que-
rialа, adoravala, idolatrando en sus pensamien-
tos, i diera la vida por ver un favor de su mano.
(O quanto puede una privacion para un vehe-
mente deseo!) Rezelava que alguna persona, ò
mal intencionada, ò deseosa de traer a Isbela a
otras caricias, le avia levantado algun testimo-
nio, i puestole mal con ella: i como no la podia
ver, ni hablar en su casa, ni ella iba a la suya, es-
tava imposibilitado à satisfazerla, i desenga-
ñarla, que a tener ocasiò de esso, sin duda la apla
cara, porque era de nobilissimo natural, i le
avia querido con estremo, pues no huviera he-
cho con èl tales demostraciones de voluntad, si
la que le tenia no fuera estremada.

Mui tibia, i aun rigurosa, andava Isbela con
Dionisio; mui amante, i aũ sin juizio, estava Dio
nisio por Isbela. Quando llegò la octava de la
Concepcion de nuestra Señora, que en Madrid
se celebra en tantas partes, con tanta musica, i
fiesta. I por huir Isbela del Templo, al qual so-
lia acudir todos los años, por no hallarse con
Dionisio, (si biẽ Dionisio tuvo otras sospechas,
que callava) fue a otro, al qual no iba Dioni-
sio, porque no la diesse ocasion de sospechar que
la seguia por verla. Mas en èl le ocasionò nue-
vas pesadumbres: porque un hombre de po-
ca edad, i no de tantas obligaciones, ni hazien-
da como merecia Isbela, uno de los dias festivos
viendola aguardar a la puerta del Templo para

en-

entrar, sin conseguirlo, porque lo impedia la muchedumbre de gente, haziendo mui del galan, la rogò que entrasse por otra, guiandola à ella, i a Leonida su hermana; siguiendole entrambas (como lo hizieran otras) obligadas de la cortesia. Mas èl tomò de aqui ocasion para hablarla, esperarla, i seguirla, teniendo cuenta de acomodar a otros dias, provocandole a su presumida pretension la cortés facilidad, i afable hermosura de Isbela (que quando es demasiada, llega a plaça de ser culpa.)

Tuvo noticia dello Dionisio, (culpando a Isbela la persona q̃ se la diò) i abrassado de furor, zeloso quiso hazer examen por los ojos, de la informacion de los oidos: fue al Templo: entrò Isbela, bien descuidada del pessar que le avia de suceder: estava el moço en el sitio que le avian dicho, rompiò Isbela por la gente, i arrimose a dõde èl estava con algun cuidado, i diziendo algunas cosas, q̃ Dionisio no percibia: El qual arrebatado, i ciego de la colera, prendiò de un rosario que Isbela llevava en la mano, i partido en troços se le quitò, juzgando que era uno que le avian dicho avia recibido Isbela aquellos dias, i no sabia Dionisio de quien: Alvorotòse Isbela, mas dissimulò en viendo a Dionisio. Mirole el moço, i estuvose quedo, comodandose por sentido, i sũ hablãdo quedo cõ Isbela, como quien la ofrecia vẽ ça; aunq̃ ella le reportò: i conociendo esto Dionisio, le dixo cortès a èl, que se apar-

tasse de alli: (Que no intentarâ un zeloso, que assi en la publicidad de un Templo lleno de innumerable gente, se arrojó a semejantes acciones, tan agenas de su cordura, i pundonor) I sũ que al principio lo reusò el moço, i hablava con alguna osadia, despues advertido mas, lo hizo; i aun mostrò q̃ reconocia el valor, i prendas de Dionisio, i se mostrò cobarde, i de pocas manos, como adelante se verâ.

Acabô la fiesta, i Dionisio como Cavallero cuerdo, i noble, porque no quedasse sin credito la honra de Isbela; (Que no tuvo poca dicha en que solo dos, ò tres personas reparasen en lo q̃ passò, i ninguno la conocia) llamò al Cavallero i le dixo: Que no estrañasse su determinaciõ, por q̃ Isbela era su prima, i estava para casarse: Era mnger principal, i moça: i que le avian informado que la hazia algun genero de galãreo en aq̃l sitio, i que ella respondia afable cõ su condicion: segura de su inocencia; i porq̃ al vulgo malicioso no hiziesse disonancia culpable el verlos hablar tãras vezes, i q̃ despues la seguia, avia llegado cõ aquel modo a atajarlo: Que los parientes teniã licencia para mostrarse zelosos, i estorvar lo q̃ pudiesse ir contra la reputacion de sus deudas: i q̃ assi le suplicava, le hiziesse merced de no proseguir en lo empeçado. que èl haria lo mismo en semejante lance, i le tendria siempre por suyo: Pesandole de tener ocasiõ para otro encuẽtro como el passado: porq̃ le tomaria mui

apo-

a pechos. A lo qual le diò palabra el moço, ò Cavallero, de cumplirlo, agradeciendo su cortesia, i para ello puso por testigo al tiempo, despues de averlo jurado por quien era.

Muerta se quedò Isbela con el sucesso: cubriò se con el manto vergonçosa: llorò triste, i casi en manifiesto desmayo diò indicios de su turbacion: i fue conociendo a lo que se atreverán los hombres ofendidos, i con sangre; quando las mugeres los han dado lugar cõ sus favores, i caricias, consintiendo q̃ las sirvan, i festejen: i fue dicha, q̃ una parienta suya de mucho punonor, i honra, que iba cõ ella, no lo conociesse, ni lo viesse (tal era el concurso, i ruido del Templo.)

Antes de acabar la fiesta, se saliò Isbela della: porque no la dexavã sossegar las angustias de la pesadumbre; llegò a su casa palido el rostro, desmayadas las fuerças, llenos de llanto los ojos, i cubierto de penas el coraçon: admirada de la determinacion de Dionisio; a la qual jamas se persuadiera: Recostòse pensativa en su lecho, discurriẽdo en lo sucedido, sin atravesar bocado; Y i la tarde fatigada della pena, tomando de la mano a su hermana Leonida, se fue en casa de Rosaura, su antigua criada; i revẽtando en suspiros i lagrimas la contò todo el sucesso; ponderando lo resuelto de Dionisio, i lo q̃ atropellava con su hõra; la desgracia q̃ avia sido para ella el conocerle; lo agraviado q̃ la tenia, i lo lejos q̃ estava de tener culpa: (q̃ jamas la confiessan las mugeres,

como fino lo fuera escuchar mucho, i responderlo con agassajo; que lo demas, la que mas lo comete, mas lo niega) saliò de alli Isbela, i fuesse otra vez al Templo, i lugar en que avia estado por la mañana: i Dionisio no se descuidò en bolverla a registrarlo: Mas ella estuvo tan cubierta, callada, i recogida, que qualquiera conociera que le tenia temor.

Antes de ir Dionisio curioso a la festividad por la tarde, se passò advertido por casa de Rosaura, a contarla lo mismo que la refiriò Isbela (sin tener èl noticia dello) i quando supo que Isbela avia ido a lo mismo, se desesperava por no averse hallado presente, por oir lo que dezia, i hazer en algun modo las pazes. Ponderòle Rosaura (cõ la merced que experimentava,) lo mal que avia procedido por ser tan publico el lugar, tan conocida la persona, i tanta la calidad, i reputacion de Isbela. A que èl respondiò, que ella misma tenia la culpa en no mirar por su decencia, hablando en qualquiera parte, sin distinguir calidad de personas, ni atender a la pesadumbre que le dava en ello: Y añadiò Rosaura, que el no saber Isbela hablar de otra cosa fino de Dionisio, era manifiesta señal de que le queria con estremo.

Esta ponderacion de Rosaura animava a Dionisio para la esperança de los favores, i le quitava el juizio para la restauraciõ al antiguo amor el disgusto que le mostrava Isbela en verle, i oirle.

e. Quedòse en Dionisio el rezelo de que aquel Cavallero galanteava a Isbela, i que Isbela le lava alguna ocasion (que ninguno perseverа sin causa) porque veìa que passeava cuidadoso la calle, i para parecer bien, i acreditarse, se ponia en Cavallos prestados (traza de que usan muchos para mentirse ricos) Llevavalo mal Dionisio, i hazia que se lo avisassen de secreto à èl, i que era mayor la molestia, por averle pedido que no lo hiziesse, i prometido èl que no lo haria, i que assi vivia cõ riesgo de que le matasse.

Vn dia conociò Dionisio, que iba a passar a pie por delante de los balcones de Isbela el Cavallero, i disimulando al principio, hizo del q̃ no lo veìa, retirandose a ocultarse; hasta que viẽdole ya empeñado en passar, le esperô en parte q̃ viniesse a encontrarle a donde èl le esperava, i en llegando le dixo: Que hazia mal en no cumplir la palabra que le avia dado. A lo qual respondiò el Cavallero aspero, i descortes; i Dionisio baxando la voz, i bolviendo la espalda por huir la publicidad, i nota del sitio, en el qual le miravan con malicia, de que atendia amante a la hermosura de Isbela, le respondiò: que erã buenos aquellos brios para el secreto de la noche, q̃ para ella escogiesse puesto, hora, i armas, que le aguardaria sin duda donde quisiesse: Mas el moço poco cuerdo, i que no conocia a Dionisio, le iba siguiendo, i levantando la voz, de suerte que

obligò a que lo reparasen algunos, que admirava la cordura de Dionisio, i la necedad del moço, irritãdose el valor, i prudẽcia de Dionisio, hasta q̃ apartado de los balcones de Isbela, i entrando en una casa principal, le pidiò que entrase en ella; que alli, le mostraria como avia de hablar, i reñir. Reusoso el moço: i hecho un Leon el Dionisio, echò mano dèl, para quitarle la espada, i darle de palos con ella, sin desenvainar la suya; prendiòle con vna mano, i con la otra le diò en el rostro tan poderoso golpe, que le tendiò en el suelo, i poniendose de pies sobre èl, le quitara la vida, si dos amigos de Dionisio, que passavan acaso, no se le quitarã de las manos. Levantòse el moço corrido, afrentado, sucio, hecha pedaços la espada, i ocupado de tanto miedo, que saliendo despues Dionisio de un quarto, al qual le retiraron por fuerça, para escusar una desdicha, tornò a passar algunas vezes por delante dèl para presentarle el mantener la pendencia: i èl moço se alejava dèl, como si viera una fiera gravemente herida, i enojada, diziendo a los amigos de Dionisio, (Que èl no conocia por tales, i los hablava con sentimiento) que le causava horror el mirarle.

Qualquiera quedàra escarmentado con la experiencia del valor de Dionisio, que sin aprovecharse de sus armas le maltratò tan feamente, teniẽdo el moço las suyas sin provecho, i en

el

èl cuerpo, i la disposicion señas de acometer un Exercito: (pero mentian las señas.) Mas èl que tenia tan poco caudal, como aliento proseguia en los passeos, dãdo por escusa, que era calle publica por donde passava a cosas necessarias, i sin malicia, i anduvo tan cobarde, que èl mismo llamò a Dionisio para darle satisfacion, como si èl le huviera agraviado, i prometiò de nuevo de nò darle pesadũbre en la materia. Hizo Dionisio q̃ llegasse à Isbela noticia del caso, para que se corriesse de que tal hombre la galãteasse, i fuesse cobrando miedo a los brios de Dionisio. Amagãdola q̃ en todo quanto pudiesse la avia de dar pesadumbre, aunque fuesse a costa de su hõra. No cessavã los paseos del Cavallero, i Dionisio diò orden que le avisassen, de que sino se emendava, le avia de quitar la vida, i le buscò algunas noches para hazerlo: Pero èl cobrò tanto pavor, que huyò totalmente de parecer en la calle.

En mayores rezelos entrò Dionisio, i no con menor fundamento, acavandose de persvadir q̃ la casa de Amatilde era la causa de no reduzir a Isbela, quando mas la galanteava astuto, servia, i regalava; juzgando que la amistad de Amatilde era el motivo del olvido, i resistencia de tãto amor, como le avia mostrado. Principalmẽte aumẽtò esta sospecha el oir varias vezes hablar no bié de las costũbres de Amatilde, facilidades indecẽres, i q̃ se acompañava de mugeres mayores de no buena fama que serviã, sino al de

leite, por lo menos a la disposiciõ. (Que es la po lilla de la honestidad, i decoro) discurria que Isbela era de natural blando, i que lo que avia hecho con èl, lo podia hazer con otro. Que las malas amigas son las que destruyẽ la compostura, i disponen, i facilitan los empeños, i correspondencias, que de otra suerte fueran imposibles: pegando como contagio las inclinaciones feas, amoldandolas con astucia a sus siniestros, reprehendiendo el encogimiento, i aplaudiendo la resolucion, sin atender a la honra, ni a la fama.

Con estas sospechosas brasas, avivadas de nuevo con informaciones, ardia el pecho de Dionisio: bolviendo a tratar otra vez en su coraçõ de registrar por si mismo que passava en el quarto de Amatilde. Al qual acudia frequentemente Isbela, pareciendole que aquel servia entonces para otro, de lo que sirviò el de Iacinta para èl, porque no podia entrar nadie en casa de Isbela, que era el sagrado, i alcazar de la decencia.

Llegò la vispera de Año nuevo, i viò Dionisio que Amatilde aquella tarde embiava por papel a un criado suyo, i discurriò que seria para echar a la noche las damas, i galanes, (como es costumbre entre gente moça, i de buen gusto) i que con essa ocasion se juntarian en casa de Amatilde los que fuessen apassionados, i conoceria el galan de cada una, i los conocidos de todas; i sabiendo que estavan allà Isbela, i Leonida, dexò entrar la noche, disfraçose, i tomò las armas,

su-

Subiò la escalera hasta la puerta del quarto de Amatilde. (Que no fiava de ninguno lo cierto del caso, ni la honra de Isbela) llegò a la puerta aplicò el oido, i oyò varias vozes de mugeres, i hombres, que se entretenian con dichos, i sazones despejadas. Mas no acabava de percibir la voz de Isbela (que la conocia bien) ni voz repetida de hombre: i esto le ponia confusso en cuidado, imaginando no estuviesse en alguna pieza interior con algun galan, i casi se determinò a llamar, i entrar para ver quien estava dentro, i registrar lo que hazia Isbela: ò quien estava entre tan grande silencio.

Detuvose cõ todo esso para assegurarse, i despues de largo espacio, la oyò hablar, i que trataban de escrivir nombres de galanes, i damas, cõ algunos motes. No percibiẽdo entre todos mas de vna voz, i nombre de varon, que èl no conocia. Estava en la escalera solo, i expuesto a que subiesse su hermano que le conocia, i sucediesse una desgracia. De alli a poco tiempo subiò otro Cavallero moço, retirôse Dionisio, dexòle passar sin que le sintiesse, no pudiendo percebir quiẽ era por la obscuridad del sitio, (aunque despues le conociò por la voz, i por el nombre, pero no pudo conocer al que estava dentro) Quiso entrarse en su seguimiento, mas detuvose pareciendole que no era sazon, sino aguardar a que viniessen otros: i sucediò, que los dos solos, sin q̃ otro entrasse prosiguiessen el festejo. Estrañò

Dio-

Dionisio la entrada de aquel Cavallero en aquella casa como le conocia, i q̃ sin le traia a ella, enredandose mas con esto en rabiosas confusiones, porque sabia era conocido en la de Isbela.

Concertòse el entretenimiento, echarõ los galanes, i damas. Poniendo muchos q̃ Dionisio conocia por los nõbres, i otros q̃ no conocia: entre los quales iba el galan de Leonida, i un amigo suyo, q̃ le acõpañava, i no pocos q̃ soliã frequẽtar su calle, i algunos q̃ le davã en rostro a Dionisio, i porq̃ avia reparado en ellos algun cuidado, i visto q̃ se les dava alguna ocasiõ para ello; i los que Dionisio ignorava, los conocia Isbela por la comunicacion de Amarilde. Aguardava Dionisio a q̃ saliesse tãbien su nõbre, (sin duda porq̃ le cupiesse a Isbela) mas no se cũpliò esse deseo, porq̃ no le avian puesto. Oyò que Isbela se quedava sin galan, i como no le avian escrito a èl, dixo entre si: Providencia es, que Isbela se quede sin galan, sino ha de ser mi dama, i que no pongan mi nombre, sino tengo de ser su galã Pero desaciase de rabia de q̃ no le huviessen entremetido, atribuyendolo a dissimulo, enojo, y olvido; i mas oyẽdo quexarse a Isbela de aver quedado sin galan, i que instava en que se bolviesse a echar de nuevo, ò q̃ sino la permitiessen escoger a uno, que ella nombrò, i del qual Dionisio no tenia noticia, cosa que le atravesò el coraçõ querer galan por gusto, i no por suerte, i que esse no fuesse èl. Quedò Isbela sin galan, i que sè

yo

yo si la suerte no se le quiso dar, porque ninguno avia que la mereciesse como Dionisio.

Leyeron los motes en verso, i quien duda que entre moços se inclinaron a lo gustoso, profano, i menos limpio. Prosiguierõ tañendo, i cantãdo cada uno como sabia, i en tales noches las letras menos compuestas son las mas bien parecidas. Introduxerõ despues juegos festivos, pero de la condicion de las letras, i motes, i no de la zelosa de Dionisio, porq̃ en las burlas suelẽ executar se las veras, i en lo entretenido alargarse a lo licencioso. Todo lo escuchava Dionisio, (ò lo que espera un desesperado!) lleno de furor, i zelos, i en su brio, i natural fue milagro su detencion; pero hazialo para informarse mejor de lo q̃ sospechava (que en los juegos se descubren las inclinaciones, amistades, i cariños, i no podia en aquellos averiguar Dionisio sus intentos) Aũque sin determinar nada contra Isbela, le ofendia gravemente lo ocasionado de los entretenimientos, que entre amigos suelen no ser culpa, i a quien los escucha son livandades, i a quien ze la materia de mucho agravio.

Estando para empeçar las suertes de los galanes, i damas, subiò Eufrasia la donzella de Isbela, i por llevar luz pudo ver à Dionisio, sin q̃ la diligẽcia lo escusasse; i sin duda se lo dixo a su ama, q̃ estava escuchãdo a la puerta todo lo q̃ passava, i coligiòlo Dionisio por algunas palabras q̃ dezia Isbela allà dentro, q̃ eran en orden a èl por

q̃-

çifras. Creciò la noche, i juzgarõ que era ya hora de irse a recoger a casa; i a Dionisio le dava en rostro, que mugeres tan principales, moças, i solas estuvieran a aquellas horas sin recogerse, i anduvieran por la calle sin compañia de algun hermano, o pariente. Sintiò Dionisio que se despedian de Amatilde, i baxose para aguardarlas en el portal, reconocer quien las acompañava, i resolver lo que le pareciera; desde la escalera divisaron con la luz, que estava un hombre detenido revoçado, i reconociendo; preguntaronle quien era, i él callava, llegaron cerca, i no le conocian, porque estava mui disfraçado, i encubierto el rostro. Alborotaronse, i proseguian para salir por la puerta de la calle.

Baxava Isbela estrivando la mano sobre el braço de un Cavallero moço, conocido de su casa, i que solia entrar en ella, i acompañarse cõ sus hermanos (que era el que subiò estando Dionisio en la escalera, i el que èl avia conocido en voz, i nombre dentro) i al llegar a salir fuera, se llegò a el, i nombrandole por su nombre, le dixo, que dexara aquella dama, i le siguiera, i à Isbela la maltratò de palabra, i aun la amagò colerico. (Que los zelos en quien mucho ama, i tiene razon, no mirã cortesia, ni obligaciones) Ni tienen que quexarse las mugeres de que le las atrevan, quando parece q̃ no procedẽ como deben en las apariencias, sino que quieren que los hombres las estimen, i tengan por buenas,

quan-

quando ellas desobligan a ello con sus acciones.

Turbaronse todos viendo a Dionisio colerico, retirabanse àzia dentro; seguialos èl, echando mano a la espada, por si el Cavallero se atrevia a la defensa; Mas èl procurava guardarse, escudandose cō las mugeres. Pero sus pocos años (i no eran tan pocos que no passassen a las obligaciones sobradas de reñir) no le debian de permitir mas valiente, i mas en la presencia de la osadia, i resolucion de Dionisio: Entre miedos, entre vozes, i casi desmayos, que se confirmarō arriba, subieron tropeçando por la escalera, i alborotando la casa, pesandole a Dionisio, que el galan que baxò fuesse de tan poco aliento, (quādo al infierno junto se atreviera) I assi dixo nō brando al que se quedava arriba, (que le distinguiò por la voz, tenia por mas alentado, i supo el nombre, porque le repetian en los juegos) q̄ [illegible] demanda, que alli le quedava aguardando.

No fue poca felicidad en Diosinio, ni corta vētura en Isbela; i su hermana, el que apenas llegaron arriba ellas, quando su hermano de Isbela (que venia para acompañarlas) hollò el umbral de la puerta; con la falta de luz tuvo lugar Dionisio de retirarse, i dexarle passar. Silvò Antandro por seña desde el pie de la escalera, reconocieron el silvo, i fue aviso no pessado para conponerse, baxar la voz, i deliberar que le respondèrian para satisfazerle de un gravissimo desmayo

yo que tenia sin pulsos, sin voz, i sin aliento a Isbela. Empeçò a subir Antandro, salìò a la calle Dionisio. Hallò aquel rendida en el lecho a su hermana, sin pulsos a Eufrasia sobre un estrado, sin color a todos, i con demasiado aliento a Leonida. Dieronle causas decentes a la turbacion, fundada en que la avia hecho mal la cena, i q̃ peforosas de verla assi, todas estavã sin aliẽto, apũtãdole cõ el accidẽte mal de coraçõ a Eufrasia, del qual era mui tẽtada; (q̃ no ai ocasiõ apretada, en la qual no hallen de repente salida las mugeres cõ lo facil de su mẽtiroso fingimiẽto.)

Con esta ocasion se quedò Isbela, i Leonida en casa de Amatilde, (quedãdo tãbiẽ retirado el Cavallero q̃ Dionisio deseava reconocer,) porq̃ no tuvo animo para moverse del susto. Fuerõse Antãdro, Eufrasia, i el Cavallero conocido; i aũ q̃ Dionisio esperava, cõ la obscuridad de la noche no lo pudo alcançar todo, i assi no conociò quienes eran los que salieron, ni quien las que se quedavan. Llorò Isbela toda la noche quexãdose del atrevimiẽto de Dionisio, (q̃ ella fingia q̃ jamas le avia favorecido, ni hablado, i q̃ la perseguia sin culpa, que es dezir de las mugeres) i si el hermano de Isbela llega un instante antes, como hermano riñera con Dionisio, assegurãdo sus rezelos con las evidencias de verle de aquella forma, i oyendole lo que hablava, Dionisio, riñera con èl, i con el otro, como galan, i valiente, Isbela perdiera su honra, la casa, i barrio se alboro-

rotara, el sucesso quedara à disposiciõ de la fortuna; la hõra a la de la murmuraciõ; i si Dionisio conociera q̃ Isbela se quedava a dõde avia otro hõbre, (i mas sospechoso) no se apartara de la puerta, ò la echara en el suelo, hasta acabar cõ èl. Pero detuvieron dentro al Cavallero, sin duda por quitar la ocasion; i quando lo acabò de discurrir Dionisio era ya entrado el dia, que le estorvò cõ su luz bolver al sitio en el traje de reboço.

A la mitad de la mañana (quando Dionisio se estava despedaçãdo furioso, porq̃ el lãce no le sucediò a su satisfaciõ) entrarõ por su quarto, Eufrasia, la dõzella de Isbela, i Lucinda, donzella de Amatilde. Eufrasia mui contenta, como quiẽ le traîa las pazes, i amistad de Isbela, mui alegre Lucinda, como quien deseava el buẽ sucesso, i aun como quien le tenia por seguro. Dixeronle que Amatilde le esperava en un sitio acomodado para hablarle. Respondiò Dionisio bravo, colerico, furioso, pero q̃ iria luego a el. Hizolo assi i hallò a Amatilde mui grave, mui quexosa, i haziẽdo mui de la señora, i recatada, põderãdo mucho el caso, i sentimiẽto de lo q̃ podia perder su casa, i decẽcia en semejãtes alborotos, (i no conocia q̃ el ponerse ella en aquellos lãces era lo q̃ la destruia) Ninguna muger era tal como ella en su boca; todas erã disolutas a vista de su fingido recato, (i a la verdad era muger principal, i vivia cõ el mayor arte del mũdo: porq̃ solo se dexava ver de quiẽ queria, huyendose a los demas:) pero no

ai cosa que se oculte de modo que no salga al cãpo de las noticias) Riñò aspera: quexò e sentida, agravò la culpa de Dionisio; ponderò la reputacion de Isbela, exigerò su inocencia;(i si se dexa a la confesion de las mugéres,ninguna se hallarà culpada.)

Despues de larga reprehension, quexas, i razones, la preguntò Dionisio(que callò hasta entonces) si tenia mas que dezirle, i viẽdo que no. En breves palabras la propuso el largo tiempo que avia tratado con Isbela; las finezas que la debia;los peligros a que se avia puesto por èl.como avia conocido como despues que entrava en su casa,le faltava el amor, i la sobrava el atrevimiento; i que con essa sospecha llegò a escuchar lo que passáva en su quarto; dándole las cosas referidas licencia para lo que avia hecho, i antes le parecia quedava corto en la obligacion de galan, no passando a mas pessadas demonstraciones de ofendido;que èl no gustava que Isbela entrasse en su casa, i que tuviesse por cierto q̃ todos los lances en que le pusiesse la ocasion los avia de lograr en pesadumbres de todos.

Quedò maravillada Amatilde, porque tenia entendido de Isbela,que jamas avia favorecido a Dionisio,ni dexadose galantear: que èl la perseguia si,i empeçò a murmurar de Isbela, i de su poco recato en las ocasiones, i publicidad (condicion propria de tales amigas desh̃orarlas por acreditarse) si bien ponderava mucho su com-

pos-

postura, no entendiendo que jamas hombre ninguno (fuera de su esposo) huviesse llegado a las caricias de sus braços. Remataron la conversacion diziendo, que Dionisio fuesse à la noche a la casa de Amatilde, donde estaria Isbela, i que alli podrian averiguar las causas de los disgustos, i apurar las verdades del desengaño.

A medio dia, estandose passeando Dionisio cassi en la calle de Isbela, se llegò a èl un Cavallero moço de buena edad, i este era (como despues se declarò) el q̃ estava en casa de Amatilde. Empeçò a darle satisfaciones, i dezir que le conocia mucho tiempo antes; i que el estar la noche antecedente donde estava Isbela, fue porq̃ avia algunos años que conocia a Amatilde de vezindad de una misma casa, en la qual vivian juntos, dando razones de lo que merecia su decencia, i recato, i que en ninguna cosa tenia lugar la malicia contra aquellas señoras. De las mismas palabras, i escusas, crecian en Dionisio las sospechas de que estava culpado; porque ninguno se anticipa a satisfazer, que no se sienta con culpa; i mas que Eufrasia le avia dicho a Dionisio por la mañana para quietarle, que aquel Cavallero entrava en casa de Amatilde, por ver a la misma Eufrasia; i fuera de ver claro el enredo, de dezir el Cavallero, que entrava por conocido, i vezino de Amatilde, i Eufrasia que iba por ella; le pareciò, que atreverse a dezir una criada, que un Cavallero entrava en casa de una señora por ver

la a ella misma, era asegurar que mejor entraria otros por las amas, (que era mas decente) que no dar lugar a criadas para sus amores.

No necesitava de tãtos fundamẽtos Dionisio para discurrir, i conocer las cosas: mas remitia al tiempo el desengaño de averiguar si era aquel Cavallero el que le quitava a Isbela. Porque por una parte le parecia que no, porque quando se baxò Isbela de casa de Amatilde la noche de la pesadumbre, se quedò arriba cõ Amatilde, i assi juzgò que era cosa de Amatilde, por otra mirando los enredos, i escusas que le davan, no dexava de imaginar como zeloso, i entendido, que Isbela era quiẽ le lleuava allà; i que por disimular no avia baxado en su compañia; hallandose neutral para la determinacion de si era el galan de una, y otra, viendo causas que le guiavan a que maliciasse en entrambas.

En estas confussiones cerrò la noche, tiempo aplaçado para ver a Isbela Dionisio en casa de Amatilde, fue mui amãte, i mui zeloso, (que el amor fino cõ las ofensas se enfurece, mas no acaba, i crece sin duda con ellas) vistiòse de reboço, fue a casa de Amatilde, llamò, entrò; hallò a Isbela entre apacible, i cruel; entre afable, i rigurosa; mui hermosa, i mui sentida; i por no perder Dionisio la costũbre de respetarla, impeliendo los zelos, i la colera hazia el retiro del pecho, hincado de rodillas la pidiò la mano para besarsela, (como lo hazia siempre que la veia) i no lo con-

consintiò Isbela por no parecer amante: porfiò èl, i sin su licencia lo hizo, por no desdezir de su veneracion.

Apartados los dos de Amatilde, i las criadas, hablaron largo tiempo solos, diziendo Isbela pesares, i quexas, i no escuchãdo razones (q̃ jamas quieren las mugeres que la tengan los hombres para reprimir sus desaciertos, pretendiendo vivir ellas a su gusto, i que ellos callen, i las estimen por honradas.) Dixole como su condicion zelosa la tenia en tal estado, que sino le aborrecia a èl, abominava sus acciones, (como si el ser zeloso fuesse culpa del natural, i no precisa obligacion de los lãces ocasionados) Era Isbela mui zelosa, i no queria que lo fuessen cõ ella, hablar i divertirse, i que no se lo reprehẽdiessen; (si biẽ jamas entendiò Dionisio flaqueza declarada cõ otro hombre) (mas essas quien las vè) oprimiòla de manera con razones tan vivas, i eficazes, q̃ la obligò a dezir que le queria bien, i que temiẽdose assi, por lo que le amava, no se atrevia a tratar con él, porque no se lo permitia mas su conciencia a vista de su inclinacion; Que ordenavan tambien de casarla, i mirava por su credito, que ya era agena, que en todo lo que no fuesse correspondencia, la hallaria mui suya; pero que en pago le pedia, que mirasse mas por su honra, escusando los lances de atropellarla.

Ofrecioselo Dionisio, pagado de sus pala-

bras, como amante, i compadecido de sus ruegos, como noble; pero no haziendo caso de sus escusas, como entêdido; porque las que dava son las comunes en las mugeres, para sossegar sin perjuizio a quien descartan con astucia, i hazer lo que les parece. Rogòla que no le pusiesse mas en ocasiones de pesar: ofreciòselo, assegurandole de que no le dexava, ni dexaria por ningun hombre, que no fuesse esposo suyo, i que si tal conociera èl, que lo castigasse; i dividieronse entre amigos, i entre divorciados: Hizo las pazes con Amatilde Dionisio; vino Antandro por su hermana, i fuesse Isbela a su casa, partiendose despues Dionisio a la suya.

Discurriò Dionisio q̃ traça tomaria para averiguar mejor, si Isbela tenia correspondencia alguna, i la lograva en casa de Amatilde, ò si don Protasio (que assi se llamava el Cavallero que estuvo la noche de los juegos retirado, i se quedò escondido, i acudia siempre a todas horas en casa de Amatilde) era el atractivo de su coraçó: i le pareciò que ninguna podia ser tal, como hazerse al parecer mui amigo de don Protasio, para que andando siempre juntos con la comunicacion, i trato se descubriesse el pecho, i desenredase la maraña, que tan dissimulada hurdian.

Era Protasio de natural inclinado al enredo, i astucia, (ò las cosas le obligavan a que lo fuesse) de costumbres de moço, nada amigo de la verdad, de las mocedades si: i a vista de Dioni-

sio

sio traçava muchas cosas con disimulo fuera de toda amistad, i buena lei, de que Dionisio se ofendia, pero no se dava por entendido, como quien no las advertia, con intento de no perder ocasiõ de satisfazerse en lo que pretendia de sus zelos, i apurar a quien galanteava. A poco tiempo viò cosas que le persuadian, que era galan de Amatilde; i estrañava mucho, que una muger principal, i no mui rica, se empeñase con un moço de tã pocos años, i experiencia, con los quales jamas vive segura la honra, i siempre peligra el pundonor, alabandose de lo que no ai, ò por lo menos no encubriendo lo que passa. El interes tambien podia ser mui poco, porque no passava de lo q̃ avia de quitar a sus padres, i esso era mui tassado: porque ni ellos se lo dexavan quitar, ni èl podia quitar mucho, porque no eran mui ricos. Con lo que la tenia gustosa, era con buscarla coches de amigos en que saliesse a passearse: metiẽdose èl con ella, i muchas vezes tambien Isbela i Leonida; que era lo que enfurecia a Dionisio. (Yerro necio de las mugeres, no saber tener su gusto sin su afrenta, vendiendo su decoro por un breve rato de un coche: pues los cocheros vèn lo que passa, i maliciã lo que no vèn, nada callã, i en llegando a su casa, luego los preguntan sus amos: a donde han estado? i con quien han ido? Como se llamã las damas? donde vivẽ? quiẽ las acõpañò? i a pocos coches, i cocheros sabe todo el lugar la flaqueza, costumbres, i correspondẽcia de una dama.

Nunca estuvo Dionisio mas zeloso, i jamas se portò tan disimulado. Enfadavanle los enredos de Protasio, i persuadianle a que en voz de Amatilde hablava a Isbela: porque de otra suerte no necesitaria dellos, procediendo con lisura con Dionisio; i ofendiale la compañia perpetua de Amatilde, i Isbela, i no hallava camino para apartarla de su comunicacion tan poco segura, i encontrada con la honra de una, i gusto del otro. Mentiale Protasio muchas vezes que no estavan juntas, i averiguava Dionisio que lo estavan, i que avian salido en coche a passearse, hallandose Protasio con ellas, i determinò tomar por medianeros de su intento a los mismos que le estorvavan: solizitando por ellos la correspõdencia de Isbela, ò por lo menos el estorvo de la agena; poniẽdo freno a sus peligros cõ su asistencia; i traçòlo de suerte, que Amatilde, i Protasio fuessen los medianeros, haziendo que se jũtassen muchas vezes festivos, (si ya no a ellos para vivir mas seguros, les pareciò bien esse medio para assegurarle mas, i todos procedian sin duda con sũ particular intencion) ordenavan assi muchas fiestas al campo, i entretenimientos, unidos en un mismo coche, ya de Dionisio, ya ageno, (necedad introducida, por no desacreditar los coches, ò que no se entienda quien va en ellos. Trocar media docena de coches, que es añadir otra media docena de infalibles testigos de la deshonra. Dẽtro del coche Isbela mu

chas

chas vezes se mostrava mui afable con Dionisio, haziendole muchos favores, con obras, i con palabras, i muchas aspera, desabrida, i disgustada; formando pleitos sin causa: Regalavalas Dionisio, i sufria con valor los desprecios ordinarios. No pocas vezes buscava Protasio coche para q̃ fuessen Isbela, i Amatilde jũtas encubriẽdoselo, i aun negandoselo a Dionisio, (que lo sabia siempre por su diligencia) I una tarde, (entre otras) que Dionisio las diò coche; Protasio que estava cõ Dionisio, i las viò passar, como quien no sabia nada, le pregũtò a Dionisio, q̃ donde iban: Dionisio respondio cõ la misma malicia, que no sabia; i Protasio dixo: Pues yo voi a ver a dõde encaminã, esperadme aqui, que ya buelvo, fue Protasio, aguardò Dionisio. Mas viẽdo q̃ tardava, se puso acavallo, i a toda diligẽcia partiò por si le encõrrava cõ ellas: sucediòle como imaginava. En viẽdole Protasio se vino a èl cõ grandes hazañerias, diziẽdo q̃ las avia alcãçado, i pregũtado donde ibã, i q̃ respondierõ, que a Atocha, i q̃ le avian pedido q̃ se fuesse cõ ellas por si aviã menester algo, i por tener algun hõbre consigo: Entẽdiò Dionisio el caso, i disimulãdo, le dixo se estuviesse cõ ellas, i q̃ merẽdasen, q̃ podria ser q̃ bolviesse despues. Como Protasio se detuvo, le echarõ menos del coche, i viẽdole con Dionisio, los llamaron a entrãbos, perdidos los colores Isbela, i Amatilde; Isbela al parecer pesarosa, i sin culpa: Amatilde del todo culpada,

i corrida: llegose al estrivo de Isbela Dionisio, i hablãdole al oido, le riñò porq̃ no se avia venido con ellas, pues ella no fuera sin èl, i parece q̃ era razon, aviendoles dado el coche, i dulces, con alguna cosa para merendar, i salido con intencion de entretenerse todos, que no faltase. Dixola Dionisio lo que le avia sucedido cõ Protasio, i a ella le pareciò mui mal, i estuvo determinada de darle de puntilladas, porque le pareciò manifiesta ofensa, i las merecia, (que hombre que se atreve a semejãtes desaciertos, tiene jugada la vida.)

Pero miravale Dionisio como a moço de poca edad, sin capacidad bastante para saber cumplir sus obligaciones, traçando malicias juveniles para enredar sus afectos; i que a él no le estava bien hazer demostraciones sangrientas, ni desafiarle delante de unas mugeres, que no serviria mas que de alboroto, sin pendencia, i no queria disgustar a Isbela, por no perder la ocasion de tenerla mas segura, i menos libre para lo que rezelava del trato con Amatilde.

Con todo esso Dionisio no pudo sufrir la ruin i necia accion de Protasio, en la qual descortès, è imprudente mostrò querer engañarle, (i lo intento) i discurrièdo que traça tomaria para castigarle, sin que se entendiesse, (señaldles sitio a donde fuessen a merendar, i que le aguardasen si llegava algo tarde) se le ofreciò disponer una pendencia, en la qual pudiesse salir herido Pro-

ta-

tasio, sin que a Dionisio se le imputase la herida, no haziendolo como traicion, sino como disposicion para ella, castigando con arte su fingida, i mal segura condicion; quedaron Isbela, i Amatilde con sus dõzellas, i Protasio en Atocha; partiose Dionisio al prado: Rezaron aquellas, i tomado el coche, subieron por lo alto a la hermita de san Blas, dõde las dixo Dionisio que aguardassen, porque èl se iba huyẽdo de que no le viesse con ellas algun conocido: Mirò Dionisio en el prado de què amigos se valdria para su intento: escogiò dos de los quales tenia satisfacion i experiencia. Llamòlos a parte, i debaxo del secreto de la amistad, i la sangre, les dixo: que èl tenia necesidad de castigar la descortesia de un Cavallero moço, sin que se entendiesse, porque importava: i que la descortesia era de condicio que no se podia tomar duelo declarado, que èl tenia noticia, que estava detras de san Blas cõ unas damas, i sabia que passando por alli, el tal Cavallero le avia de pedir que merendase con ellos, (todo esto dezia Dionisio, por no dar a entẽder que Isbela era su dama, i que por ella era el enfado: si bien por ella no se declarava enfadado) que èl lo haria assi; i les rogava, que en anocheciendo se llegassen àzia allà, (diziendoles el sitio determinado) i dexando con los lacayos los cavallos a buena distancia, como que passavan por alli, se detuviessen, i como sino conocierã a Dionisio: empeçassen a chanzear entretenidos, procu-

rando poco a poco con picantes, i atrevimientos (si fuessen necessarios) provocar a que sacasen las espadas, i riñessen, i saliendo primero Dionisio, el Cavallero que le acompañava merendando, era fuerça que saliesse, i entonces èl podria darle con seguridad, i sin quexa de que venia de su mano la herida.

Quedaron con este concierto, fuesse Dionisio a donde le estavan aguardando, trataron de merendar tarde. Llegò la noche, i los amigos de Dionisio la siguieron despues de algo entrada; estavan dos bugias sobre unos manteles tèndidos en un repecho, echados Dionisio, i Protasio en oposicion, cada uno con su dama sobre los ferreruelos en la tierra, sentadas Isbela, i Amatilde en las almohadas del coche: quando, como quiè passavan: se introduxeron los dos amigos de Dionisio con tal arte, i discrecion, q̃ obligando al principio con su cortesia a que los pidiessen que se sentasen: i alargando algo de la mesa comiessen; despues poco a poco lo dispusieron de modo con picantes, i resoluciones: levantandose en pie, i haziendo de los que se burlavan de Dionisio, i su compañero, motejando tambien a las damas, que quando le pareciò a Dionisio que ya era tiempo; se levantò, tomando furioso la espada, i llegandose a los Cavalleros, como quien los dezia alguna palabra al oido, con intento de apartarlos de la presencia de las damas, para reñir sin al-

vorotos, ni estorvos : echò delante, siguieronle ellos, reparòlo Protasio. Entendiò la obligacion, alvorotaronse ellas, guiò Dionisio, seguianle los amigos, iba tras todos Protasio: i quando Dionisio viò que Protasio estava cerca, i que el lugar distava de Isbela, i Amatilde, sacò la espada con el mismo brio, i rigor que si fuera a reñir de veras, hizieron lo mismo los contrarios amigos. Tambien Protasio sacò la suya; i quando Dionisio estava aguardando ocasion para darle una herida cara a cara, ya que la iba a executar (porque le conocia por el cuerpo, i tamaño, i por que los otros para ser conocidos, i que no los hiriesse, pues no le querian herir, davan vozes como irrirados) con la desigualdad de la tierra, i falta de luz, poniendo èn vago el pie Protasio, cayò la cuesta abaxo, que se derriba al camino con grande impetu, hiriendose mal contra una piedra en la cabeça, i en una mano con la espada: a la gran caida levantò la voz diziendo: confession que me muero. Con esto los Cavalleros determinaron irse a buẽ paso donde estavan sus cavallos. Dionisio hizo del que los seguia para vengarse, i dexòlos a buen trecho.

Bolviò Dionisio a levantar a Protasio, i ver q̃ tenia, i ya estavan las damas despavoridas a la parte que èl diò vozes, rebueltas en las faldas, i haziendo mil sentimientos: en especial Amatilde,

de, que le tocava, baxò Dionisio por Protasio, hallòle que subia cubierto de sangre el rostro, herida la mano izquierda, todo rebuelto en el polvo, maltratado cõ el golpe, i alegrose de verle assi en lo alto a la luz de las bugias, considerando que el mismo se avia dado el castigo que merecia, sin que Dionisio huviesse puesto las manos en èl con la traça que intentò, por lo que tenia de aparente engaño: si bien era discurso de su valor, i de que la fiesta que èl avia imaginado gusto, se le bolviò pesar, considerando tambien, que era disposicion divina que huviesse caido, no fuera que Dionisio justamente enojado no pudiẽdo medir la espada de modo, que bastasse para darle vna herida, le abriese la puerta para que entrasse la muerte; limpiò llorosa Amatilde el rostro ensangrentado al joven. Pusieronle en el cavallo de Dionisio para llevarle a curar a toda prisa. Entraronse en el coche Isbela, Amatilde, i las demas. Saltò en las ancas del cavallo Dionisio para cuidar de Protasio como Cavallero, no pareciesse desaire lo demas; i fueronse a casa Isbela, i Amatilde platicando pesarosas del sucesso, sin poder alcançar la traça. Curaron a Protasio. Sanò.

Despues desto, solian salir Isbela, i Amatilde juntas encubriẽdoselo, i aun negandoselo a Dionisio; i escusavanse con Dionisio, que le encubriã las salidas, rezelando su condicion zelosa, i que de ordinario iba riñendo. Pero para que no ig-

no-

horassen que lo alcançava todo, les dezia con buen arte quanto passava con tanta distincion, que llegarõ a presumir que tenia familiar, ò que por camino de hechizeria averiguava lo mas secreto que hazian. Tanto averiguan los zelos.

Vna tarde (despues de notar Dionisio quãdo se juntarõ todos en un coche) que Isbela hazia, i dezia algunos agasajos a Protasio, (que se podian imputar a llaneza agradezida, por ser cosas de su amiga Amatilde, i Dionisio las mirava con malos ojos, teniendolos por favores contra su afecto) que estavan Isbela, i Leonida en casa de Amatilde, juzgando que Dionisio no lo sabia. En ausentandose el Sol, con disfraz no conocido, subiò Dionisio hasta el quarto de Amatilde, i percibiò desde la puerta, que estavan entretenidos merendando regozijados entre mugeres, i hombres. Si bien con el rezelo que tenian de que todo se oìa fuera, si se aplicava el oido con atẽcion hablavan mui baxo, pero mui gustoso. Llamò Dionisio enojado, i resuelto. Preguntaron quien era, i respondiò lo que suelẽ: tornaron a preguntar, i respondiò desesperãdo: tardaronse en abrir, i creciò la sospecha, i la furia. Abrieron: Entrò corriẽdo, echò menos al hombre que avia escuchado, coligiò que de malicia se avia escondido, i sin hablar palabra, passò a buscarle hasta lo interior del quarto con la espada en la mano, (turbaronse todas de muerte) donde encontrò solo a Protasio, que le recibiò

biò risueño, i bolviendo sin dezirle cosa a la pie ça donde estavan Amatilde, Leonida, i Isbela, sin poder reprimir el furor, la tratò mui mal de palabra, i aun ciego de la colera la huviera hao gado entre las manos, si se dexara llevar de la ira. No se viò Leon tan bravo (tan ciegos son los zelos con ocasion, i a tales desdichas se po ne la poca cordura de las mugeres, que ni se les guarde respeto, ni las traten como merece su ca lidad, perdiẽdolo todo cõ su desẽbaraço impru dẽte) Deziale el alma a Dionisio, mata a Prota sio; i respõdia la razõ: como sabes q̃ te ha ofendi do, si las acciones mas ciertas le publicã galan de Amatilde? Bolviò en si Dionisio apacible, i di ziẽdo. Perdonad señora, q̃ el venir vos a dõde yo no gusto, os ha ocasionado esta accion tan fuera de mi estima, i modo; acrecentando a esto mu chas caricias exteriores, con otras mui del afec to a que ella le dixo, que era un traidor, pues aũ mismo tiempo la acariciava, i la ofendia.

Aqui fuerõ las quexas de Amatilde: Aqui los sentimiẽtos de Isbela, i aqui los silẽcios de Pro tasio. Aquella cõtra Dionisio, porq̃ la alvorota va segũda vez su casa (siẽdo ella la culpada en no escarmẽtar cõ la primera, i en dar mas entrada a Isbela en su quarto) Isbela porq̃ hajava su deco ro, i persona, tratãdola como a muger ordinaria sin averiguar en ella delito, (no quiriẽdo cõfes sar q̃ lo era el proceder amagada cõtra los avi sos de quiẽ tenia amor, i se juzgava cõ imperio,

por-

porq̃ se le avia rendido) los silẽcios de Protasio no erã faciles de averiguar: porq̃ podia sellar los labios la cõciẽcia, ò la cordura: la cõciẽcia, dehallarse culpado en la ofensa de Dionisio, tratando cõ Isbela, despues de saber q̃ era suya. La cordura de no ayudar al alvoroto si obrava contra el sentimiẽto de Dionisio, q̃ como colerico cõ razõ atropellaria cõ todo, i fuera escãdalo, i perdicio de la casa de Amatilde, q̃ vivia entre pariẽtes. I a la verdad Dionisio deseava qualquiera demostracio de Protasio en favor de Isbela (i no fue para èl poca el silẽcio) para quitarle la vida; aunq̃ cõsiderava, q̃ es necedad comũ de los hõbres, vẽgarse en ellos, i no en ellas, pues ellas son las culpadas, i las que ofenden: mas el amor obra como ciego, i como vengativo, executando el golpe en el inocente, i reservãdo lo que ama.

En medio de todos estos lances, q̃ obligaran a aborrecer, Dionisio amava mas fino (ò riguroso poder del amor q̃ assi tiranicamẽte te dilatascõ agravios!) i le pesava mas a èl de sus acciones, q̃ a las mismas que a su costa las experimentavan, i veìan: bolvio en sumissiones las iras, concertando que Isbela no atravessasse las puertas de Amatilde hasta que se huviesse casado: poniendo por razon sus zelos, i no otra causa; i esto del casamiento de Isbela, que se tratava con viveza, heria noblemẽte el pecho hõrado de Dionisio: No fuesse q̃ el poco recato con q̃ se portavan, i salia̅ en coches agenos, fuesse causa de impedirse ya publicado; i se quedasse desairada Isbela.

no

no solo para aquel, sino para otros casamientos, discurriendo el vulgo lo peor contra su fama: i los maridos, como toman halaja de honra para siempre, averiguan, i zelan mucho antes; i suele descubrir un mes en que se trata un matrimonio, lo que se ocultò en muchos años.

Echavan la culpa a Dionisio, de que Isbela perdia su buena fama, (i no querian ellas mirar por ella,) diziendo que estava publica su amistad; i q̃ todos la murmuravan: siendo assi, que siempre procedieron con tal recato, i cordura, que ninguna persona lo supo, hasta que los lances dieron noticia a Amatilde; i ella tambien lo ignorara, sino le pareciera a Dionisio que convenia dezirlelo, para que saliesse de su ignorancia, i mirase lo que hazia; i no se quexase de lo que la sucediesse despues, conociendo lo que entre los dos avia passado. Principalmente que sabia Dionisio de boca de Eufrasia, antes que èl se declarase cõ Amatilde, que Amatilde tenia alguna noticia dello: i que muchas vezes que se encubrian donde salian a olgarse, dezian entre si, que huian de los zelos de Dionisio: No conociendo despues de tratarse claro, lo que en esto erravan, quando lo hazian, porque con esso le irritavan con sospechas, porque nada se le encubria; i Dionisio le solicitava los gustos a Isbela, en vez de contravenir a ellos, i lo que le disgustava era, no saber, ò no assistir èl presente a dõde iban, sentimiento que es justo en qualquier galan.

Con

Con ofensas, i con finezas lidiava Dionisio to da via; haziendo con èl Isbela algunas demostraciones de amor, i no pequeñas, i llegò a cariños grãdes. Mas temia que Dionisio tenia mas de asuto, que de amante, i que a la verdad la aborrecia, porque le avia dado causa para ello; i solo le fingia amor para engañarla, gozar de todo favor, i dexarla burlada diziendo, que èl avia salido con su intento. Este amor, i este rezelo comunicava Isbela con sus amigas, i sus criadas, siẽdo el rato mejor del dia el que gastava en hablar de Dionisio; lo mismo que se le ofreciò a Isbela, le passò por el pensamiento a Dionisio, i aunque lo discurria ella: mas no lo executara èl, porque era noble, i la amava.

Rindiose, empero a tanto diluvio de sospechas, i disgustos como le oprimian; tratò de comunicar su pecho a Iacinta, amiga antigua de Isbela, i q̃ amparò sus amores en sus principios, señora de toda decencia, i puodonor, enemiga del escandalo, i liviandad, porque supo que Isbela la avia ido a visitar con Amatilde, celebrandosela mucho. Declarola como siempre se avian tratado Isbela, i él, aunque ella se lo encubria; a que tanto avian llegado las finezas, lo que la avia festejado, i servido; lo ofendido que le tenia cõ sus desaires, i mudanças, lo que disgustava de la amistad de Amatilde, como la avia buelto sus favores, i fortija: las sospechas que tenia della, confessando lo que la amava. Queria bien Iacinta a Isbela, i pareciale mal la estrecha amistad con

Amatilde, porque tambien ella tenia noticia de algunas facilidades suyas, i de que su fama estava inficionada con algun vaho de liviana, sintiò la doblez con que Isbela la avia tratado; pareciendola bien entonces el trato de Dionisio, i mal el que Isbela professava; consolavale, i reñiale por sus finezas; diziendole, que sino le conociera Isbela tan amante, no se mostrara tan urraña. Que tratasse de dexarla, porque las ocasiones eran mui urgentes: que sus prendas no eran para desprecíadas, i qualquiera muger estimara mucho sus finezas; i la Corte era un vergel en que poder eligir. Que se apartasse, porque rezelava de su brioso natural no hiziesse algũ fracaso infeliz: I que pues las bodas de Isbela estavan tan proximas, i los braços del esposo no ofendian, q̃ tratasse de tomar el medio mas eficaz para divertirse, i olvidarla; que como avia servido a su amor, quando Isbela estava fina, assi le aconsejava en su remedio para librarse de sus desvios.

No hallò Dionisio medio tan util, como ausentarse, (que la ausencia es medicina del amor; senda para el olvido, i triaca para el veneno de la voluntad) A este se determinò Dionisio; propusoselo a Iacinta, i pareciòle mui bien: Rogò a Rosaura, que le dixesse a Isbela, que èl con ocasion de las armas se queria partir a servir en la milicia conforme a su calidad fuera de la Corte. Dixoselo Rosaura, i mostrò Isbela sentimiento en ello, (que si lo poseido cansa, lo perdido se apetece) No creìa Isbela que Dionisio se ausentas-

se

le mirándole tan amante, i que ella estava con vida. Viòse con èl algunos dias antes de su camino, dando mas credito a su partida, juzgandõ q̃ no se verian mas; hizole muchos favores, i mostrò muchas finezas: i no dexò de lograr Dionisio fino las que su mismo miedo, ò respeto le embaraçaron; con todo esso jamas se asegurò Isbela de su jornada, hasta que le viò con traje de caminar, i aun entonces lo dudàva, porq̃ le cõsiderava perdido, i que ninguna cosa estimava tanto como el verla. Avisola el dia antes de su partida i ofreciole irse a despedir dèl en casa de Rosaura; teniendo traçado antes entre los dos, que la escrivièsse siempre por medio della, para comunicarse en la ausencia.

Llegò el dia siguiente, que fuel el de la jornada, i la hora que señalò Isbela para verse, i despedirse. Aguardò pũtual Dionisio en casa de Rosaura. Tardò Isbela, (sin duda porque los embaraços, è imppsibles de su casa no la davã lugar para que salièsse) i alegrose èl, por tomar de alli ocasion para el vltimo sentimiento, i no escrivirla jamas: porque la medicina de ausentarse, no perdièsse su eficacia con el achaque de las cartas. (Que no trata de sanar quien se queda con algunas ocasiones de la dolencia.)

Saliò de la Corte Dionisio para mucho tiempo, (porque bastasse a vencer los siglos de su aficion) i no cerca (por no bolver con facilidad a su cariño) Iba triste como amante, muerto, como quien dexava el alma, pero resuelto, como

desengañado, imaginando que aquella pena que sentia, le avia de librar del cautiverio que passava. Caminava sin consuelo, i bolviendo los ojos a lo mismo de que se iba alejando: ya a lo ultimo quando perdia de vista a su querida Patria, la dixo con sentimiento.

A Dios dulce patria mia,
porque el amor me destierra;
que quien ama sin ventura
morirà, sino se aleja.
Los agravios me retiran;
zelos me calçan espuelas;
camino en el desengaño;
mas tira afecto la rienda.
A morir voi, ò a vencer;
dentro de mi va mi guerra;
es mi pecho la campaña,
i mi cariño la ofensa.
Yo soi solo mi contrario,
i como yo no me tema.
en las batallas de amor,
tendrè las vitorias ciertas.
Allà se queda la causa
en los engaños de Isbela;
poco firme para amada,
mui mudable para bella.
Huyo animoso su vista,
porque se logren mis fuerças;
Que no es pequeño valor
emprender vivir sin ella.

De=

Desesperado escogi
la municion de la ausencia,
cuya bateria rinde
los muros de la firmeza:
Feneceràn mis afectos
a su cuchilla sangrienta,
i triunfaràn los olvidos
de las memorias eternas.
Morirà como alevoso
pensamiento que se atreva
a renovarme los gustos
que tuve con sus finezas.
Y si el agravio tal vez
que la olvide me aconseja,
(rezelando trato doble)
serà el primero que muera:
Los disgustos, i favores
no han de tener mas audiencias
porque causa igual memoria
lo que ofende, i lo que alegra.
Governarà general
el brio de la prudencia
en cuyo esquadron militen
los sentidos, i potencias.
Estaràn a la razon
el alma, i vida sugetas,
i en su alcaçar soberano
tremolarè las vanderas.

Al arma, al arma valor,
sentimiento, guerra, guerra:

Perezcan las caricias
i los olvidos venzan,
falte el fuego, sobre el agua,
el yelo, i la nieve sean
la polvora contra amor,
su incendio todo perezca,
i de cariños passados
aun no queden las paveſas.
I tu ventecillo
que buelas ligero,
a mi Isbela dile
que della me alejo.
Pero no se lo digas, no,
ventecillo, que rezelo
que en vez de apagar la llama,
avivarás mas el fuego.

Assi caminava discurriendo Dionisio, como quien sentia provecho con la medicina de la ausencia, quãdo llegò a la Coruña, (puerto artificiado sabiamente de la naturaleza) para passar adelante: escribiò desde alli una carta a Rosaura, tratando algunas cosas suyas, sin q̃ en toda ella hiziesse mencion de Isbela, mas que sino la huviera conocido, para examinar en el olvido afectado el sentimiento verdadero de verse olvidada Isbela. Tomò Rosaura (que no sabia leer) la carta, i juzgando que era para Isbela, como quedava cõcertado que la escriviesse por su medio, se la llevó presurosa, i alegre. Leyòla Isbela, i hallando que no la nombrava, perdiò la rie-

da

da de la razon, i empeçò a desbocarse furiosa cõ tra Dionisio, logrò èl su industria: porq̃ se lo avisò Rosaura; i tambiẽ q̃ el dia que se parriô de la Corte, apenas saliò èl de la casa de Rosaura, quando entrò en ella Isbela, i le esperò mucho tiempo para despedirse del, sintiendo con extremo el no hazerlo. Causò lo uno, i lo otro notable gusto a Dionisio; por lo que mostrava de afecto, i de pena su bella ingrata: i aũque èl amava como antes, se animò a proseguir en olvidar, i a no dar mas atencion a las mudanças de Isbela, porq̃ las temia engaños, i no tratava ya dellos, fatigado de ser fino; creciendo su afan cõ las noticias del casamiento de Isbela.

I con esto se embarcò desde el puerto para encontrar la copiosa armada del Rei nuestro Señor. Alcançòla; entrò en un navio por Capitã, i dentro de pocos dias se viò poblado el mar de tãtos armados lleños, que parece que las selvas avian trasiadado al agua toda la copia de sus pinos, i labrado Neptuno dos encõtrados pueblos sobre lo inconstante de sus ondas: de una parte estava el valor de España en cada hijo esforçado de los suyos: de otra el orgullo Frances con la traça astuta de su fuego: Empeçòse desde cerca la cruel, i sangrienta batalla, i al ruido espãtoso de los tiros se estremecia todo el mar: huîan despavoridos los pezes para assegurar las vidas en las retiradas grutas de las peñas, teniendolas por castillos seguros, cõtra el furor de la polvora. Negro se mirava el aire cõ la espesura del humo.

mo. Sudava brasas el viento con el repetido incendio; crugian heridos los leños cõ el golpe de las valas, entrando por las heridas mares del agua en los vasos: sangre era el agua, fuego el aire, el fuego rayos, i el viẽto preñado de truenos, temor horrible al coraçon mas de piedra: ya se acercavã, i uniã navios todos de fuego a los dos prevenidos de traiciõ, i prevenidos de esfuerço, i abrasandose en voraz incẽdio el uno, i otro, parece que ciega la ira, aũ a su propria costa se quemava, por abrasar el cõtrario; uno destos aferrò enemigamente con el de Dionisio, i en crespas llamas, echo un bolcã sin remedio, procurò bolver en zenizas la maquina del vajel; acudiò Dionisio a la defensa, metiẽdose en el peligro, como quien buscava el riesgo, i solicitava la muerte: mas como su incendio amoroso no hallava contrario en llamas, por mas que èl con sus manos forcejava por dividir los dos navios que ardian, no le ofendia el incendio; quando, cõmo dandose por entendido un enemigo cañon disparò una pelota con tal certeza, que encontrandole en la mitad del cuerpo, le sacudiò en destroços a las olas, para que se apagasse en agua el ardor, que se aumentava con fuego: quedando reducido en paveses el cuerpo, mas no el cariño, sirviendo Dionisio de exemplar a lo firme; i a lo fino, i Isbela de exemplo a lo amada, i lo mudable: ella casada, i èl muerto.

LAVS DEO.